HARLEQUIN

JAZMIN

LOS MAS BELLOS ROMANCES DEL MUNDO



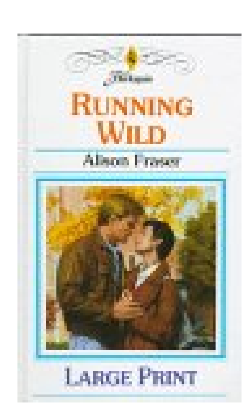
340 ptas. - Argentina: $2.70 - México: $8.00

Carrera hacia el amor

Alison Fraser

Carrera Hacia el Amor

Alison Fraser



Carrera hacia el amor (02.07.1997)
Título Original: Running wild (1996)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1247
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Whitman Delaney y Kipling "Kip" Wilson

Argumento:

Según Whit Delaney, la señorita Kipling tenía dos opciones: denunciar en la junta de la universidad que el distinguido profesor Delaney había intentado seducirla, o mantener la boca cerrada y seguir como si nada con sus estudios y su carrera de atletismo…

Parecía sencillo. Pero, por alguna razón, la joven no parecía dispuesta a hacer ninguna de las dos cosas…

Capítulo 1

—Espera a verlo. ¡Te vas a caer de espaldas!

Era el primer comentario que Kip oía sobre Whit Delaney. Las dos chicas que tenía enfrente estaban hablando de él. Kip no las conocía, sólo sus nombres: Lauren era quien había hecho el comentario y Stacey la que se había reído.

—¡Estás de broma! —dijo Stacey—. Es imposible que el hijo del profesor Delaney sea guapo.

—Créeme, lo es —insistió Lauren—. Pregunta a cualquiera.

Stacey buscó a alguien a quien preguntar, pero el aula estaba casi vacía. Kip era la persona que tenían más cerca.

—Vamos a preguntarle a la inglesa.

Kip desvió la mirada: sabía lo que iba a pasar. Por alguna razón, algunas chicas disfrutaban haciéndole la vida imposible.

—¿Has visto al nuevo de literatura? —preguntó Lauren.

—No —respondió Kip—. ¿Qué le ha pasado al profesor Delaney?

—Pero bueno, ¿en qué mundo vives?

—Ya sé —exclamó Stacey—. ¡En el planeta Reebok!

Ambas se echaron a reír por el chiste. Kip no lo entendió porque nunca veía la televisión, pero suponía que se estaban metiendo con ella por dedicarse al atletismo.

—Al profesor Delaney le dio un ataque al corazón —le informó Lauren con aire de superioridad.

—¿En serio? —los ojos verdes de Kip se entristecieron. Le gustaba el viejo profesor—. ¿Y está bien?

Lauren se encogió de hombros: Kip y el estado de salud del profesor pasaron rápidamente a un segundo plano cuando Whit Delaney entró por la puerta. Kip no le dio importancia. No tenía muchos amigos en su nueva universidad. Radford era una pequeña institución del estado de Massachusetts, en Estados Unidos.

Levantó la vista por curiosidad y, tal y como Stacey había afirmado, el hijo del profesor Delaney era el hombre más atractivo que jamás había visto. Sobrepasaba el metro ochenta de estatura, pelo castaño claro y un rostro que parecía haber sido esculpido en granito y luego curtido por el sol y la lluvia. Era difícil acertarle la edad: podía tener tanto treinta como cincuenta años. Pero fueron sus ojos, de un azul eléctrico, los que atrajeron la atención de Kip.

Tenía la impresión de haberlos visto antes.

—Me llamo Whitman Delaney. Mis amigos me llaman Whit y vosotros podéis llamarme profesor Delaney... a menos que resultéis ser los Shakespeare de nuestros días, en cuyo caso podéis llamarme «El Gracioso».

Hubo un silencio antes de que la clase se atreviera a reír, excepto Kip: no le gustaba la gente que iba de lista.

—Muy bien, las redacciones —tomó una carpeta llena de papeles—. Os voy llamando en voz alta, os acercáis y os lleváis vuestras obras magistrales.

Empezó a llamarlos de uno en uno y a hacerles los comentarios pertinentes. Parecía que el profesor Delaney hijo se tomaba lo de las notas más en serio que su padre. Por suerte para Kip, había otros quince estudiantes en el grupo y el profesor no se dio cuenta de que faltaba su redacción. De hecho, esperaba pasar completamente desapercibida en clase, como de costumbre. Hubo un par de veces en que sus esperanzas se vieron casi frustradas al sentir que el profesor se la quedaba mirando unos segundos, pero él había continuado con la lección y Kip pudo relajarse y entregarse a lo que normalmente solía hacer durante las clases: soñar despierta.

Estaban discutiendo el tema de la traición en la literatura y Kip hacía tiempo que había desconectado.

—¿Kipling Wilson? —volvió a preguntar el profesor al no haber obtenido respuesta la primera vez— ¿Quizá quiera identificarse a sí mismo?

La equivocación provocó las risas de sus compañeros. Kip levantó una mano apenas visible, pensando para sus adentros que definitivamente aquel profesor no le gustaba nada.

—Lo siento. Femenino y no masculino.

—¿Cómo lo sabe? —cuchicheó Lauren con Stacey en tono perfectamente audible, dirigiéndole una mirada maliciosa.

A Kip le resbaló el comentario, pero sabía por qué lo decía. Las americanas llevaban sus largas cabelleras rubias sueltas y rizadas y siempre iban perfectamente peinadas. Ella, sin embargo, era morena y llevaba el pelo corto como un chico. Pero su rostro era el de una mujer, sin lugar a dudas, con enormes ojos almendrados y labios bien delineados.

—Ah, la corredora—sonrió Whit Delaney—. Así que no necesitó remolque.

Entonces, Kip cayó en la cuenta. Por eso sus ojos le resultaban

familiares. Lo había visto unos días atrás mientras corría. A las siete de la mañana de aquel día la niebla era tan intensa que no se veía nada y, estando en la penúltima vuelta antes de irse a clase, había chocado con un objeto sólido parado en medio de la pista y había salido despedida.

—¿Pero qué dem...? —al objeto sólido también le había pillado desprevenido, pero había conseguido mantener el equilibrio. Kip no había querido levantarse hasta estar segura de no tener nada roto o dislocado—. ¿Está bien? —unos ojos de un azul intenso se le habían acercado sonrientes, pero ella lo había mirado con expresión acusadora—. Ha sido usted quien se ha chocado contra mí.

—¡Estaba usted parado en medio de la pista!

—Cierto. No esperaba encontrar a nadie haciendo jogging a estas horas de la mañana.

—Yo no hago jogging; yo corro.

—Vale, corrijo lo que he dicho.

—Esta pista pertenece a la universidad de Radford —seguía enfadada.

—Ya lo sé. Yo también —lo miró desconfiada. En Radford había unos cuantos alumnos maduritos, pero nunca había visto a aquel hombre—. Soy nuevo.

—¿En qué facultad?

—Doy literatura inglesa del siglo XVI al XIX —sonrió—. ¿Y usted?

No respondió. La conversación ya había durado más de lo necesario. Rechazó la mano que le tendía y se levantó dolorida.

—Quizá deberíamos correr juntos para evitar más colisiones —sugirió él.

—Me gusta correr sola.

—Pues debe pasarlo mal cuando compite. ¿O es que va tan por delante del resto que ni siquiera los ve?

—¿Cómo sabe que compito?

—No lo sé; estaba adivinando —sus ojos repararon en los pantalones cortos y el top blanco de tirantes de Kip, en el que podía leerse Durham Harriers, su antiguo equipo de atletismo de Inglaterra. Había sudado tanto que el pelo se le pegaba a la frente y su top resultaba prácticamente transparente—. Debería tener cuidado saliendo a correr sola —lo había dicho en tono de consejo y no de amenaza y luego, se había marchado, dejándola malhumorada. No le gustaban los paternalismos, no le gustaba la

ironía y no le gustaban los americanos gigantes que la hacían sentir diminuta… y menos cuando resultaban ser profesores de literatura.

—Muy bien, Kipling, ¿le gustaría darnos su opinión?

—¿Sobre qué exactamente?

—Sobre si el acto tercero hace de la obra una comedia en vez de una tragedia.

—Es difícil de decir —no sabía por dónde salir, pero, una vez más, había optado por una respuesta ambigua antes de admitir que no había leído ni una sola línea de la obra.

—Muy difícil, ya imagino —comentó el profesor con sequedad al darse cuenta de lo que ocurría. Sin embargo, prefirió no ponerla en evidencia y dirigió la pregunta a otro alumno.

De no ser porque no le caía nada bien, le habría besado la mano en señal de agradecimiento, pero tal como estaban las cosas, intentó escapar del aula en cuanto sonó el timbre.

—¡Kipling! —la llamó antes de que pudiera llegar a la puerta.

Ella se acercó a la mesa y esperó en silencio a que recogiese todos los papeles y los metiese en su cartera. Esperaba que la regañase por no prestar atención, pero no fue así.

—¿Quién decidió lo de Kipling? —preguntó observándola.

—¿Qué? —no se lo podía creer—. Mi padre… ¿Por qué?

—Por nada. Es poco frecuente encontrar a otros que también lo sufren, eso es todo.

—¿Perdón?

—Mi padre me puso de nombre Whitman. como Walt.

—¿Walt? —repitió. Sin querer, estaba quedando como una estúpida.

—Walt Whitman, el poeta americano. El más grande de todos los tiempos, según mi padre.

—Ah.

—Aunque supongo que no lo será para usted.

—Nunca he leído nada de él —admitió. Podía haber fingido, pero tenía la impresión de que aquel hombre lo descubriría tarde o temprano.

—¿De veras? Tendremos que hacer algo para remediarlo. Pero de momento… ¿William Shakespeare? ¿El gran dramaturgo inglés? ¿Le suena el nombre?

—Ligeramente —no iba a permitir que la intimidase.

—¿Y bien? ¿Qué hay de esa crítica de una de las tragedias shakesperianas que escribió para mi padre? Bueno, la que se

suponía tenía que haber escrito. Es curioso, pero no recuerdo haber leído su redacción.

—Es que no pude... Se lo dije a su pa..., al profesor Delaney.

—¿Qué le dijo exactamente?

—Que tenía un encuentro.

—¿Un encuentro? —repitió. Luego se contestó a sí mismo—. De atletismo, claro.

—Sí. Tuve que entrenar.

—Está usted aquí con una beca de deporte. Eso explica muchas cosas —Kip no era tonta y sabía qué quería decir. La consideraba una «atleta sin materia gris», calificativo que se aplica a veces a los deportistas universitarios—. Muy bien, pues para que no haya malentendidos, Kipling, hay gente que cree que porque una chica pueda correr los 100 metros lisos en menos de 10 segundos hay que darle carta blanca en todas las asignaturas. Por desgracia para usted, yo no formo parte de ese grupo. ¿Me sigue?

—Sí.

—Así que me debe una redacción, ¿correcto?

—Sí. ¿Puedo marcharme ya?

—¿Cuándo es nuestra próxima clase?

—El jueves.

—Tres días. Tiene tiempo de sobra.

—¿Quiere la redacción para el jueves?

—Sí, ¿algún problema? —arqueó las cejas animándola a discutir, pero Kip decidió no hacerlo y se dirigió a la puerta sin esperar a que la diera permiso para marcharse.

—¿Cómo está su padre? —preguntó antes de salir.

La pregunta era sincera, pero estaba claro que a él le sorprendió.

—Sigue en el hospital, pero ya está fuera de peligro. Dicen que se recuperará por completo si hace lo que le dicen.

—Me alegro.

—¿Quiere que lo salude de su parte?

—Bueno, aunque probablemente no se acuerde de mí —se encogió de hombros, se despidió y se alejó corriendo.

Viéndola marchar, Whit Delaney pensó que con toda seguridad su padre la recordaría. Todo buen profesor repararía en una joven que se pasa la clase entera mirando por la ventana y deseando estar en otra parte. Él mismo conocía el sentimiento. Había aceptado sustituir a su padre, pero le había bastado un solo día para acordarse de por qué había dejado su antigua ocupación. Le

encantaba la literatura; lo que no le gustaba era tener metérsela con embudo a unos jovencitos que preferían leer comics o, en el caso de aquella chica, dar vueltas sin descanso a una pista de atletismo.

—¿Qué tal te ha ido, hijo? —preguntó su padre cuando fue a visitarlo al hospital.

—Bien, papá—Whit no quería alterarlo. A sus sesenta años, podría pensarse que Alex Delaney debía tomarse en serio lo del infarto y jubilarse, pero la universidad era toda su vida y, si Whit no daba las clases por él, quizá perdería su cátedra.

—¡Mentiroso! Has odiado cada minuto de la clase.

—Puede que sí, pero no te preocupes. Podré con ello durante un semestre o dos.

—Gracias, hijo.

—Tú simplemente recupérate pronto, ¿vale?

—Lo haré —sonrió—. Bueno, ¿cómo está mi pequeña?

—Es una pesadilla —la pequeña en cuestión era la hija de Whit, Abby, el ojito derecho de su abuelo, pero el terror de las amas de llaves—. ¿Cuánto tiempo lleva la señora Novak trabajando para ti, papá?

—Unos quince años, ¿por qué?

—Me pregunto hasta dónde llegará su lealtad.

—La señora Novak no nos dejará. Es de pura raza de Nueva Inglaterra. No se dejará amedrentar por las travesuras de una niña de ocho años.

—Ya veremos.

—Necesita una madre —era la coletilla habitual.

—Yo me crié sin madre —replicó Whit, recordando su propia infancia como una época feliz.

—Sí, y mira cómo has salido.

Whit sonrió. Diez años como autor de novelas de éxito y su padre todavía no lo había felicitado, pero sabía que, a su manera, Alex estaba orgulloso de él. El cariño y la admiración era mutuo y le dolía que hubiera estudiantes y lectores que viesen a su padre como a un viejo caduco. Este último pensamiento le trajo a Kip a la memoria.

—Hay una chica en una de tus clases. Parece un chico; bueno, no tanto. Es bastante guapa. Habla imitando el acento británico.

—Kipling —sonrió su padre.

—Sí, ésa.

—No lo imita. Es inglesa y está estudiando aquí con una beca.

—Lo de la beca ya lo había adivinado. De atletismo... Pensaba que eso ya no se estilaba —su padre frunció el ceño sin entender—. Jóvenes que se sacan una carrera con la gorra sólo porque pueden lanzar una pelota más lejos que nadie o correr más rápido.

—Es cierto —replicó Alex Delaney, sin negar que esas prácticas existían.

—Pues parece que nadie se lo ha explicado a la chica inglesa. Se pasó la clase entera mirando por la ventana y luego, se sintió atacada cuando le dije que hiciera la redacción que no había entregado en su momento.

—Creo que tiene problemas —murmuró el profesor, defendiéndola.

—¿Por ejemplo?

—No estoy seguro. No habla demasiado.

—No estarás bromeando — Whit hizo una mueca al recordar la escueta conversación que había mantenido con Kip.

—Me sorprende que hayas reparado en ella tan rápidamente. Normalmente se mantiene en un segundo plano.

—Claro, es la actitud más inteligente cuando no has leído la obra sobre la que se va a discutir en clase.

Omitió el detalle de que se había encontrado con ella haciendo jogging. La había reconocido en cuanto había entrado en el aula y esperaba que ella lo reconociese a su vez. Su ego se había visto herido al no obtener la respuesta esperada, pero eso era problema suyo, no de Kip. La última vez que una mujer se había portado de forma tan fría con él, había cometido el error de casarse con ella.

—No seas duro con ella, hijo. A veces resultas un poco... estricto sin darte cuenta.

—Dudo que eso vaya a molestar a tu protegida inglesa. No es que esté distante, es que desconecta por completo.

—Ya me he dado cuenta y me pregunto por qué.

—Bueno, no te preocupes. Ni es tu problema, por lo menos durante tres meses, ni el mío, siempre y cuando me entregue los ejercicios que le mande.

—Sí... —su padre quiso decirle algo más, pero en el último momento cambió de idea.

Pasaron tres días antes de descubrir qué era lo que su padre quería haberle dicho. El jueves, Kipling Wilson le entregó la redacción que le había pedido y luego mantuvo los ojos pegados al suelo hasta que pudo escaparse una vez más de su clase. Él la dejó

estar, siguiendo el consejo de su padre de no ser demasiado duro con ella, pero cuando fue a ponerle una nota al trabajo todas sus buenas intenciones se desvanecieron al instante. Era el peor ejercicio que jamás un universitario había hecho.

Capítulo 2

—Señorita Wilson, ¿puede esperar, por favor? —dijo el profesor Delaney al verla salir del aula a toda prisa.

Kip se detuvo. A pesar de estar rodeado de estudiantes que le preguntaban dudas sobre el último ejercicio que les había mandado, se había dado cuenta de su salida furtiva. Se acercó a la mesa. Vio su redacción encima de otros papeles y sabía lo que la esperaba. Había pasado por ello cientos de veces. Tuvo que esperar a que terminara de atender a sus compañeros, que parecían no tener prisa. Pero ella sí la tenía y cuando Whit Delaney finalmente se volvió hacia ella, la vio mirando el reloj nerviosa.

—No la estoy entreteniendo, ¿verdad? —preguntó en tono sarcástico.

—No —dijo, aunque por dentro pensara lo contrario.

—Bien, porque esto va a llevarnos algún tiempo. Leí su redacción anoche... ¿O debería decir que intenté leer su redacción anoche?

Kip aguardó el sermón de costumbre: estúpida, ignorante, vaga, insolente. Llevaban llamándola todo eso desde el primer día de colegio. Lo recordaba nítidamente. La ilusión que le había hecho unirse a la fila del resto de los niños de cinco años, con sus elegantes uniformes azul marino. Haberle dicho adiós con la mano a su niñera porque su padre estaba demasiado ocupado para llevarla personalmente. Haber entrado casi corriendo en el aula, sin ningún tipo de reticencias, porque, ¿no le habían dicho siempre los mayores que era demasiado lista? Pero aquellos halagos no habían durado mucho tiempo. A ningún niño le gusta que le griten, que le digan que no se esfuerza lo bastante cuando se está dejando el alma.

—¿Cuánto tiempo lleva haciéndolo? —la voz de Delaney la devolvió a la realidad.

—¿Haciendo qué?

—Desconectar—le dijo sin tapujos.

—Desde los ocho años —respondió con la misma franqueza.

—Pues más que ayudarla, lo que ha hecho ha sido perjudicarla —posó sus ojos azules sobre ella y Kip se ruborizó—. ¿Cuántos años tiene?

—Veintiuno.

—Mayor que la media de los de primero —replicó sorprendido —. No los aparenta. Bueno, ¿no cree que ya es hora de plantarle cara?

Kip supuso que se refería a su estupidez y lo miró con ojos desafiantes.

—Lo he hecho lo mejor que he podido.

—Puede, si hubiera sido franca desde el principio, no habría habido necesidad de llegar a este punto.

—¿Franca?

—Sobre su dislexia —Kip se lo quedó mirando incapaz de decir nada. Llevaba años oyendo a la gente decirle que era una estúpida y una vaga sin que nadie nunca le hubiera dado una explicación y aquel hombre lo había descubierto en unas pocas horas—. Es disléxica, ¿verdad?

Asintió en silencio y siguió mirándolo. Su rostro era anguloso y masculino, y con los vaqueros y la camisa de cuadros parecía más un personaje de película del Oeste que un profesor de literatura. Kip sintió que se le aceleraba el pulso, pero cuando él la miró a los ojos, ocultó todo tipo de emoción y le mantuvo la mirada. Fue un error. Aquellos ojos azules, misteriosos, eran penetrantes como cuchillos y podían verlo todo.

—Sí, soy disléxica —acabó confesando.

—No es como la peste, ya sabe —dijo al notar que se avergonzaba.

—Claro que lo sé.

—Pero hay gente que parece no darse cuenta, ¿no es eso? —Kip asintió de nuevo. Una parte de su ser seguía rechazando a aquel hombre, pero la actitud que demostraba hacia su problema era como una bocanada de aire fresco—. Supongo que la universidad lo sabe —Kip negó con la cabeza—. ¿Entonces? No me diga que le dieron la beca sin comprobar su nivel académico.

—Hice un test de inteligencia. Casi todo eran cifras y problemas de lógica. Estoy en informática.

—¿Y puede con ello?

—Con el trabajo que hacemos directamente en el ordenador, las clases teóricas y el laboratorio, sí, pero no con los manuales y libros de texto: hay que leer mucho.

—Y sin embargo, lo intentó con Hamlet.

—No lo leí. Me hice con una grabación en cassette en la

biblioteca pública.

—Eso demuestra iniciativa. Desgraciadamente, así no aprobará mi asignatura. Dudo que ningún profesor fuera a tomarse la molestia en descifrar lo que ha escrito y, para serle sincero, yo tampoco lo hice —le enseñó el ejercicio—. Pensé que emborronarlo todo con bolígrafo rojo sería contraproducente, pero como me interesa saber qué ha escrito, le he concertado una cita con Julia Barton, del departamento de estenotipia.

—No le entiendo.

—Muy fácil: usted dicta y ella escribe.

—Ah —jamás ningún profesor le había sugerido esa solución.

—La está esperando —dijo entregándole las hojas.

—¿Ahora?

—Ahora. ¿Pasa algo?

—Tengo un compromiso —miró el reloj.

—¿Más importante que éste? —su rostro se endureció.

Kip se mordió el labio. Sabía que Whit Delaney la estaba ayudando y hacía muchos años que un profesor no lo hacía, pero tendría que dejar pasar de largo esa nueva oportunidad.

—Sí.

—El atletismo, supongo —ella negó con la cabeza—. Entonces, tiene que ser un chico.

—No salgo con chicos.

—¿No sale con chicos? —repitió divertido.

—¿Qué tiene de particular? —dijo poniéndose a la defensiva.

—No, nada, nada —volvió a ponerse serio—. En confianza, hace tiempo que yo tampoco salgo con chicas —sonrió.

Kip no le devolvió la sonrisa. Sentía que se estaba riendo de ella, igual que hacían sus compañeras.

—Tengo que irme.

—¿Estás bien, pequeña? —preguntó Sam, de Pizzas Sam, cuando llegó al restaurante toda roja y sin aliento.

—Siento llegar tarde. Recuperaré las horas —dijo sin dar explicaciones. Prefería mantener su vida académica y laboral bien separadas.

—Ni te molestes, cariño —replicó Marcia, la otra camarera que hacía el turno con ella—. Ya trabajas más que de sobra para lo que te paga. Por cierto, mi hija ya ha dado a luz. Un chico. Germaine. ¿Te gusta?

—Sí —una mentira piadosa—. ¿Están bien?

—Fenomenal. Tengo una foto.

—¿Me la enseñarás?

Marcia rebuscó en el bolsillo del uniforme, pero antes de que pudiera sacarla, Sam la interrumpió.

—Quiere decir más tarde. Y ahora, si quisieras mover tus lentas piernas de anciana hasta la mesa cinco y tomar la comanda, te lo agradecería infinito.

—¡Menudo payaso! —murmuró Marcia. Tenía cuarenta años y le gustaba hacerse pasar por una mujer de treinta y cinco, pero hizo lo que se le había ordenado—. Ya hablaremos, Kip.

Kip fue a ponerse el uniforme. Nunca había trabajado de camarera antes de venir a Estados Unidos, pero había aprendido rápido y rendía tanto o más que la camarera más veterana. Así se había ganado el cariño de sus compañeras, que venían a contarle sus chismes y sus problemas. Incluso Sam confiaba en ella una vez vencidas sus reticencias iniciales de contratar a una camarera sin experiencia y, cuando Kip había tenido que mudarse de vivienda, le había ofrecido el apartamento que tenía encima de la pizzería por un módico alquiler. El restaurante y la universidad estaban cada uno en una punta de la ciudad, pero Kip había aceptado la oferta sin pensárselo. Los clientes eran «gente corriente», como los llamaba Sam, pero lo prefería antes que servir a las Staceys y Laurens de turno. Y si esa «gente corriente» incluía a algún borracho, era perfectamente capaz de manejar la situación. A fin de cuentas, se había criado con uno.

—Tengo que reconocerlo, pequeña —le dijo Sam al final de la jornada—. Tienes buena mano con los clientes raritos. La última estudiante que contraté no tenía ni idea de cómo tratar a un borracho.

—Gracias —sonrió—. Hasta mañana.

Se adentró en la oscuridad de la noche y torció la esquina hacia su apartamento. En realidad, no era más que una amplia habitación mal amueblada con un baño donde se salía el agua por todos los sitios. Era medianoche cuando se metió en la cama. Normalmente se quedaba dormida nada más tocar la almohada, pero esa noche no podía conciliar el sueño. Era por Whit Delaney. No podía quitárselo de la cabeza. Había comprendido mejor que ningún otro la mezcla de vergüenza y orgullo que la habían llevado a ocultar su analfabetismo y había intentado ayudarla, así que, ¿por qué no se había mostrado agradecida? Por lo general, Kip nunca sentía pena

de sí misma y no le gustaba que nadie le tuviera pena. Hacía mucho tiempo que había aceptado su problema con la escritura y la lectura.

Después de que su carrera como atleta se viera truncada prematuramente por una lesión, el padre de Kip había empezado a entrenar a su mujer. Al morir ella, abandonó el atletismo por completo e intentó dedicarse a los negocios, pero sentía que algo le faltaba y parecía incapaz de echar raíces en ningún sitio. Kip no sabía exactamente cuándo había empezado a beber. De hecho, siempre lo recordaba bebiendo; la clase de bebedor simpático que no hace más que soñar y prometer cosas que nunca cumplía. Con una excepción: algún día Kip ganaría la medalla que a él y a su madre les había sido negada, el oro olímpico. A los once años, Kip empezó a demostrar condiciones de gran atleta, solo que ya era demasiado tarde para su padre. Aquel gran sueño olímpico no fue suficiente para mantenerlo alejado de los bares. Sin embargo, Kip no se había rendido, ni siquiera después de dejar el colegio a los dieciséis años con un «no apta» y ponerse a trabajar en una fábrica. Se inscribió en un equipo de atletismo y ganó su primera carrera importante a los diecinueve años. Por supuesto, su padre estuvo una semana entera celebrándolo y acabó en el hospital. No era la primera vez, pero sí fue la última. Había muerto sosteniéndole la mano a su hija, dejándola como única herencia su sueño, pero fue suficiente. Aquello le había dado fuerzas a Kip para seguir adelante y no tirar la toalla. No iba a permitir que nada ni nadie se interpusiese en su camino.

Tras apenas cinco horas de sueño, Kip estaba en pie, vestida, y dando vueltas a la pista en el frío otoño.

Corría por las mañanas, corría a medio día y corría siempre que tenía un hueco entre sus horas de trabajo y de sueño. Era un horario muy sacrificado, pero no le importaba. Correr le suponía un placer físico.

Fue en la pista donde se encontró a Whit Delaney de nuevo. Al contrario que la primera vez, no estaba corriendo, sino que estaba sentado en las gradas. Kip no se percató de su presencia hasta después de la segunda vuelta, pero no se quiso parar. Hacía una semana y media que no lo veía, porque había dejado de asistir a sus clases. Ya había dado veinte vueltas a la pista y, sin embargo, se forzó a dar diez más antes de que el agotamiento la obligara a pararse.

—¿Enferma? —preguntó al verla doblada con las manos apoyadas en las rodillas.
—Agotada.
—No digo ahora. Me refiero a la semana pasada.
—No, no he estado enferma.
—Simplemente ha dejado la clase.
—Sí —se puso derecha—. Tenía usted razón.
—¿En qué?
—En que jamás aprobaría la asignatura —admitió, empezando a alejarse caminando. Él la agarró del brazo.
—Y por eso ha decidido darse por vencida; así, sin más —su tono de voz se había endurecido.
—Pensé que le agradaría.
—Pues pensó mal. Aparte de su falta de tacto al no informarme…
—Se lo dije a mi tutor. Pensé que él se lo comunicaría.
—¡Y unas narices! A usted le importaban un carajo las consecuencias.
Era cierto. No le importaban y le sorprendía que él se lo tomase tan en serio. ¿O es que lo que le preocupaba era su ego y que en la universidad pensasen que el cambio de asignaturas lo había provocado él?
—Bueno, ¿y qué asignatura va a escoger ahora? —cambió de táctica
—Todavía no lo he decidido.
—Pues cuando lo decida, comuníquemelo. Me intriga mucho saber qué se va a poner a estudiar teniendo el nivel de lectura y escritura de un niño de cuarto de primaria.
—¿Y a usted qué le importa? —se le ensombreció el rostro. No había necesidad de que se lo restregase por la nariz. Bastante avergonzada estaba ya con su escaso nivel de lectura—. ¿Por qué le preocupa tanto?
—Sólo Dios lo sabe —respondió irritado—. A alguno de los dos le tiene que importar —la miró a los ojos—. Quiero ayudarla, Kipling… Déjeme.
Kipling. Nunca nadie la había llamado así, ni siquiera su padre. En los labios de aquel hombre, Kipling sonaba a pura poesía. Vio que le tendía una mano y quiso agarrársela. Luego vio que la sonreía y pensó que sonreía ante su debilidad, y recuperó su entereza.

—No necesito nada de todo esto —dijo rechazando su ayuda y todo indicio de ternura que pudiera surgir en su interior.

—¿De verdad? —puso un gesto cínico—. Claro, como va a ser una atleta famosa… Muy bien; quizá lo consiga. He oído decir que tiene cualidades.

—¿Oído? ¿Por quién?

—A quién —la corrigió—. A su entrenador.

—¿El señor Scott? —lo miró alarmada.

—No se preocupe. Fueron preguntas muy generales. No le mencioné nada de lo cerca que está usted de la expulsión.

—¿Expulsarme?

—Existen grandes probabilidades.

—Hablará de mí en el claustro.

—No, no hablaré de usted en el claustro —la contradijo al borde de la exasperación—. No hará falta. Citando a un famoso ciudadano americano: no se puede engañar a todo el mundo todo el tiempo.

—Abraham Lincoln —dijo demostrando no ser una ignorante cerril, aunque reconocía que él tenía razón—. Me basta con sobrevivir un año.

—¿Para qué? —la siguió caminando hacia los vestuarios.

—Para mejorar mi marca en los tres mil metros, meterme entre los cien mejores y entonces, de seguro, encontraré un patrocinador.

—Y luego, adiós a Radford, ¿verdad? —con su comentario, la hacía parecer fría y calculadora.

—Si consigo estar entre los diez más rápidos, ganaré un montón de dinero y podré pagar mis deudas con Radford.

—O sea, que lo que cuenta es el dinero.

—No —lo miró de frente y se puso seria—. Lo que cuenta es el oro olímpico.

Lo había dicho con tanta determinación, que no había lugar para la burla. Frunció el ceño profundamente preocupado.

—¿Y luego?

«Luego, por fin podré vivir», pensó Kip. Era la primera vez que se planteaba el futuro en esos términos y se preguntaba a sí misma qué querrían decir, pero antes de que pudiera analizarlos, él continuó.

—No tendrás ese año. Puede que Radford no sea Yale ni Harvard, pero se enorgullece de ofrecer un nivel académico por encima de la media y tú no vas a llegar a ese nivel.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —preguntó resentida.

Whit Delaney se hacía la misma pregunta. En ese momento podía estar desayunando tranquilamente en casa con su hija y su padre, y en cambio había optado por levantarse a una hora intempestiva de la mañana e ir en busca de aquella joven inglesa.

—Alguien tiene que hacerlo, a no ser que lo que esté buscando sea un billete de vuelta a... Manchester, ¿no?

Kip lo miró con los ojos como platos. La universidad tenía un informe sobre ella, por supuesto, pero allí sólo figuraba su última dirección en Newcastle. ¿Cómo había adivinado que había pasado gran parte de su vida en la zona de Manchester.?

—Fui becario de Rhodes —le explicó—. Estudié un par de años en Inglaterra, en la universidad de Oxford, donde adquirí un limitado talento para identificar acentos. ¿He acertado?

—Más o menos —no quería hablar de su pasado—. Tengo que ir a cambiarme.

Whit Delaney se la quedó mirando un instante. Tenía el pelo corto como un chico y su constitución era atlética, y sin embargo, era sorprendentemente guapa. Probablemente más que guapa si uno se fijaba en aquellos enormes ojos verdes y en aquella boca sensual.

—Te veré más tarde en clase —dijo fingiendo un tono amenazador.

Kip apretó los labios y se contuvo. Luego se dio la vuelta y desapareció dentro del vestuario. Whit se prometió dejarla por imposible en caso de que no apareciera por su clase aquella tarde y se dirigió hacia la avenida Washington, donde vivía su padre.

—¡Papi! —gritó Abby cuando lo vio entrar en la cocina—. ¿Dónde has estado? El abuelo no se va a levantar hasta tarde y tú no estabas en tu cama esta mañana —lo amonestó.

—Salí a correr.

—¿Con esa ropa?

Whit sabía que su hija era demasiado lista para sus ocho años y que pronto tendría que hacer algo con ella, o se convertiría en una niña repelente y mimada como su madre. Miró a la señora Novak quien, tras quince años al servicio de su padre, se permitía ciertas libertades.

—Algunas personas son peores de lo que aparentan —murmuró.

Whit no estaba seguro de si se refería a él o a Abby, así que hizo caso omiso del comentario.

—Buenos días, Alice.

—Hace veinte minutos que está listo el desayuno.

—Tiene muy buena pinta —dijo sentándose a la mesa. Alice era una excelente cocinera y, si no se tenía cuidado, se corría el riesgo de perder la línea rápidamente. Por eso Whit había vuelto a hacer jogging por las mañanas.

De repente, volvió a pensar en la muchacha inglesa. ¿Qué era lo que le atraía de ella? ¿El hecho de que le recordase a Elizabeth? En realidad, sólo se parecían en que las dos eran de Inglaterra.

Había oído hablar de Elizabeth Clayton, su ex mujer, antes de conocerla: una joven actriz con un futuro prometedor. El director la había elegido para el papel protagonista de la película después de haberlo consultado con él. Se trataba de su libro y él mismo había escrito el guión para la versión cinematográfica. Elizabeth era la encarnación de la heroína que él había imaginado. Era hermosa; más aún, exquisita, con una cabellera de hilos dorados y una piel blanca como el alabastro, de grácil figura y voz de seda. Definitivamente, no tenía nada que ver con Kip Wilson. Ésta era una muchacha flaca, con un gran problema y si le interesaba era meramente porque nunca había conocido a nadie tan antagónico.

—Papá, ya lo he decidido —Abby lo sacó de sus pensamientos —. No necesito una nueva mamá.

—¿Qué?

—¡No me estabas escuchando! —lo acusó—. Nadie me escucha en esta casa.

—No me extraña —murmuró Alice Novak en voz baja.

—Sí te estaba escuchando, pero no estaba seguro de haber oído bien. ¿Quién ha dicho nada de mamás nuevas?

—Katie Day.

—¿Y se puede saber quién es Katie Day?

—Es la chica más guapa de mi clase. Sabe mucho de mamás y papás nuevos. Ha tenido un montón, ¡y todos apestan!

Whit decidió dejar pasar por alto esta última afirmación de su hija: o no sabía lo que decía, en cuyo caso no tenía importancia, o lo sabía y lo decía para impresionar, y entonces, era mejor no seguirle la corriente. Fue Alice quien lanzó una amenaza.

—¡Agua y jabón!

—¿Y por qué no rematarlo con estropajo? —respondió Whit con sequedad.

—¿Qué quieres decir, papi? —dijo mirando con hostiles ojos azules a su peor enemiga.

—Nada cariño. Era una broma.

—Voy a despedirme del abuelo —se levantó de la mesa y se fue.

—Mire, Alice —Whit se dirigió al ama de llaves—. Sé que la niña está insoportable en este momento, pero dele un respiro. No lo está pasando bien.

—Lo sé... Lo siento. Pero es que... bueno, me parece que no le gusto y eso lo hace aún más difícil.

—Ya —no había por qué negarlo. Abby no se había llevado bien con ninguna de las amas de llaves que había contratado—. No es nada personal contra usted, Alice, y tampoco es culpa de Abby. Ha habido demasiados cambios en su corta vida.

—Supongo. Yo intento ser cariñosa con ella, de verdad, pero pone a prueba mi paciencia.

—Lo entiendo, y por eso he pensado contratar a una estudiante un par de horas después del colegio para que no la moleste. ¿Qué opina?

—Pues, no lo sé.

—La canguro no se inmiscuirá en los asuntos de la casa, se lo aseguro. Podría llevarse a Abby a la piscina o algo así.

A Alice Novak se le iluminó la cara. El 10 de la avenida Washington era su territorio y no quería que ninguna mujer metiese allí sus narices. Aunque, tratándose de una chica joven, la cosa cambiaba.

—Creo que dará resultado.

Whit sonrió y se dirigió al despacho de su padre. Tenía una ligera idea del tipo de chica que encajaría en el puesto, lo que hacía aún más extraño que fuese Kipling Wilson la persona que se le viniese a la cabeza, porque ella sería la última persona a la que elegiría... ¿O no?

Capítulo 3

La noticia corría por toda el aula. Una vez más, Kip se enteró por boca de Stacey y de Lauren.

—No lo habrás solicitado —preguntó Lauren a Stacey.

—Pues claro que sí.

—Pero, ¿por qué? No te hace falta el dinero. Tu padre te manda todo el que quieras. Además, estoy segura de que no te apetece cuidar de una pequeña insoportable.

—Ésta no es cualquier pequeña insoportable. Es la pequeña del profesor Delaney.

—Eso es pura especulación —Lauren también había leído el anuncio en el tablón y no aparecía ningún nombre ni dirección, tan sólo un teléfono.

—No es cierto. He llamado —respondió Stacey.

—¿Y hablaste con él?

—No, con un ama de llaves. Pero se trata de su hija y creo que tengo posibilidades.

—Me lo creo, pero no te veo cuidando de una niña durante un par de horas todas las tardes.

—No será tan horrible y merece la pena sacrificarse por ciertas cosas.

—¿De verdad crees que tienes algo que hacer con él? ¿No es un poco mayor para ti?

—Me gustan los hombres maduros —dijo con aire de superioridad—. Y apuesto a que al profe le gustan las jovencitas. ¿Por qué crees que los puestos en la universidad están tan solicitados? Se les cae la baba viendo cuerpos jóvenes y virginales —al decirlo, estiró el suyo lánguidamente.

—No sé. No me pega que el profesor Delaney sea de los que babean.

—¡Todos los hombres lo hacen, créeme!

A Kip se le revolvieron las tripas y, cuando Whit Delaney entro en el aula, bajó la mirada y la dejó fija en su pupitre, esperando y rezando por que el profesor la obviase. Si había vuelto a sus clases era porque le parecía más fácil una vez él había descubierto su secreto. Además, había reescrito la redacción y quizá con eso la dejara en paz. Al terminar la clase, se acercó a su mesa donde,

como de costumbre, había un grupo de estudiantes revoloteando a su alrededor sedientos de conocimiento.

—Me alegra verla de nuevo, señorita Wilson —dijo con una nota de ironía.

Kip no le devolvió la sonrisa. No quería entrar a formar parte de su club de fans ni quería que la tratase como a la oveja descarriada que regresa al rebaño. Lo único que quería era sobrevivir.

—He hecho el ejercicio —se lo entregó.

—¡A máquina!

—Sí, pero no en la universidad.

—¿Alguna amiga? —Kip negó con la cabeza. Había visto el anuncio en el ultramarinos cerca de Pizzas Sam: Se pasan trabajos a máquina a buen precio. Era una mujer mayor con una máquina de escribir tan vieja como ella y le había llevado siglos dictarle el trabajo—. Bueno, agradezco el esfuerzo.

Esa vez su sonrisa traspasó la coraza y Kip le correspondió. Pocas veces sonreía, pero cuando lo hacía su rostro se transformaba en una belleza.

—Igual que el sol después de una tormenta —dijo Whit gratamente sorprendido. Quizá ella no entendió el comentario, porque lo miró confundida—. Lo siento, eso ha estado fuera de lugar.

Kip lo observó un instante: sí lo había entendido y se ruborizó porque nunca nadie la había comparado con el sol.

—Tengo que irme.

Iba a llegar tarde al trabajo, pero se entretuvo deliberadamente para pasar por el tablón de anuncios. Le costó encontrar la nota y mucho más leerla:

SE BUSCA CANGURO COMPETENTE PERO CARIÑOSA PARA NIÑA DE OCHO AÑOS.

TARDES Y ALGÚN FIN DE SEMANA. SE VALORARÁ EXPERIENCIA. SUELDO A NEGOCIAR.

No estaba segura de por qué lo había leído. No tenía intención de solicitar el puesto, porque no sabía cómo cuidar niños y, por otro lado, Whit Delaney nunca contrataría a una chica que apenas supiera leer. Curiosidad, le había picado la curiosidad, hecho que de por sí ya era inusual. Había dejado de sentir curiosidad por la gente desde el momento en que había descubierto lo poco que le gustaba que la gente sintiese curiosidad por ella. Pero Whit Delaney la había impactado como nadie antes lo había hecho.

Corrió hasta la pizzería y llegó justo a tiempo. Era viernes, el día de más trabajo, así que estaría en pie hasta medianoche, pero lo que le preocupaba era la carrera del día siguiente. No era una competición especialmente prestigiosa, pero para ella era importante asistir e intentar ganar. Bill Scott, su entrenador, le había dicho que podía hacerlo, que podía mejorar su marca. El problema era competir. En cuanto salía a la pista con otros corredores, perdía el ritmo y la fuerza de voluntad. Era como si no quisiera vencer a los demás, sólo a sí misma.

—Tú puedes —le dijo Bill Scott segundos antes de la carrera—. Eres la más rápida de todos los participantes. Confío en ti. Confía tú también en ti misma.

—Gracias entrenador.

Le gustaba Bill Scott. Entendía lo que era correr y lo mucho que significaba para ella. Por eso le daba sesiones particulares de entrenamiento fuera de hora. Compartía su sueño de llegar a correr algún día en las Olimpiadas.

Con las palabras de Bill Scott zumbándole en los oídos, Kip dio todo de sí misma y, en la última vuelta, se puso en cabeza y llegó sola a la meta. Bill Scott estaba exultante. Ganar le producía una sensación de júbilo que Kip no compartía.

—Lo estamos consiguiendo —le dijo en el autobús de vuelta a casa—, pero tendremos que trabajarte a nivel psicológico. Y no es bueno que dediques todas las mañanas a dar vueltas tú sola en un estadio vacío.

—No hago más que seguir tu plan.

—Lo sé, pequeña, lo sé. Para serte sincero, alguien me ha venido con el cuento.

—¿Quién?

—El hijo de Alex Delaney... Del profesor Delaney —se corrigió al recordar que ella era una alumna y no una colega—. Tengo entendido que es tu profesor de inglés.

—Sí, y no le gustan los corredores.

—¿A Whit? Me extraña. Fue un gran atleta de joven. Se lo habría tomado más en serio de no haber tenido tan buenas cualidades para otras cosas. Se licenció en Harvard, ni más ni menos. En cualquier caso, quizá tenga razón. Puede que correr en solitario a horas en que no hay nadie en la pista sea la forma más rápida de quemarse. Necesitas entrenar con otra gente, aunque sólo sea para acostumbrarte a compartir la pista.

—No puedo, ya lo sabes.

Llevaba seis meses en Radford, en parte gracias a Bill Scott. Entre él y uno de los veteranos del equipo de atletismo de Newcastle la habían sacado de la fábrica donde trabajaba en Inglaterra y habían concertado lo de su beca en la universidad. Pero el dinero de la beca no era suficiente y trabajar en la pizzería era vital para ella.

—¿Y no le puedes pedir a tu jefe que te deje empezar más tarde?

—Ya se lo he preguntado. La respuesta es no.

—Pues así no podemos seguir. Tendrás que buscarte otro trabajo.

—Tampoco puedo. Perdería el apartamento.

—Ya sé que es duro, pequeña. Ojalá pudiera ayudarte, pero tienes que aceptarlo. Si lo de correr va en serio, tendrás que asistir a los entrenamientos como todos los demás. Aparte de otras cosas, te ayudará a cultivar un cierto espíritu de equipo.

No dijo nada. No era la primera vez que Bill le insinuaba que era demasiado solitaria, y no se lo podía rebatir. Era una persona solitaria y lo había sido desde que había tenido uso de razón. Con cada cambio de colegio y de ciudad, se había ido retrayendo cada vez más, hasta que finalmente había optado por no intentar hacer amigos.

—No pasa nada, pequeña —había visto la tensión en su rostro—. Hoy nos has dado motivos para estar orgullosos de ti.

Kip se pasó el resto del trayecto mirando por la ventanilla y odiando a Whit Delaney por haber interferido en su vida.

Todavía seguía odiándolo cuando asistió a su clase al cabo de unos días. No lo miró ni una sola vez y él tampoco le hizo mucho caso, hasta el final de la hora.

—Kipling, ¿podría quedarse un momento?

—¡Qué pena que no seas la tonta de la clase para poder quedarte también un momento, Stacey! —dijo Lauren en tono perfectamente audible.

—No me llevaría a ninguna parte —replicó Stacey—. No creo que él se interesara por una retrasada mental.

Ambas miraron hacia atrás para ver si sus palabras habían causado el efecto deseado, pero se encontraron con una Kip dispuesta a desquitarse.

—¡Vete al infierno! —algo había aprendido en los colegios marginales a los que había asistido: no te metas en problemas a

menos que los problemas vengan a buscarte; entonces, o te enfrentas a ellos o sucumbes.

—¿Qué has dicho? —acertó a preguntar Stacey.

—Ya lo has oído. ¡Piérdete!

—¿O si no qué? —la retó fingiendo coraje. El resto de los estudiantes se habían arremolinado alrededor y tenía que salir con la cabeza bien alta.

—O si no vete pidiendo hora para otra operación de nariz.

—¿Estás insinuando que me he hecho la cirugía plástica?

—Ahora que lo pienso, probablemente no —dijo mirándola con frialdad.

—Eres... eres... —dio un paso al frente, pero Kip ya estaba preparada con los puños en alto. No era la primera vez que había tenido que pelearse.

En ese momento, Whit Delaney irrumpió en la escena dispersando al grupo. Miró a la chica inglesa, que estaba a punto de estallar, y luego miró a su oponente, la efusiva americana a la que había contratado como canguro.

—¿Qué pasa aquí?

—No sé, profesor —dijo Stacey—. Estábamos hablando tranquilamente del trabajo que nos ha mandado y, de repente, ella se ha puesto a insultarme.

—¿Es eso cierto? —preguntó a Kip.

—No —lo miró desafiante—. No la he insultado. Simplemente le he dicho que se vaya al infierno.

—Y ha insinuado que me he operado la nariz—aquello era el mayor delito a los ojos de la americana. Whit sintió deseos de reírse, pero se contuvo.

—Está bien. Marchaos —le dijo a Stacey y al resto del grupo—. Usted no, Kipling.

Aquella mirada de rabia contenida volvió a los ojos de Kip, que se cruzó de brazos a esperar el sermón habitual.

—¿Tiene algo que decir en su defensa?

—No —para qué, si ya había sido juzgada.

—Muy bien —se encogió de hombros y se dirigió a su mesa. Desconcertada, Kip lo siguió y esperó la sentencia.

—¿Qué va a hacer al respecto? —preguntó al ver que él no decía nada.

—¿De qué?

—De meterme con Stacey.

—¿Meterse con ella? Yo diría que ha sido más bien intimidación en el grado más alto. Mire, si quisiera jugar a ser árbitro, solicitaría un puesto en un instituto del centro de Nueva York. Si usted y Stacey tienen problemas, no es asunto mío.

—Yo no tengo ningún problema.

—Bien —dio el asunto por zanjado—. En cuanto a su redacción, es muy buena. La pregunta es, ¿quién la escribió?

—¿Qué? —no daba crédito a sus oídos—. Nadie... Es decir, yo.

—Y yo soy el presidente de los Estados Unidos. Escuche, estaba en un aprieto y encontró a alguien que la sacara de él. No es la primera que paga por ese tipo de ayuda.

—¡Lo escribí yo! —repitió con el rostro congestionado por la rabia.

—Es una pena que en clase no nos haga partícipes de estas ideas tan originales que tiene, señorita Wilson.

—¡Lo escribí yo! —insistió. Aquella redacción era el fruto de una de las pocas veces que de verdad se había esforzado y el hecho de que él no la creyera era lo que la enfurecía.

—Escúcheme bien. Hace un par de semanas leí la primera página de la otra redacción que me entregó. Quizá no la recuerde palabra por palabra, pero desde luego no se parece en nada a ésta.

—Tuve que reescribirla. No podía leer ni mi propia letra como para dictar, así que me fui a la biblioteca otra vez a por la obra y luego grabé la nueva redacción en una cinta, que es lo que la señora Steenburg pasó a máquina. Todavía tengo la grabación en casa.

—¿Quién es la señora Steenburg?

—Una mecanógrafa que vive al lado de la pizzería.

—¿Qué pizzería?

—Tengo que irme —dijo sin dar explicaciones.

—Un momento —la agarró del brazo—. No hasta que hayamos aclarado este asunto. O confiesa ahora y dejamos el tema, o vamos a discutirlo con el rector.

—Vale, pagué a alguien —dijo lo que él quería oír. No tenía sentido seguir defendiendo su inocencia—. ¿Ya me puedo ir?

—Sí —dijo, pero no la soltó, sino que agarró su chaqueta de la silla—. La llevo en coche.

—¿Qué?

—La llevo en coche. Así no llegará tarde. ¿Por dónde vive?

—Al otro lado de la ciudad. Y no necesito que me lleve, iré corriendo.

—Insisto. ¿Tiene algo que recoger de su taquilla?

Kip negó con la cabeza y, cuando quiso echarse la bolsa al hombro, él se la quitó de las manos y se la llevó. Caminaron por el pasillo en silencio. A ella le latía con fuerza el corazón, sintiendo sus dedos alrededor del brazo. En el aparcamiento de profesores, se detuvieron frente a un deportivo.

—Un Jaguar —dijo sorprendida.

—Sí, un modelo de 1950. Importado de Inglaterra, como usted. Pero no compensa; demasiados problemas.

Kip se preguntó si esa última observación también iba por ella, además de por el coche.

—No tiene por qué llevarme.

—No, no tengo por qué —puso el coche en marcha y reculó—. ¿Dirección? —ella se la dio y empezó a darle instrucciones para llegar—. No hace falta, lo conozco. Me crié en Radford y no ha cambiado mucho desde que me fui.

—¿Dónde vive normalmente?

—Viví muchos años en Nueva York, pero hace poco he comprado una casa en la costa de Maine. Imagino que regresaremos allí una vez mi padre se haya recuperado.

—¿Y su mujer qué prefiere? —suponía que estaría casado.

—Mi mujer está muerta —dijo sin inmutarse—. En vida, prefería París o Londres o cualquier sitio donde no estuviéramos... Cuando hablo en plural me refiero a mi hija y a mí.

—Ah —deseó no haber abierto la boca—. ¿Cómo se llama su hija?

—Abigail. La llamamos Abby. Un nombre nada apropiado para el diablillo que es. Debería conocerla. Probablemente se llevarían bien.

—No me gustan mucho los niños.

—Vaya, por lo menos es sincera —rió—. La semana pasada me la pasé entera entrevistando a un ejército de mujeres jóvenes, todas pretendiendo ser la reencarnación de la mismísima Mary Poppins. Busco una canguro para mi hija.

—Ya, vi su anuncio.

—Y decidió no hacerle caso, claro.

—Ya tengo trabajo.

—¿De qué?

—De camarera.

—Es una pena. Creo que usted sería justo lo que Abby necesita;

alguien tan duro como ella.

Kip apretó los labios. No iba a negar que fuese dura. Gracias a ello había sobrevivido, pero por alguna razón no le gustaba que aquel hombre le diese puntos positivos por ello.

—¿Dónde exactamente? —habían llegado a su calle.

—Déjeme aquí.

—¿Dónde exactamente? —repitió. Al verla reticente, la tranquilizó—. No se preocupe, no me auto invitaré a entrar.

—En la pizzería. Vivo justo encima.

Aparcó al pie de las escaleras que subían a su apartamento y paseó la mirada por el estrecho callejón lleno de cubos de basura y desperdicios, pero no hizo ningún comentario. Salió del coche y se acercó a abrirle la puerta.

—Gracias por traerme.

—Le haré saber lo que decida.

—¿Sobre qué?

—Su redacción… Algo habrá que hacer.

Kip sintió que la rabia volvía a invadirla. ¡Seguía pensando que había hecho trampa!

—¡Espéreme aquí! —le gritó y se apresuró a subir las escaleras. Le llevó un tiempo abrir la puerta, porque tenía varios cerrojos. Entró y fue derecha a por la grabadora. La vació y, al salir afuera, se lo encontró en lo alto de las escaleras. Por un momento tuvo miedo, pero recuperó el control y le puso la cinta en la mano—. Tome. Y ahora, tengo que trabajar —cerró la puerta, corrió escaleras abajo y se metió en la pizzería.

Whit no intentó detenerla. Había adivinado qué había en la cinta, así que bajó al coche y fue escuchándola de vuelta a casa. No era una grabación muy sofisticada, pero reconocía su voz, suave y entonada, y sus palabras. Había cometido un grave error.

—¿Te has echado novio? —le preguntó Sam al cabo de unas horas.

—No, ¿por qué? —Kip se preguntaba si habría visto a Whit Delaney traerla a casa.

—Alguien ha llamado preguntando por ti. Le he dicho que estabas trabajando y que no llamase en horas de servicio —dijo Sam, pasándole dos platos de comida—. Una napolitana y una hawaiana para la mesa seis.

Por una vez en la vida, Kip se alegraba de que Sam tuviera un carácter tan áspero. Cualquier otro jefe la habría llamado al

teléfono, pero Sam no. Él pagaba a sus camareras por segundos trabajados.

—Te dejaré salir antes —anunció Sam cuando el último cliente se hubo marchado y las mesas estuvieron limpias. «Antes» significaba cinco minutos, pero era la primera vez que lo hacía.

—Gracias Sam.

—Te espera afuera —señaló a la calle con la cabeza—. El del teléfono.

—¿Qué?

—El tipo que te ha llamado. Quería saber a qué hora terminabas. Me dijo que te dijese que estaría afuera.

—Eso fue hace mil horas.

—No podía permitir que te pasases todo el turno soñando con él —se encogió de hombros.

—No es mi novio.

—Sí, y el Papa no es católico. Anda, vete antes de que se canse de esperar.

Kip colgó el delantal y salió a la calle. Al no ver ningún coche, dobló rápidamente la esquina de su callejón y allí, aparcado en el mismo sitio, estaba el Jaguar. Era rápida y subió corriendo las escaleras, pero había olvidado que su puerta tenía varios cerrojos.

—Kipling, espere —la alcanzó mientras se peleaba con el último cerrojo—. Intenté llamarla, pero su jefe se negó a dejarla hablar por teléfono.

—Estoy ahí para trabajar, no para hablar.

—Justo lo que él dijo. ¿No serán parientes?

—Muy gracioso.

—¿Puedo pasar? —preguntó cuando por fin abrió la puerta.

—Es tarde.

—Deme una oportunidad.

—¿Una oportunidad?

—Para disculparme.

—Está bien —por la expresión de su cara supo que hablaba en serio.

El apartamento no era grande; había una única habitación que hacía las veces de dormitorio y cocina. Sólo el baño estaba separado. El sofá—cama estaba abierto, las sábanas revueltas y había restos de desayuno en la mesita.

—Creo que he encontrado un alma gemela —sonrió.

—¿Perdón?

—Tampoco yo soy la persona más ordenada del mundo. Aunque creo que usted me gana.

—No tengo tiempo —se defendió.

—No, supongo que no —se sentó en una silla—. ¿Cuántas noches trabaja a la semana?

—Seis.

—¿Y con qué frecuencia entrena?

—Por las mañanas, como bien sabe. Casi todos los mediodías: tres con el señor Scott. Los sábados que no tengo competiciones y los domingos por la tarde, también con el señor Scott.

—Eso es mucho.

—No, si quieres ser llegar a ser alguien.

—Supongo, pero no le dejará mucho tiempo libre.

—¿Se refiere para estudiar?

—Pues no. No pensaba en los estudios, sino en el ocio. ¿A qué se dedica cuando no está entrenando, trabajando o estudiando?

—A dormir.

Whit Delaney soltó una carcajada antes de percatarse de que era literalmente cierto, y entonces arrugó el ceño. Miró al sofá—cama, listo para meterse en él, y a las estanterías, sólo con libros de texto. Ni fotografías ni adornos ni nada que sugiriese un mínimo de vida personal.

—¿A qué ha venido?

—Escuché la cinta y me di cuenta de que había cometido un error. No sabe lo mucho que lo siento.

—No importa.

—Sí que importa—Whit había comprendido el daño que le había hecho y quería repararlo—. Se tomó el tiempo y la molestia de escribir una redacción decente y yo se la tiré a la cara, pero es que no me lo esperaba.

Lógico. Como el resto de los profesores que había tenido. Todos esperaban muy poco de ella.

—¡Soy disléxica, no estúpida!

—No, pero puede que yo sí lo sea. Si hubiera estudiado su redacción con detenimiento, habría sabido que era de su propia cosecha. Las palabras eran suyas, el tono, las ideas, todo. Por eso era tan original. La mayoría de los alumnos simplemente leen las críticas de otra gente y luego las regurgitan sobre el papel. Usted no lo hizo —su tono de voz era claramente de admiración.

—Yo no lo hice porque no pude. No sé leer, ¿recuerda?

—Pero sabe escuchar y escuchó mil veces mejor de lo que otros leen, y lo entendió.

—No todo —no estaba segura de que le gustasen los derroteros que estaba tomando la conversación. Se sentía incómoda con tanto halago.

—Nadie lo entiende todo, pero usted se ha aproximado más que la mayoría de la gente. La pregunta es ¿qué piensa hacer al respecto?

—¿Al respecto de qué?

—Del hecho de tener un coeficiente de inteligencia que está a años luz de su nivel de lectura.

Kip se lo quedó mirando. Nadie mejor que ella conocía ese dato. Hubo un momento de su vida en que se rebeló contra ello, frustrada por no poder leer ni expresar fácilmente las ideas que le bullían en la cabeza, pero hacía tiempo que había perdido el interés por las ideas, o por lo menos por contárselas al resto del mundo. Y lo que menos necesitaba era que un desconocido viniese a hurgar en su caparazón de indiferencia. No le estaba agradecida. Estaba furiosa.

—¿Qué le parece si nos hacemos con una varita mágica, o pedimos un deseo a una estrella fugaz, o por qué no escribir a Santa Claus…? No, olvidémonos de esto último: probablemente no podría descifrar mi letra.

Whit no veía razón para el sarcasmo cuando su único deseo era ayudar, pero aquella chica era incapaz de expresar gratitud. Lo mejor que podía hacer era largarse de allí. Sin embargo, un impulso inexplicable le impedía hacerlo.

—Tiene razón, la solución no es fácil. O a lo mejor no hay solución posible, pero al menos tiene que intentarlo.

—¿Por qué?

Buscó una razón que fuese convincente para ella, pero se dio cuenta de que no había cebo posible que la hiciese picar, así que optó por la mano dura.

—Porque si no lo hace, iré a ver al decano y la recomendaré para una expulsión inmediata.

—Se está tirando un farol —Whit no sabía si se estaba tirando un farol o no, pero en sus tiempos jóvenes había jugado al póker y le fue fácil permanecer impávido—. ¿Por qué está haciendo todo esto?

—Alguien tiene que hacerlo, pero no seré yo.

—¿Qué no será? —Kip había perdido el hilo.

—Quien le dé clases suplementarias. Será mi padre.

—No tengo dinero para pagarlas.

—Digamos que se trata de un acuerdo mutuo. Usted necesita aprender y mi padre necesita enseñar. La enseñanza es toda su vida, pero no podrá volver a ella hasta que no esté recuperado del todo. Necesita un proyecto.

—¿Lo ha consultado con él?

—Hace un par de semanas y está encantado. Ya ha ido a informarse a la Fundación para Disléxicos sobre métodos y técnicas de enseñanza... Lo que más le gusta en este mundo son los retos.

—Me siento como el Everest.

—Entonces, estamos de acuerdo.

—¡No! No puedo... Aunque quisiera, no tengo tiempo.

—Le daré permiso para faltar a mis clases. A fin de cuentas, no se puede decir que participe o escuche demasiado.

—No es nada personal. Nunca me ha gustado el colegio.

—Puede que fuera culpa de su colegio.

—De mis diez colegios.

—¿Ha ido a diez colegios diferentes?

—Sí. No es que me expulsasen ni nada de eso. Simplemente cambiábamos de ciudad a menudo.

—¿Cambiábamos? ¿Cuántos eran?

—Sólo mi padre y yo. Mi madre murió cuando tenía tres años.

—¿Y él la crió?

—Dígalo como más le guste —dijo en un susurro, pero él la oyó.

—¿Cómo lo diría usted?

—Nada —Kip se arrepentía de haber ido tan lejos.

—Me vendría bien un consejo. Yo también estoy solo para criar a mi hija.

—Muy bien. Pues cuando se agarre una tajada, asegúrese de que hay alguien más aparte de su hija para meterlo en la cama.

Por un momento pensó que se trataba de una broma, pero, al verla la cara, se dio cuenta de que no.

—¿Sigue viendo a su padre?

—No, murió.

—Lo siento.

—Fue un descanso... por lo menos para él —dijo rechazando su empatía. No, no había sido un descanso; no para ella. Los ojos se le llenaron de lágrimas y se dio la vuelta para que no la viera. Whit se levantó y se acercó a su lado.

—Debe echarlo de menos —intentaba ser amable, pero lo único que consiguió fue irritarla.

—¿Por qué? ¿Porque es lo normal? ¿Obligatorio? ¡O simplemente es lo que se dice en estos casos!

¡Dios! ¿Cómo podía ser tan difícil? Sus propias emociones estaban en conflicto. Deseaba protegerla y herirla a la vez. La agarró del brazo y la dio la vuelta.

—¡Suélteme!

—¡Por lo menos mire a la gente a la cara cuando les está mandando al infierno!

—¡Está bien! —alzó los ojos y se encontró con su mirada azul, y de repente algo cambió. Se olvidó de su rabia y el corazón empezó a latirle acelerado.

Para Whit fue una necesidad incontenible, una urgencia inexplicable y acabó dando rienda suelta a sus deseos antes de poder siquiera analizarlos. La besó como un poseso, con fuerza, exigente y, sobre todo, sabiendo. Sabiendo cómo robarle la respiración y los sentidos, haciéndola abrir los labios y entregarse al placer. Su deseo se tornó en locura al verse correspondido y la besó aún más fuerte y empezó a tocarla; la espalda, las caderas, los muslos... La tomó en brazos y la llevó a la cama.

Aquello era nuevo para Kip, pero lo sentía como algo natural, igual que el respirar. Era como una carrera: las piernas deslizándose, la sangre bullendo, la piel resbaladiza por el sudor. Como una carrera, excepto que aquella la estaba corriendo con otra persona y no existía la soledad ni la desesperanza.

Whit debía haberse refrenado. Lo supo entonces y lo supo más tarde. Lo intentó. Apartó su boca de la de ella y se obligó a recordar que era casi una niña, no una mujer; que era su alumna. Pero aún así la deseaba.

Ella debía haberlo parado cuando la desnudó, en vez de gemir de placer, en vez de enardecer su pasión, alentando su deseo de tocar cada centímetro de su piel y cubrirla con su cuerpo y tomar lo que tan dispuesta parecía a ofrecerle. Ella debía haber gritado al principio, no al final, cuando ya era demasiado tarde y la ofrenda había sido entregada, una ofrenda que él no quería.

Le dolió. Kip no esperaba que doliera y aquel dolor la desconcertó y la devolvió a la realidad. Lo miró y vio a un extraño y empezó a temblar. Whit se apartó y se sentó en el borde de la cama. Se vistió, lleno de vergüenza y frustración, pero era incapaz de

moverse. Kip deseó que se marchara y la dejara sola para encontrar algún sentido a lo que acababa de hacer.

—Lo siento, estaba fuera de mí —dijo Whit. Se sentía culpable.

Kip se tapó con el edredón hasta la barbilla y lo miró con sus enormes ojos verdes.

—Vete, por favor.

—No puedo irme así —sintió de nuevo la necesidad de protegerla. Acababa de engrosar la lista de las personas que habían destrozado la vida de aquella muchacha.

—No te preocupes, no se lo contaré a nadie.

—No me preocupo. Puedes contarle al mundo entero que soy un cerdo, si quieres. No te lo discutiré. Mira, no sé...

—Ha sido culpa mía. Debería haberte parado y no lo hice. ¿Te importaría marcharte?

Su voz sonaba tan fría, tan impasible. Ni una lágrima, el rostro como una máscara. Se preguntó si aquella muchacha habría sentido alguna vez alguna emoción. Recogió su chaqueta y se fue.

Kip lo vio cerrar la puerta tras de sí y entonces, sólo entonces, el dolor, la vergüenza y la soledad empezaron a deslizarse por sus mejillas en forma de lágrimas.

Capítulo 4

—¿Sí? —unos ojos hostiles le pasaron revista.

—¿Vive aquí el profesor Delaney? —preguntó Kip.

—Puede. ¿No serás otra canguro?

—No. vengo a ver al profesor Delaney padre. Me envía el profesor Delaney.

El ama de llaves la miró con suspicacia. Kip podía haberle enseñado la carta, pero Whit Delaney no se había explayado demasiado:

Querida Kipling,

Si quieres denunciarme en la Junta de Gobierno de la universidad, estás en tu derecho. Mi padre todavía te espera para las clases, a la misma hora que tendrías literatura conmigo.

Saludos, Whit Delaney

Directo y conciso. A Kip no le costó mucho descifrarla... ni leer entre líneas. Podía elegir: o armar el lío y acusarle de haber abusado de ella, o mantener la boca cerrada, evitarles a ambos la humillación y seguir como si nada yendo a ver a su padre.

—Pues si el profesor Delaney la está esperando, será mejor que entre. Espere aquí, que voy a buscarlo.

Kip miró a su alrededor. Había una escalera que subía al piso de arriba y una habitación a cada lado del hall. La de la derecha estaba decorada en un estilo anticuado, como de película de los años cuarenta o cincuenta. La otra era un despacho o una biblioteca, forrada de arriba abajo con libros. El ama de llaves apareció con el profesor Alex Delaney.

—Kipling, me alegra verte —le dio la bienvenida con una sonrisa. Kip se la devolvió; siempre le había gustado aquel hombre.

—Tiene buen aspecto.

—Gracias, me siento mejor. Vamos al despacho y pongámonos manos a la obra. ¿Podría traernos un café, Alice?

—Supongo —gruñó—. Pero no vaya a cansarse —le dirigió una mirada amenazadora a Kip.

—No hagas caso a Alice. Le gusta tratarme como a un inválido. Cree que los quince años que lleva en esta casa le dan derecho a mandarme.

Quizá el ama de llaves tuviera razón. Sólo habían pasado unas

semanas desde que le había dado el infarto.

—Profesor, no tiene por qué hacer esto. No merece la pena. No creo que nunca pueda leer o escribir correctamente. No quisiera hacerle perder el tiempo.

—¿Tiempo? En este momento, es lo único que tengo, así que no nos preocupemos de mi tiempo cuando es el tuyo el que te preocupa.

—¿El mío?

—El tuyo. ¿O me equivoco al pensar que preferirías estar entrenando en vez de estudiando?

Era cierto, pero ahora que estaba allí le parecía importante quedarse.

—No sé leer y quiero aprender

—Estupendo, eso es ya un gran paso adelante. Admitir un problema significa solucionarlo en un 50%. Igual que cuando los borrachos dicen «soy alcohólico» —una comparación muy poco afortunada. Los ojos de Kip se nublaron—. No era mi intención ofenderte.

No, el profesor no sabía nada sobre su padre, era ella quien estaba demasiado susceptible. Además, tenía razón: su padre nunca había solucionado su problema porque nunca había admitido que lo tuviera.

—Hola. Me llamo Kip Wilson y soy disléxica.

—Muy bien, pues a ver qué podemos hacer para ayudarte.

El profesor procedió a explicarle su plan y la tuvo toda la clase haciendo tests para comprobar su grado de dislexia. No existía una curación absoluta, pero sí algunos trucos para superarla.

—Nos veremos el miércoles. A menos que decidas volver a las clases de mi hijo.

—No, vendré aquí.

—Parece que Whit te lo ha estado haciendo pasar mal, ¿eh? —rió—. Él lo llama incompatibilidad de caracteres.

—¿Ah sí? —pues acostarse juntos no los había hecho más compatibles, sino todo lo contrario—. Bueno, gracias, profesor.

—No las merece. Simplemente, vuelve el miércoles.

Al salir, se encontró en la puerta con el ama de llaves y una niña pequeña, presumiblemente Abby Delaney.

—¿El profesor está bien? —preguntó Alice.

—Sí, está bien. Gracias por el café.

—No hay de qué.

—¿No serás otra canguro? —disparó la renacuaja.
—¡Cállate niña!
—Porque no durarás mucho —continuó Abby sin hacer caso—. Ya he pasado por tres. La primera cacareaba como una gallina, la segunda era tan divertida como ir al dentista. Y esta semana, la tonta de Stacey.
—Stacey todavía es tu canguro, así que cuida esa lengua, Abigail Delaney, y entra en casa.
—Entonces, ¿quién eres? —era incorregible.
—Me llamo Kip Wilson y soy alumna de tu abuelo.
—¿Eres la pobre infeliz, que no sabe leer correctamente?
—¡Abigail Delaney! —exclamó el ama de llaves furiosa.
Kip también estaba enfadada; enfadada por que los Delaney hablaran de ella delante de aquella niña precoz.
—Sí, y tú debes ser la maleducada, la que no tiene modales.
Aquello no lo esperaba. Abigail se puso colorada y se metió en la casa dando un portazo. Kip se sintió mal. La niña sólo estaba repitiendo lo que había oído, y si «pobre infeliz» era como Whit Delaney la veía, no tenía intención de regresar a aquella casa para que le tuvieran pena.
Cuando Whit Delaney regresó de la universidad, se encontró con que su hija se negaba a salir de la habitación. Mandó a Stacey a casa y escuchó la versión de Alice Novak. Por lo visto, Abigail había sido una maleducada con la muchacha inglesa y ésta se lo había dicho a la cara. Desgraciadamente, a Abigail no le gustaba oír lo que era una verdad como un templo; por eso se había agarrado una rabieta y se había encerrado en su habitación.
—¿Lo dijiste? —le preguntó su padre repitiendo las palabras de la señora Novak.
—Puede. Es lo que dijo el abuelo cuando le pediste que la enseñara. Dijo que lo haría encantado porque «la pobre no debe sentirse muy feliz al no poder leer correctamente» —esa vez Abby lo citó palabra por palabra.
—¿Y eso es lo que tú le dijiste?
—Parecido. No es culpa mía si ella lo malinterpretó.
—Sí que lo es. Los dos sabemos que lo dijiste para herirla. Lo que no me explico es cómo puedes querer herir a alguien que ni siquiera conoces.
—Pensé que era la nueva canguro, pero cuando dijo que no, me decepcioné.

—¿Qué? —Whit se había perdido—. Si no te gustan las canguros.

—No me gustan las otras, pero ella era diferente. No tenía pinta de estar de risitas todo el día ni de hacerme preguntas estúpidas ni de fingir que le gusto sólo para ganarse unos pavos.

—¿Cómo que unos pavos? ¿Qué has estado viendo en la tele?

—Nada. Lo leí.

—Pues cuídate mucho de leer basura.

—Pues... —le dirigió una sonrisa malvada— lo leí en tu último libro. Sangre fría. Pero sólo unas páginas. No llegué a las escenas de cama.

A Whit le salía humo por las orejas. A veces estaba orgulloso de tener a la niña más lista del vecindario, pero otras veces era como una maldición. Sin embargo, cuando se le sentaba en las rodillas, acababa claudicando.

—Mira Abby, no puedes ir por ahí insultando a la gente sólo porque tú te sientes mal. ¿Cómo crees que se sintió Kipling Wilson cuando le dijiste que no sabía leer correctamente?

—Se enfadó, pero se tomó la revancha. Me llamó maleducada.

—Y lo eres.

—Supongo —admitió y luego cambió de tema—. ¿Se ha ido Stacey?

—Sí, pero dudo que quiera volver.

—Entonces, podíamos preguntarle a la otra chica —se le iluminó la cara.

—A quién, ¿a Kipling Wilson? —se sorprendió al verla asentir. ¿Habría visto en Kip a su alma gemela?—. La señorita Wilson ya tiene un trabajo.

—¿De qué?

—No es asunto tuyo —no quería darle a su hija argumentos para seguir metiéndose con Kip en el futuro.

Cuando Whit entró en la pizzería, Kip se quedó petrificada y corrió a esconderse. Él se acercó a la barra y esperó a que el hombre lo atendiese.

—¿Algún problema, amigo? —la cortesía no era el fuerte de Sam.

—Quisiera hablar con Kipling, si es posible.

—¿Kipling? —hizo una mueca al oír el nombre completo—. No me gusta que mis camareras anden charlando mientras trabajan.

—Soy su profesor de literatura.

—¿Y? —se encogió de hombros—. Las clases ya han acabado, amiguito.

—Cierto... y sé que está de servicio. Le pagaré por cada minuto que la entretenga.

Kip se estaba convirtiendo en una obsesión. Sam lo miró sin fiarse demasiado, pero acabó poniéndose de su parte.

—Cómase una pizza y hablará con la camarera, ¿de acuerdo?

—Está bien.

Ella estaba sirviendo un par de mesas más allá y al pasar a su lado de camino a la cocina hizo como si no lo viera.

—¿Sí? —una pelirroja vino a tomarle nota.

—Verá, no es que tenga nada contra usted, pero ¿podría venir la otra camarera?

—Verá, no es que tenga nada contra usted, pero Kip acaba de ofrecerse para librarme de dos borrachos bocazas y no voy a decir que no —Whit miró al fondo de la pizzería y pudo ver que los dos tipos la estaban haciendo pasar un mal trago e hizo ademán de levantarse—. Tranquilo, amigo. La chica puede con esos dos ella sólita y no le hará gracia que vaya a entrometerse. Bueno, ¿qué va a ser?

—Me da igual.

—Le traeré el especial del chef — él se volvió de nuevo hacia la mesa de los borrachos, pero Kip había desaparecido—. Escuche, cuando su pizza esté lista, me aseguraré de no estar disponible, ¿vale?

—Gracias.

A los diez minutos oyó que Sam llamaba a la pelirroja, pero, al segundo intento fallido, se dirigió a Kip.

—Kip, llévate ésta a la mesa cinco.

Él estaba esperando y, antes de que pudiera escapar, la agarró de la muñeca.

—¡Suéltame!

—No sin antes haberte dicho cuatro cosas.

—Conseguirás que me despidan.

—Pues baja el tono. Podemos hablar ahora o hacerlo más tarde, aunque no creo que más tarde sea lo más conveniente, ¿no te parece? —ambos recordaban la última vez que habían estado juntos.

—¿Por qué no me dejas en paz?

—Siento lo que te dijo Abby.

—No hacía más que repetir lo que tú le habías dicho —lo acusó.

—¿De verdad crees que hablo de mis alumnos con mi hija de ocho años? Simplemente estuvo espiando y lo oyó todo a medias.

—¿Eso es todo? —lo creía, pero aquello no cambiaba su actitud hacia él—. ¿Puedo irme ya?

—No hasta que me prometas seguir con las clases de mi padre. Me aseguraré de que Abby no te moleste.

—No le diré a nadie lo de la semana pasada, así que deja de preocuparte —sus pensamientos iban por otro camino.

—Eso no es lo que me preocupa. Díselo a quien te dé la gana, viviré con ello. Ni yo mismo entiendo lo que me pasó aquella noche.

—Muy bien, seguiré con las clases —no le apetecía seguir hablando de aquello.

—Bien —le sorprendió que capitulase tan repentinamente—. Mi padre está convencido de que puede ayudarte. Dice que tienes un coeficiente de inteligencia extremadamente alto.

—Sí claro, soy Einstein. Por eso me gano la vida sirviendo pizzas. Por cierto, la tuya se está quedando fría.

Whit la soltó y la dejó ir, pero se quedó un rato más observando cómo servía a un grupo de jóvenes, fría, sin implicarse. Corazón duro y cabeza dura, parecía no tener sentimientos. Sin embargo, cuando la tuvo entre sus brazos, había sido tan dulce, tan cariñosa, y le había hecho sentir... Se levantó sin haber tocado el plato y se marchó.

Kip siguió con las clases. Admiraba al viejo profesor. Era un hombre sabio e inteligente que creía en ella y le daba confianza. Para empezar, le había dicho que, según los tests, no era disléxica y que cualquiera que fuese la causa de su analfabetismo, podrían erradicarlo. Su entusiasmo era contagioso y Kip trabajó más duro que nunca, de forma que al cabo de unas semanas sus progresos eran sorprendentes.

—Necesitamos más tiempo juntos —le dijo el profesor una tarde —. ¿Qué te parece el sábado? No tienes competición, ¿no?

—No, competición no —era diciembre y la temporada de atletismo había acabado, pero ella seguía entrenando diariamente.

—Da igual —sonrió Alex Delaney—. Ya me había dicho Whit que tendrías otras cosas que hacer.

—¿Ah sí? Pues se equivocó. Vendré si usted quiere.

—Estupendo. Ven a comer y luego trabajaremos toda la tarde.

—Eh... no... —se arrepentía de haber aceptado y mintió—. No puedo. Sigo una dieta especial para estar en forma.

—No pasa nada. La señora Novak puede hacer algo distinto para ti.

—No quiero causar molestias.

—No es ninguna molestia. Además, así me harás compañía. Mi hijo se va a Nueva York el fin de semana y la pequeña Abby estará en casa de una amiga.

—Eh... —se le habían agotado las excusas y si Whit Delaney no iba a estar...—. Está bien, gracias.

—Pues vamos a la cocina a decírselo a Alice y le explicas qué cosas no puedes comer.

La cocina, como el resto de la casa, era amplia, anticuada y acogedora. Alice estaba amasando encima de la mesa.

—He invitado a Kipling a comer el sábado, sí no tiene inconveniente.

—Puedo cocinar para dos igual que para uno, profesor.

—Ya, bueno; hay un pequeño problema...

—Soy alérgica al picante —intervino Kip para sacarle del apuro —. Pero aparte de eso, como de todo —añadió haciendo caso omiso del gesto de desconcierto del profesor.

—Bien, porque no me gustan la gente melindre —dijo mirando el reloj de la cocina—. Lo que me recuerda que tengo que ir a recoger a su excelencia.

—«Su excelencia» es mi nieta. Alice y Abby mantienen lo que llamaríamos una relación de amor y odio.

—¡Lo que no voy hacer es dejar que me toree, eso desde luego!

El profesor sonrió sin entrar en discusiones y, por una vez, Kip pudo comprobar lo mucho que él y su hijo se parecían en los gestos. Pero en nada más. Whit Delaney no había heredado el carácter afable y cordial de su padre.

—¿Vienes en mi dirección? —preguntó Alice Novak cuando las dos estuvieron en la acera.

Kip asintió—. ¿Eres de Londres?

—De Manchester— respondió mientras caminaban.

—Ella era inglesa... La madre de Abby.

—¿La conoció?

—La vi un par de veces. Muy te-a-tre-ra. Aunque supongo que su condición de estrella de cine la obligaba a ello.

—¿El profesor Delaney estuvo casado con una actriz?

—Sí, protagonizó una de sus películas.

—¿Sus películas? —empezaba a dudar si el ama de llaves era una mentirosa compulsiva—. ¿Dirige películas?

—¡No, por Dios! Hacen películas de sus libros, pero mejor que no lo comentes, porque no le gusta nada.

—Yo no soy cotilla.

—Ya, no como esa otra chica, Tracy o como se llame, que además, se cree una diosa. ¡Se atreve a insinuarse al hijo del profesor! —Alice la miró detenidamente—. Tampoco eres muy habladora, ¿no? Nunca he conocido a nadie con tan poca curiosidad.

—No es asunto mío —necesitaba cortar la conversación—. Bueno, tengo que darme prisa. Adiós.

La señora Novak se equivocaba. Sí sentía curiosidad... Curiosidad por Whit Delaney. Pero la curiosidad se mezcló con los celos. ¿Habría estado en los brazos de Stacey igual que había estado en los suyos? ¿O sólo lo había hecho con ella? ¿Y por qué? ¿Acaso le recordaba a su mujer?

Todo era absurdo. No podía aceptar la invitación del sábado. No necesitaba a aquella familia ni quería tener nada que ver con ellos.

Esperó al viernes por la mañana para llamar por teléfono y cancelar la comida. Esperaba que fueran Alice o el viejo profesor quienes contestasen. La voz de Whit Delaney la pilló desprevenida.

—Residencia de los Delaney, Whitman al habla.

—Eh... —Kip tenía la garganta seca.

—¿Quién es, por favor?

—Nadie. Bueno, no imp...

—Kipling —la reconoció por los titubeos—. No cuelgues. ¿Qué tal estás? Mi padre dice que has hecho grandes progresos.

—Gracias —acertó a decir finalmente—. Qu-quería hablar con él.

—Lo siento, no está en casa. Pero puedes darme el recado.

—Es por el sábado...

—Vienes a comer, ¿no? Mi padre está deseando que llegue el día. Le encanta estar contigo. Y creo que la señora Novak ha ido a la compra, porque opina que necesitas alimentarte como es debido.

Lo estaba haciendo a propósito. Se lo estaba poniendo muy difícil y no ya podía echarse atrás.

—Llamo para saber a qué hora es.

—Normalmente a las doce y media, pero si te viene mal, estoy

seguro de que no les importará retrasarlo.

—No, me viene bien. Allí estaré.

—Bien. Es una pena que yo no pueda... Supongo que ya lo sabes. Pero ya nos veremos en otro momento, Kipling.

—Adiós —musitó antes de colgar. No sabía cómo tomárselo: ¿había sido una amenaza, una promesa, un adiós desenfadado? Lo pensó un instante y se dio cuenta de lo tonta que estaba siendo. Probablemente él se habría acostado con un montón de chicas y ella, Kipling, no era más importante que las demás.

Capítulo 5

—Hola —Abigail Delaney abrió la puerta con un bonito vestido de flores.

—Hola —la miró sorprendida. Suponía que la niña estaría fuera —. Vengo a comer.

—Ya, por eso me he puesto este vestido. Porque tenemos una invitada.

—Ah. Yo también —dijo quitándose el abrigo. Debajo llevaba un jersey rojo de cuello alto, una falda corta de cuadros y medias negras.

—Eso no es un vestido —dijo Abby, que era una niña absolutamente literal—. Pero está genial.

—Gracias.

Se quedaron de pie, estudiándose de arriba abajo, antes de concederse una tregua mutuamente. En ese momento, apareció Alice Novak.

—Estáis aquí. La comida no está lista del todo.

—Se viene conmigo a ver mi habitación —anunció Abby, antes de que Kip pudiera reaccionar.

—Está bien, pero bajad en cuanto os llame.

—Lo haremos —dijo Abby, agarrando a Kip del brazo y tirando de ella escaleras arriba.

La habitación tenía el suelo de madera y las alfombras estaban desgastadas, pero había juguetes, muñecas y una preciosa colcha de patchwork que le daban a la habitación un toque infantil. Había una ventana—mirador que daba a un enorme jardín cubierto con las hojas rojas del otoño.

—Era la habitación de mi padre cuando era pequeño. Y ésta es mi mamá —dijo poniéndole un foto entre las manos—. ¿Verdad que es la persona más guapa que hayas visto en tu vida?

—Sí, es muy guapa —Kip se reconoció vulgar en comparación con la belleza rubia de la foto. Abby parecía decepcionada, como si hubiera esperado entablar una discusión, y volvió al ataque.

—Stacey no creía que lo fuese. Dijo que tenía un aspecto demasiado inglés y yo le dije que eso no tenía sentido porque tú eres inglesa y no te pareces en nada a mi madre, y ella dijo que tú eras diferente, que no te pareces en nada a nadie. Creo lo decía con

mala idea, pero no lo entiendo. ¿Para ti tiene sentido lo que dijo?

—Yo no me preocuparía de eso —no tenía intención de usar a la niña para intercambiarse insultos con Stacey.

—La verdad es que no me cae nada bien. Cuando mi padre está delante, se desvive conmigo y cuando no, me dice que me pierda.

—Quizá deberías decírselo a él.

—Ya lo he hecho, pero no me cree. Piensa que lo único que busco es deshacerme de Stacey… y también creo que a él le gusta ella.

—¿De verdad? —sintió una punzada en la boca del estómago.

—Se pasa todo el rato intentando halagarlo —Abby batió las pestañas imitándola—. Es asqueroso… y encima él no se da cuenta.

—¿Cuántos años tienes?

—Ocho, pero parezco mayor porque soy muy lista.

—Baja Modesto —dijo sin esperar que lo entendiese, pero Abby le replicó.

—No lo he dicho para presumir. Es la pura verdad. ¿Crees que es divertido ser inteligente? Pues te equivocas. Los demás niños se meten contigo, o te piden que les hagas los deberes, e incluso cuando se los haces, no hablan contigo.

Kip nunca había tenido el problema de que la considerasen una superdotada, pero sí recordaba sentirse apartada del resto de la clase.

—Los niños son así. No les gusta que los demás niños sean diferentes, así que los dan de lado.

—¡Dímelo a mí! —exclamó Abby. Luego la estudió detenidamente y debió de llegar a una conclusión favorable, porque le preguntó—. ¿No has pensado nunca trabajar de canguro?

—Olvídalo. No doy la talla.

—¿Por qué no? Yo creo que sí das la talla.

—Pues no, no la doy. Para empezar, no me gustan los niños.

—¿Y? A Stacey tampoco. Simplemente finge que le gustan. Por lo menos tú no fingirías.

La lógica de la niña era admirable, pero Kip meneó la cabeza una vez más.

—En segundo lugar, ya tengo un trabajo —en ese momento, Alice Novak las llamó para comer, salvándola de tener que dar más explicaciones—. Será mejor que bajemos.

—No quiero ir.

—Como gustes —no estaba dispuesta a discutir ni a camelársela

—. Les diré que no quieres comer.

—Eso no es lo que he dicho —Abby se lanzó escaleras abajo para alcanzarla.

Kip siguió a la niña hasta un pequeño comedor donde esperaba el profesor Delaney sentado a la mesa. Al verlas entrar, se levantó en un gesto de cortesía.

—Me han dicho que Abby ha estado jugando contigo.

Abby le lanzó una mirada asesina, esperando oír cómo la acusaba de ser una impertinente, pero no era el estilo de Kip.

—Me ha estado enseñando su habitación.

—Le he enseñado la foto de mi mamá —anunció la niña en tono desafiante, sin obtener el efecto deseado.

—Eso está muy bien, cariño —respondió el viejo profesor. Luego se dirigió a Kip—. Quizá ya lo sepas... La madre de Abby murió el año pasado y la echa de menos.

—No la echo de menos —dijo la niña en voz baja para que nadie la oyera. Pero Kip la oyó, y en caso de que su abuelo también la hubiera oído, decidió pasar por alto el comentario.

—Tiene una pinta deliciosa, Alice —sonrió el profesor cuando el ama de llaves entró con el primer plato—. ¿Por qué no se sienta y come con nosotros?

—Yo comeré en la cocina, si no le importa —respondió con sequedad, aunque halagada por dentro.

—Alice se sienta con nosotros cuando comemos en la cocina— explicó el profesor—. Pero no cuando tenemos invitados. No le parece correcto.

—Porque es una criada.

—Abby —su abuelo la reprendió con la mirada.

—Es lo que ella se llama a sí misma —dijo ruborizada.

—Ya lo sé, pero yo no la considero una criada. Es una buena amiga de la familia desde hace muchos años y merece nuestro respeto —las suaves reprimendas de su abuelo causaban más efecto en Abby que los gritos y las amenazas—. Me temo que Abby y Alice no siempre ven las cosas de la misma manera —le dijo a Kip—. Alice lo pasa mal. En su época, los niños eran para ser vistos y no oídos, y no cree demasiado en la libertad de expresión. Por el contrario, Abby se ha criado en un ambiente muy liberal.

—Solía hacer lo que me daba la gana todo el tiempo.

Kip no tenía muy claro que Abby hubiera entendido lo que significaba «liberal», pero desde luego había captado la idea.

—Imagino que debe de ser difícil —le dijo.

—¿Difícil? ¿Por qué?

—Bueno, cuando uno es joven, hay ciertas cosas que son peligrosas o malas, como cruzar una calle con mucho tráfico o comer demasiados dulces o acostarse tarde. La mayoría de los niños no tienen que preocuparse de nada de eso, porque sus padres deciden por ellos. Pero si tú tienes que decidir por ti misma, tiene que ser terrible.

—Lo es... ¡es horrible! —Abby estaba emocionada—. Como cuando veía películas de miedo por la noche y un poco me gustaban y un poco no. Luego, tenía pesadillas y entonces sabía que no debía verlas, pero era difícil resistirse. Lo mismo con los helados, cuando comía muchos y luego me dolía la tripa. Es más fácil si tu madre te para a tiempo.

—¿Sabes? —intervino Alex Delaney—. Nunca había considerado las cosas desde ese punto de vista. Pero tienes razón. A fin de cuentas, ya es bastante difícil para un adulto asumir sus responsabilidades... Bueno, y entonces, ¿por qué te enfadas tanto cuando Alice te prohíbe hacer algo?

—Es por cómo me lo dice. Cree que soy demasiado estúpida para deducir las cosas por mí misma, y eso tan malo como esperar que lo deduzca todo yo sola. Ese monstruo de Stacey es igual que ella.

—¡Abby!

—Así es como Alice la llama.

—No es lo mismo —respondió Alex Delaney. Luego le explicó a Kip—. Stacey es la canguro de Abby... ¿No estáis en la misma clase de literatura?

—Sí.

—Pero no se caen bien —intervino Abby—. Y no me extraña. ¿A quién iba a gustarle Stacey?

—Supongo que Abby está exagerando. ¿O de verdad tienes un problema con Stacey?

Por lo que a Kip respectaba, no dejaría que Stacey se acercase ni a su perro, pero tampoco ella era nadie para poner en duda las habilidades de la otra chica para cuidar niños.

—No somos amigas, pero no creo que eso le cause ningún trauma.

Abby habría querido que Kip pusiera verde a su canguro y la dirigió una mirada ceñuda. El profesor tampoco estaba muy

satisfecho con la respuesta, pero decidió cambiar de tema

—Por curiosidad, ¿quién eligió tu nombre? ¿Tu madre o tu padre?

—Creo que los dos. Mi padre quería llamarme Kip, como el corredor keniata.

—Kipchoge Keino.

—Sí, ése —estaba sorprendida por sus conocimientos—. Mi padre era un gran admirador suyo. A mi madre no le entusiasmaba la idea, aunque ella también era atleta, así que lo cambió por Kipling, por si acaso yo salía más literaria que atleta... ¡Ironías de la vida!

—Yo no estaría tan seguro de eso. Quizá tengas problemas con la parte técnica de la lectura, pero tanto mi hijo como yo creemos que tienes una capacidad de comprensión mucho más profunda que la mayoría de los estudiantes.

—Yo tuve un problema una vez —dijo Abby—. No sabía distinguir la B de la D, pero podía leer.

—¡Abby! Perdónala, Kip.

Kip se encogió de hombros sin sentirse ofendida. Estaba empezando a acostumbrarse a la precocidad de la niña. Incluso empezaba a caerle bien. En cuanto a Abby, el sentimiento era mutuo: como veía que no podía ofenderla ni molestarla, había decidido llevarse bien con ella.

—Ese monstruo de Stacey ha venido a llevarse a su excelencia a casa de los Pearson —dijo Alice entrando en el comedor cuando ya estaban en la sobremesa del café.

—¿No puedo quedarme con vosotros?

—Me temo que no —respondió su abuelo—. Kipling y yo tenemos que trabajar.

—Yo también puedo trabajar. Me siento y me quedo haciendo sumas y restas, o leyendo un cuento...

—Sí que debe ser mala esa Stacey —dijo Alex Delaney arqueando las cejas. Luego, se volvió hacia Kip—. Normalmente Whit tiene que atarla a la silla para que haga los deberes.

—¿Puedo? —suplicó.

—No, no puedes —era la voz de Alice Novak—. Tu padre ya ha quedado con el Dr. Pearson, así que ponte el abrigo y vete con Stacey.

—Tengo que admitir que es un demonio —suspiró su abuelo cuando se hubo marchado—. Pero lo pasó mal cuando mi hijo y mi

nuera se separaron... En fin, seguro que no quieres oírlo —se equivocaba. Sí que le hubiera gustado saber cuál había sido la causa de la ruptura. ¿Infidelidad por parte de Whit Delaney, quizás? —Bueno, manos a la obra.

Se metieron en el despacho y estuvieron trabajando durante tres horas seguidas, con un breve descanso para un café.

—Es impresionante lo que has progresado en unas semanas —dijo el profesor al final de la tarde—. No entiendo por qué has podido tenido problemas. Los tests demuestran que no eres disléxica, ni siquiera mínimamente. ¿Has padecido alguna vez del oído?

—No sé. Recuerdo que de pequeña me parecía que los profesores hablaban muy bajito, pero ahora oigo bien.

—A lo mejor tuviste una pequeña pérdida de oído de pequeña, y eso es un factor que sin duda provoca retrasos en la lectura. ¿Tus padres no estaban preocupados?

—Sólo tenía a mi padre. Mi madre murió cuando era muy pequeña y... bueno, mi padre tenía sus propios problemas.

—¿Tenía?

—También está muerto.

—Lo siento —dijo con sinceridad—. ¿No tienes hermanos?

—No, soy hija única.

—¿Y con quién pasarás las vacaciones de Navidad cuando vayas a casa?

—Tengo una tía en Leeds —y era cierto que la tenía. Su tía Pat, que había venido al funeral de su hermano sólo porque era lo correcto y no había demostrado ningún cariño hacia Kip. Pero no pensaba decirle al profesor que pasaría las Navidades sola en su apartamento—. Tengo que irme.

—Claro, sábado por la noche. Seguro que una chica tan guapa como tú tiene una cita —Kip se ruborizó y el profesor lo interpretó como una confirmación, aunque, de hecho, la única cita que tenía era en la pizzería de Sam—. Tendré que decírselo a mi hijo.

—¿Por qué?

—Por nada en especial. Solo que él imagina que no tienes ninguna vida social fuera de la pista de atletismo. Bueno, ¿cómo se llama? ¿O no debería preguntarlo?

—Eh... Tom —soltó el primer nombre que se le vino a la cabeza.

—Tom... Un estudiante, supongo.

—Está en el equipo de atletismo —dijo sin pararse a pensarlo,

pero se arrepintió al instante. No tenía necesidad de embrollar la mentira. No tenía ni que haber mentido en primer lugar.

—Tráelo por aquí algún día, si quieres —sugirió mientras la conducía hasta la puerta.

—Gracias —descendió las escaleras que bajaban a la calle y lo despidió con la mano—. Y gracias por la comida.

La tarde había resultado agradable, pero la había estropeado en el último momento con su mentira.

Odiaba mentir a la gente que apreciaba, y ella apreciaba mucho al viejo profesor.

Cuatro días más tarde, Whit Delaney apareció sin avisar en el gimnasio mientras Kip descansaba entre ejercicio y ejercicio. A tan sólo unas semanas de las vacaciones de Navidad, era una de las pocas atletas que seguía entrenando en serio.

—El entrenador me dijo que probablemente te encontraría aquí —se sentó a su lado.

—¿Y? —se agachó para recoger una toalla y limpiarse el sudor de la cara.

—También me dijo que si te encontraba te preguntara que qué demonios estabas haciendo. Por lo visto te había dicho que te tomaras un respiro.

—Ya me estoy tomando un respiro —había rebajado el número de kilómetros que corría al día—. Simplemente estaba haciendo un entrenamiento suave.

—Pues no parecía muy suave desde donde yo estaba.

Lo miró y se preguntó cuánto tiempo habría estado observándola. Luego desvió la mirada de aquellos ojos azules.

—¿Qué quieres?

—Nada en particular. Sólo quería saber qué tal te iba.

Su tono era sincero y el corazón de Kip se alegró. Quizá no la hubiera olvidado. Quizá siguiera pensando en ella, igual que ella pensaba en él a todas horas, sin poder evitarlo.

—¿Quién es Tom? —su voz se endureció.

—¿Tom?

—Mi padre dice que está en el equipo de atletismo —la vio ponerse colorada.

—No es nadie que tú conozcas —replicó ceñuda como diciéndole «Métete en tus asuntos».

Whit deseó poder hacerlo, pero la muchacha, o más bien lo que le había hecho, le bombardeaba la conciencia.

—¿Vais en serio?

—De momento no vamos a mandar invitaciones de boda.

Soltó una carcajada forzada, aunque sentía deseos de zarandearla. Era como si fuera una niña y una mujer a la vez: dura y frágil al mismo tiempo.

—Bueno, me alegro de que estés saliendo con alguien —dijo en un tono más paternal.

Esa vez ella lo miró como si estuviera loco y el mismo Whit pensó que quizá lo estuviera. Lo que era seguro era que estaba mintiendo. No se alegraba de que estuviera saliendo con alguien. Le costaba aceptarlo. La miró a los ojos un momento y regresó mentalmente a aquella vez. Él y ella, en su cama. Recordó su cuerpo, suave y resbaladizo por el sudor, sus pechos henchidos, el oscuro triángulo de vello. Cerró los ojos y apartó aquella imagen de su cabeza antes de que se convirtiera una vez más en una fantasía real.

—¿Estás embarazada?

—¿Qué?

—¿Estás embarazada? —repitió—. Ya sé que es poco probable. No hubo coito como tal, pero sí te penetré.

Su intención no había sido expresarlo de forma tan aséptica, simplemente le salió así. Ella tampoco se lo puso fácil, porque lo miró con sus enormes ojos verdes sin dejar entrever la más mínima emoción.

—No, no estoy embarazada —le dijo en el mismo tono directo y aséptico.

—¿Estás segura?

—Estoy segura —dijo y, suponiendo que aquello ponía punto final a la conversación, se levantó para marcharse. Pero él la agarró de la muñeca.

—Porque si lo estuvieras, encontraríamos una solución juntos.

—¿De veras? —lo miró con un brillo de absoluta burla en los ojos—. Tú me das el dinero y yo me voy a una clínica, ¿no? ¿Es así como lo solucionaríamos juntos, profesor?

La razón por la que le gustaba aquella chica era exactamente la misma por la que la odiaba en ese momento. No era pretenciosa, no se andaba como miramientos, no pasaba por el aro de las convenciones sociales que mantenían al mundo en un cierto orden. Ella iba directa a la yugular sin importarle cuánta sangre se derramaba.

—¿Qué quieres de mí? Estoy intentando hacer las cosas bien.

—Entonces, mantente alejado de mí —se soltó, se metió corriendo en el vestuario y entonces su cuerpo reaccionó echándose a temblar.

¿Estaría embarazada? Ni si quiera se le había pasado por la cabeza. Era cierto que habían parado, pero quizá Whit tuviera razón. Tampoco ella sabía demasiado de esas cosas. De repente, el pánico se apoderó de Kip. Recogió sus cosas, se encaminó a la farmacia de un centro comercial apartado del campus y compró un test de embarazo, uno que garantizaba resultados instantáneos. Se metió en el baño de señoras de unos grandes almacenes, siguió las instrucciones y esperó encerrada en el diminuto cubículo, ajena al ir y venir del resto de las mujeres.

Fueron los peores minutos de su vida. Se dijo a sí misma que Dios no permitiría que alguien incapaz de mantener a un bebé se quedase embarazada. El test dio negativo. Debería haberse sentido aliviada, y sin embargo se sintió aturdida y vacía. Salió a la calle caminando como un autómata, con la mirada perdida. Fue a cruzar, como un autómata, con la mirada perdida. El tráfico era denso y el coche no pudo esquivarla. La dio en un costado y la lanzó contra la acera. Se golpeó la cabeza, pero estuvo consciente un segundo o dos, lo suficiente para ver a la gente arremolinarse a su alrededor y para sentir un dolor agudo en la pierna. Su pierna. Aquello la devolvió a la realidad y la hizo olvidarse de un bebé que nunca había existido.

«¡Mi pierna!», gritó en su cabeza, y luego se desvaneció.

Capítulo 6

Kip recobró el conocimiento en la sala de urgencias del hospital local. Una enfermera le estaba quitando la chaqueta del chándal y otra ya había cortado el pantalón para descubrir la herida. El dolor era implacable.

—¿Mi pierna? —preguntó con los dientes apretados, pero nadie pareció oírla y volvió a desmayarse. Cuando volvió a recuperar el sentido, había dos médicos examinándola. Le estaban tocando el pie, pero no sentía sus dedos y los oía hablar como en una nebulosa.

—Lleva sin riego casi dos horas —declaró el más mayor con voz grave—. No hay nada que hacer.

—Podríamos intentar la microcirugía en la arteria —propuso su colega más joven—. No se pierde nada.

—Tu tiempo y el dinero del hospital. Enfréntate a los hechos. El pie es irrecuperable. Sugiero que llame al quirófano y que se ponga a ello, Dr. Shutkever.

—Sí, Dr. Paul.

Los términos médicos no le decían nada a Kip. Sólo había entendido una frase: «El pie es irrecuperable». Vio al doctor más veterano salir de la habitación tras haber dado su veredicto... La acababa de sentenciar a muerte. Quiso gritar, pero de su boca sólo salió un susurro.

—Doctor... —suficiente para llamar la atención del médico más joven.

—Ha tenido un accidente, pero se pondrá bien. La llevaremos al quirófano y le arreglaremos la pierna.

—No, el pie no. No pueden... el pie no.

El médico se dio cuenta de que los había oído e intentó explicarle lo que había pasado en términos médicos: se había fracturado el final de la tibia y el peroné, se había torcido el pie en un ángulo muy forzado y la presión sobre la arteria había impedido el riego hasta el pie, provocando una disfunción total.

—No pueden... —intentó levantarse pero un dolor intenso la obligó a recostarse de nuevo—. Por favor.

—Lo siento, no podemos hacer nada más —le dijo mientras las lágrimas corrían silenciosas por el rostro de Kip—. Enfermera, póngale diez miligramos de morfina.

Durante las horas que siguieron, Kip estuvo consciente a intervalos, pero nada tenía sentido. De repente, estaba de nuevo en una ambulancia de camino al hospital. Luego veía otra vez a los médicos a su alrededor, pero sus caras eran diferentes. Luego techos y luces al ser conducida al quirófano y, finalmente, la enfermera que la devolvía a los brazos de Morfeo cada vez que el dolor se le hacía insoportable.

Fue al amanecer del día siguiente cuando despertó del todo y se encontró en la cama de un hospital. La habían aislado de su compañera de habitación por medio de una cortinilla. Le dolía horrores la pierna, sobre todo el pie. Solo que era imposible, porque ya no tenía pie. Era lo único de lo que se acordaba con nitidez. Se lo habían cortado y en su lugar le habían dejado un pedazo de escayola. Lo notaba al rozar con la otra pierna. Permaneció allí tendida, sin quejarse del dolor que sentía en la pierna, porque no era comparable a la devastación que sentía en el alma. Su vida estaba acabada.

Era extraño, verla allí tumbada en una cama de hospital. Whit estaba acostumbrado a verla en movimiento, siempre corriendo de un sitio para otro. Kip no se percató de su presencia. Estaba vuelta de cara a la pared. Él echó la cortinilla después de saludar con la cabeza a la ocupante de la otra cama. Kip permanecía inerte y por un momento la creyó dormida, pero tenía los ojos abiertos, mirando al vacío.

—Kip —dijo suavemente.

Un millón de emociones diferentes matizaron su rostro antes de recuperar aquella expresión de resentimiento. No se alegraba de verlo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Los del hospital me dijeron que ya te habías despertado, y decidí venir a verte. ¿Cómo te sientes?

—¡Genial! No estoy embarazada, así que deja de preocuparte.

—¿Qué?

—Me hice una prueba y dio negativo. Estaba en mi bolsa, pero no sé dónde me la han puesto.

—¿Cuándo te hiciste la prueba? Antes del accidente, ¿verdad?

—¿Qué más da? No hay bebé, así que no vengas aquí fingiendo interés.

—No estoy fingiendo y no he venido por lo del bebé. Ya me habías dicho que no existía, ¿recuerdas?

—Entonces, ¿por qué?
—¡Y yo qué sé! —exclamó fuera de sí.
Sabía que ella no habría aceptado su ayuda de haber estado en posición de elegir, pero había sido su padre quien le había convencido. El día anterior, un médico había llamado a Alex Delaney a casa. Por lo visto, la suya era la única dirección que habían encontrado en la bolsa de Kip. El viejo profesor se lo había contado todo a su hijo y éste había actuado en consecuencia. Había hecho todo lo posible por ayudarla sin esperar que le diera las gracias por ello.
—No necesito tu compasión.
—No, claro que no la necesitas —perdió la paciencia—. Con la que te infundes a ti misma tienes bastante. Te has herido una pierna, pero no es el fin del mundo. Hay incluso una leve posibilidad de que vuelvas a correr.
Lo miró desconcertada y se dio la vuelta hacia la pared cuando las lágrimas asomaron a sus ojos. Whit conocía a muchas mujeres que utilizaban las lágrimas como arma, pero Kip no era una de ellas. Rodeó la cama y tomó su rostro entre las manos antes de que pudiera darle la espalda de nuevo. Una lágrima se deslizaba por su mejilla. Se la limpió con el dedo, pero pronto le siguió otra y luego otra, hasta que cerró los ojos para esconderlas de él.
—Mira Kip, entiendo...
—¡No, no lo entiendes! He perdido un pie. ¡Dime cómo voy a poder correr, profesor!
—Kip, escúchame. ¿Has hablado con algún médico?
Kip negó con la cabeza y lo miró confundida cuando lo vio levantar la sábana del extremo de la cama.
—¿Sientes algo? —preguntó tocándole el pie.
—No... sí —sentía un pequeño cosquilleo en medio de todo el dolor que le producía la pierna.
—Es tu dedo gordo, que según parece sigue unido a tu pie, que presumiblemente sigue unido a tu pierna, escondida en algún lugar debajo de esta escayola.
—Es imposible. Oí cómo un médico decía que iban a tener que amputarme el pie.
—En un primer momento pensaron que tendrían que hacerlo, pero uno de los médicos más jóvenes pensó que si conseguían a un microcirujano especializado en traumatología quizá hubiera una solución. Por eso te trajeron aquí.

—¿Dónde es aquí?
—El Boston Heights.
—¿En Boston?
—Claro —sonrió ante la pregunta.
Kip ató cabos y entendió lo de la segunda ambulancia y las caras nuevas de los médicos, y sonrió. Era como haber vuelto a nacer. Sin embargo, Whit no quiso darle falsas esperanzas y prefirió ser sincero.
—Hablé con el especialista esta mañana. Cree que la operación ha sido un éxito, pero no puede garantizar una recuperación absoluta.
—O sea, que no podré volver a correr a nivel competitivo. Entonces, se acabó.
—El especialista no lo descartó del todo. Te quitarán la escayola en unas siete semanas y después te darán sesiones intensivas de fisioterapia. ¿Quién sabe cuál será el pronóstico?
—Eso cuesta dinero y yo no tengo seguro médico.
Whit lo sabía perfectamente. El no estar asegurada había estado a punto de costarle el pie. Si aquel joven médico no se hubiera puesto en contacto con ellos, no habría pasado del hospital de Radford.
—La universidad tiene cobertura para los atletas que se lesionan —se lo acababa de inventar, pero sonó convincente.
—Los que se lesionan en la pista, supongo.
—No, cualquier lesión —siguió mintiendo—. Le he preguntado a tu entrenador —vio cómo se le iluminaba la cara al recuperar ese sueño que creía perdido y Whit rezó por que Kip encontrase otra meta en la vida hacia la que dirigir toda su energía en caso de que su pie se quedase debilitado para siempre—. Bueno, de momento vas a tener que aprender a tomarte las cosas con calma. Todavía te quedan bastantes días en el hospital y luego, tendrás que andar con muletas.
—Sam. ¿Se lo ha dicho alguien a Sam?
—¿Sam?
—El dueño de la pizzería, mi jefe. Se estará preguntando por qué no he aparecido.
—No te preocupes, hablaré con él. Tú concéntrate en recuperarte pronto. Además, pareces cansada, así que me iré y volveré mañana.
—No, no hace falta. Ya has hecho bastante.

—Claro, preferirías al mismo Genghis Khan en persona antes que a mí.

—Supongo que tengo que estarte agradecida.

—No especialmente —gratitud no era lo que quería de aquella muchacha—. ¿Quieres que llame a alguien? Creo que tienes una tía en Leeds.

—No, a ella no.

—Vale, vale. Otra cosa; a mi padre le gustaría venir a verte, ¿te importa?

Kip asintió. Alex Delaney no suponía ningún peligro. El único que la incomodaba era Whit. Él se levantó y sintió el impulso de agarrarle la mano y apretársela brevemente. Era un adiós. Kip se sintió trémula, luego sintió calor y luego frío mientras lo veía marchar. No volvería de nuevo.

Pero su padre sí vino. A pesar de la distancia, Alex Delaney iba a verla casi a diario. Kip se preocupaba por su salud, pero él apaciguaba sus miedos diciéndole que el viaje en tren era muy llevadero. Le traía libros para que leyera y estudiara y seguían con sus clases en el hospital. Para Kip, poder leer y entenderlo todo era como haber estado ciega y, de repente, haberse hecho la luz y devoraba los libros con el fervor de una conversa.

—¡Whit no se lo va a creer! —declaró el profesor después de leer una crítica que Kip había escrito sobre una novela. Kip frunció el ceño. No había visto a Whit Delaney desde su primera visita, hacía diez días. Le había dicho que no volviera, así que era ridículo sentirse abandonada. Y sin embargo, así es como se sentía—. Creo que ya te han dado el alta.

—El viernes.

—¿Y qué vas a hacer?

—Todavía no lo he pensado.

—Bueno. Whit va a venir a hablar contigo, pero no veo ningún inconveniente en preguntártelo yo... ¿Te gustaría mudarte con nosotros mientras te recuperas?

—¿A su casa?

—Sí, hay mucho sitio y a todos nos hace mucha ilusión.

—¿Incluyendo a Whi... al profesor Delaney? —Kip no podía creer que Whitman la quisiera en su casa.

—Fue idea suya. Y Abby también está encantada. La señora Novak te ha preparado una habitación en la planta baja; está en la parte trasera de la casa y da al jardín, para que puedas tener algo de

intimidad. Whit dijo que era importante para ti.

Cuando el viejo profesor se hubo marchado. Kip todavía no se lo creía e intentaba adivinar los motivos que habrían llevado a Whit Delaney a hacer aquellos planes. Pero no tuvo que calentarse la cabeza demasiado tiempo porque aquella misma tarde Whit fue a verla.

—Tienes mejor cara. Has engordado un poco.

—Gracias... ¿Has pensado alguna vez dedicarte a la diplomacia?

—No lo he dicho como un insulto. Antes estabas demasiado flaca —luego suavizó el tono de voz—. Tengo noticias sobre tu apartamento. Tu jefe dice que lo siente, pero...

—Me echa

—Más o menos. Te dejará quedarte allí hasta fin de año, pero luego se lo ha prometido a la nueva camarera. Bueno, ¿qué piensas hacer?

¿Qué se suponía tenía qué hacer? ¿Arrojarse en sus brazos y apelar a su caridad? ¿O más bien la oferta de quedarse con ellos era realmente idea de su padre y él estaba buscando una escapatoria?

—He decidido irme a casa.

—¿A casa? ¿A Inglaterra?

—Sí, con mi tía de Leeds —volvió a usar a su tía de excusa.

—Ya, la misma tía a la que no quieres llamar ni siquiera para contarle que te ha atropellado un coche.

—No quería preocuparla.

—No me lo creo. Venga, dame su teléfono y la llamaré ahora mismo. Le diré que irás a casa por Navidad... Al fin y al cabo, tendrá que ir a recogerte al aeropuerto.

—Podré yo sola.

—¿En silla de ruedas? ¿O con muletas y cargada con una maleta?

—Tomaré un taxi.

—Claro, un taxi. De Heathrow a Leeds, ¿verdad? ¿Qué son... trescientos, cuatrocientos kilómetros? Sí que es una estupenda carrera para un taxista de Londres... Por cierto, Sam dijo que no te preocupes por el alquiler, que lo descontará de tu último cheque.

Kip lo miró con cara de profundo odio. Él lo sabía todo. Sabía que no tenía trabajo, ni apartamento, ni dinero para comprar un billete de avión.

—Vale, no te preocupes, ¡pero no me iré a casa contigo!

—¿Y quién te ha invitando?

—Tu padre. Ha estado aquí antes.

—¡Mierda!

—Ya he dicho que no tienes por qué preocuparte. Antes preferiría dormir en un albergue que instalarme en tu casa.

—Que sepas que no es mi casa, sino la de mi padre, y que el albergue más cercano tiene cinco plantas y no hay ascensor —a medida que hablaba, se volvía más hiriente—. Veo que has tirado la toalla; has colgado las zapatillas y corrido tu última carrera, ¿verdad?

—No he dicho eso —respondió enfadada.

—¿Ah no? Pues yo supuse que te habrías dado por vencida. En fin, si dejas la universidad, perderás la beca y el derecho a usar las instalaciones deportivas. Claro que si estás tan segura de que no podrás recuperarte de esta lesión...

—Yo no he dicho nada eso —lo interrumpió furiosa.

—No, tan explícitamente no; pero, ¿de qué otro modo vas a poder seguir en Radford y continuar con tus estudios si no es quedándote en casa de mi padre?

—Es imposible tú que quieras que vaya.

—Razón de más para que tú sí quieras hacerlo, ¿no? —replicó y, sin dar pie a más discusión, se levantó—. Te recogeré el viernes.

Kip lo vio marchar con sentimientos enfrentados. Sabía que tenía que estarle agradecida, pero lo único que sentía era resentimiento. Era la primera vez en muchos años que tenía que depender de otra persona, y el hecho de que esa persona fuera Whit Delaney lo hacía más difícil.

Se acordó de su padre. La última vez que lo había visto también había sido en un hospital. Lo recordó en una foto de joven, cuando estaba en lo más alto de su carrera deportiva, medalla de plata en los Juegos de la Commonwealth. Pero luego vino la lesión y con ella se esfumaron sus sueños olímpicos y sus momentos de gloria. Por suerte, conoció a la madre de Kip, una joven promesa de diecinueve años con un futuro prometedor, y se puso a entrenarla, consiguiendo que llegase a ser medalla de bronce en los Mundiales de Atletismo. Se casaron y, tras un año de baja por el bebé, fijaron su objetivo en las Olimpiadas. Nada podía pararlos... nada salvo el cáncer que la había ido royendo por dentro hasta acabar con su vida.

En el lecho de muerte, su padre había hecho prometer a Kip que seguiría corriendo y ganaría todas esas medallas que les habían sido

negadas a él y a su madre. Y ella se lo había prometido.

No tenía elección. Con la pierna escayolada y las muletas, no podría trabajar. Sin trabajo, no habría ingresos y no podría pagar un alquiler. Si quería seguir en Estados Unidos y luchar por recuperarse, necesitaba a los Delaney. Era duro de aceptar, pero intentó demostrar agradecimiento cuando Whit vino a recogerla el viernes. Cada vez que él la ayudaba, le daba las gracias, pero era enervante porque odiaba tener que necesitar ayuda. Él debió de notarlo.

—Oye, ¿podríamos prescindir de esas gracias forzadas? —dijo al aparcar en la avenida Washington—. No hago esto por gratitud.

—Entonces, ¿por qué? —Kip dejó de fingir.

—Culpabilidad, supongo —él también dejó los formalismos—. Te arrebaté algo que no debía y no te lo puedo devolver, así que imagino que esto es mi penitencia.

Le llevó unos segundos darse cuenta de a qué se refería. Su virginidad. No recordaba haberla defendido con demasiado ahínco; probablemente él la valorase más que ella. La voz de Whit había sonado sincera.

—Jamás se lo diré a nadie.

—No se trata de eso. No pretendo silenciarte.

—Lo sé. No tienes por qué hacer todo esto. No me debes nada. Yo... lo quería —admitió en un arrebato de sinceridad.

—¿Que lo querías? —la miró fijamente a los ojos y ella bajó la mirada—. No, no es cierto. Te sentías sola o estabas confundida o fue pura curiosidad, pero no lo querías... No lo que yo entiendo por querer, en cualquier caso. Bueno, venga —salió del coche, se acercó a abrirle la puerta y le levantó la pierna escayolada para ponérsela en el suelo—. ¿Cómo vamos a hacerlo?

—Podrías pasarme las muletas.

—Sí, ¿y luego qué? —dijo mirando a las escaleras de la entrada —. Mira, mañana podrás jugar a ser Doña Independiente si quieres, pero por hoy no nos vamos a complicar la vida.

Aunque sabía que a Kip no le hacía gracia, abrió el maletero y sacó una silla de ruedas plegable. La tomó en brazos y la pasó del coche a la silla suavemente. Luego, en vez de dirigirse a la entrada principal, bordeó la manzana y se metió por un camino en la parte de atrás lo bastante ancho como para que pasara una silla de ruedas. Cierto que no había escalera, pero el suelo estaba resbaladizo por la escarcha y tardaron cinco minutos en llegar a la

puerta trasera, que daba directamente a la cocina.

Alice Novak estaba haciendo un pastel. Le sorprendió la simpatía y amabilidad con que la recibió el ama de llaves, quitando a Whit de en medio para que pudiera conducirla hasta la habitación que la había preparado. Estaba al lado de la cocina, probablemente diseñada en un principio como habitación para el ama de llaves. Pero la señora Novak nunca la había ocupado. Estaba decorada en tonos pastel y desprendía olor a pintura fresca. Alice Novak le confirmó que la habían pintado recientemente.

—Los hombres querían pintarla de rosa, pero a mí no me parecía que el rosa fuera tu color.

—No lo es —se le hizo un nudo en la garganta al pensar que la habían decorado especialmente para ella. Era la primera vez que alguien lo hacía—. Me encanta.

—No está mal. Lo ha hecho mi sobrino. Ahora con las Navidades era imposible encontrar a nadie. Lo que me recuerda que el profesor te pide disculpas por no estar aquí para recibirte. Le había prometido al reverendo Maloney ir al concierto de villancicos de la parroquia.

Villancicos. Navidad. Sólo quedaban cuatro días para el veinticinco y aquello la acongojaba. ¿Qué iba a hacer ella en un día que era eminentemente familiar? No quería ser una intrusa.

—Señora Novak... lo de las Navidades... ¿Sería posible conseguirme un taxi para el día veinticinco?

—¿Un taxi? —la miró como si estuviera loca—. ¿Para qué quieres un taxi el día de Navidad? ¡Ah, ya entiendo! Tu novio, ¿no? Cuando yo era joven también tuve un amor apasionado.

—No. Es que... bueno, el veinticinco es para pasarlo en familia y si me quedo aquí no haría sino interferir... Había pensado pasar el día en mi apartamento, recogiendo mis cosas.

—¿Pasar la Navidad tú sola? —Alice estaba horrorizada. Kip se encogió de hombros. No sería la primera vez que las pasaba sola.

—Yo no celebro la Navidad.

—Eres judía —no lo era. En realidad no era nada, pero resultaba más fácil no llevarle la contraria al ama de llaves—. Bueno, supongo que al profesor le dará igual que seas judía. Seguirá haciéndole ilusión que te sientes a la mesa con todos el día veinticinco. Además, no será sólo familia. Yo también estaré —Alice sonrió y luego siguió dándole consejos prácticos—. El baño está justo al final del pasillo. Si necesitas ayuda, llámame.

—Gracias, pero cuando tenga mis muletas podré apañármelas.

—Pues parece que ya han llegado —dijo al ver que Whit le traía las muletas y el equipaje.

—¿Qué tal con la señora Novak? —preguntó una vez el ama de llaves hubo salido.

—Bien. Intentaré no ser un estorbo.

—No me refería a eso. Parecía que las dos estuvierais de confidencias.

—No. Me estaba contando sobre su vida amorosa.

—¿Su qué? Menudo reto para la imaginación... Alice Novak con un ligue.

—También ella fue joven.

—¿Y no lo fuimos todos? —se rió de sí mismo—. Es más, algunos todavía lo son... Veintiuno, ¿no?

—Veintidós. Fue mi cumpleaños hace unos días.

—No dijiste nada.

—No celebro los cumpleaños —declaró—. De hecho, tampoco celebro la Navidad, así que si no te importa, me quedaré en la habitación ese día.

—Personalmente, preferiría que la Navidad fuera como las Olimpiadas, cada cuatro años; pero, desgraciadamente, a mi hija, que piensa que la Navidad es el día más maravilloso del año y, por alguna razón, considera que tú le pones la guinda al pastel, sí le importaría. Y a mi padre también le importaría: te ha ofrecido su casa y se sentiría profundamente dolido si no te sientas a su mesa para celebrar la Navidad con él... Pero, depende de ti.

Tal y como lo había expuesto, no tenía alternativa. Lo miró con la cara larga y él sonrió presintiendo su victoria.

—Vete —murmuró Kip.

—En seguida. En cuanto haya visto qué tal te apañas con las muletas.

—Sabré hacerlo.

—Está bien, grita si necesitas ayuda.

«Antes morir que pedirle ayuda», pensó Kip. Sin embargo, su orgullo no impidió que se cayera al suelo al intentar pasar de la silla de ruedas a las muletas y tampoco impidió que rompiese a llorar de rabia y frustración al no poder levantarse del suelo. No hizo falta llamar a Whit. Éste había oído el ruido y al entrar en la habitación la vio tendida en el suelo con la cara inundada de lágrimas.

—Quería ir al baño —dijo con voz humilde, irreconocible en

ella.

—Está bien —la ayudó a levantarse y a llegar hasta el baño. Allí, la sentó en un taburete junto a la taza y esperó a que lo llamase una vez hubo terminado. Luego, volvió a llevarla a la habitación. El incidente había supuesto para ella una enorme tensión, tanto física como emocional.

—Acuéstate y duerme un poco —la tapó con una colcha y cerró las cortinas.

Kip no protestó y durmió. Durmió doce horas seguidas y cuando despertó, Whit estaba sentado al lado de la cama, mirándola. La sonrió y ella le devolvió la sonrisa. Luego, sin decir nada, se levantó, le acarició la mano y se marchó.

Kip se sintió como la princesa del cuento, rescatada por el príncipe azul. Sólo que el hechizo no lo había provocado ninguna bruja malvada, sino el propio príncipe, y cuando se quiso dar cuenta ya era demasiado tarde.

Capítulo 7

Kip nunca había sentido celos y se sorprendió a sí misma. Miró hacia donde estaban Whit y Faye Gilbert riéndose durante la fiesta de Año Nuevo que todos los años daba Alex Delaney, y se le hizo un nudo en el estómago.

—Faye era la novia de mi padre cuando vivíamos en Nueva York —le dijo Abby al percatarse de su mirada—. A mí tampoco me gusta.

—Yo no la conozco —respondió intentando ocultar sus sentimientos.

—Créeme, no te gustaría conocerla.

—¿Qué tiene de malo?

—Pues... todo.

En los pocos días que llevaban juntas, Kip había aprendido a filtrar los comentarios de la niña y entendía que el cariño que la había tomado de repente, no dejándola ni a sol ni sombra, era porque se sentía sola. Reconocía los síntomas de su propia infancia.

—¿Por qué no vas a jugar con los otros niños? —consideraba que no estaba bien que Abby se pasase toda la fiesta en un rincón con ella.

—No quiero. Se ríen de mí.

—¿Por qué?

—No sé —porque era diferente, pensó Kip. Abby era una mezcla de inteligencia y excentricidad y a ella le resultaba estimulante, pero seguro que los demás niños no lo veían así—. ¿Puedo quedarme contigo?

—Por supuesto. Pero no quiero que te sientas en la obligación de cuidar de mí.

—Entonces me quedo. No estaría bien dejarte sola, porque no conoces a nadie.

Abby se acurrucó contra ella en el sillón que estaban compartiendo y en esa posición seguían cuando Whit las vio desde el otro lado de la habitación. Sonrió enternecido y luego se preguntó si sería buena idea dejar que Abby se encariñase tanto con Kip. Dejó a Faye hablando con otro de los invitados y se acercó hasta ellas.

—¿Puedo ofreceros algo de beber?

—Yo tomaré vino blanco —dijo Abby.

—Ya, limonada para ti. ¿Y tú Kipling? Tenemos el ponche especial Novak, un brebaje letal, te lo aseguro, o vino blanco.

—No tomo alcohol.

—Kip es una atleta y su cuerpo es sagrado —intervino Abby.

—¿De veras? Pues no seré yo quien lo profane —Kip se ruborizó recordando la vez que estuvieron juntos en su apartamento—. ¿Te traigo algo de comer entonces?

—No tengo hambre.

—Kip tiene que tener cuidado con lo que come. No como la señorita Gilbert, que puede ponerse tan gorda como quiera. Kip tiene que mantenerse en forma.

—Abby, ¿recuerdas lo que te dicho antes sobre Faye?

—Eh... sí.

—Pues, por favor, inténtalo —se agachó y besó a su hija en la mejilla—. Voy a por tu limonada... y a por otra para ti, Kipling.

—Me pidió que fuese amable con la señorita Gilbert —admitió Abby con remordimientos—. Le prometí que lo haría, pero luego se me olvidó. ¿Tú crees que está enamorado de ella?

—Yo no entiendo de esas cosas.

—Podría estarlo. Creo que ella sí está enamorada de él. Por eso está todo el tiempo intentando ser amable conmigo. Sabe que mi padre no la aceptaría si fuese mala conmigo, pero creo que en el fondo no la gusto.

—Eso no lo puedes asegurar —por lo que había visto, Faye Gilbert era una mujer atractiva e inteligente que se había mostrado de lo más cariñosa con la niña, y, aunque pensara que su encanto y su belleza eran artificiales, no era quién para poner a la niña en contra de la señorita Gilbert si Whit Delaney iba en serio con ella. Abby tendría que aprender a llevarse bien con aquella mujer—. Creo que deberías darle una oportunidad.

—¿Por qué?

—Porque es lo mejor que puedes hacer.

—¿Qué es lo mejor que puede hacer? —Whit estaba de pie frente a ellas con los vasos en la mano.

—Nada —contestaron a la vez.

—Suena a conspiración.

—¿Qué significa conspirión? —preguntó Abby.

—Cons-pi-ra-ción. Significa que Kipling y tú estáis planeando algo en secreto —el silencio de ambas era revelador—. Es igual. Ya

sacaré el látigo de siete colas más tarde.

Kip vio cómo se reunía con Faye y la agarraba de la cintura. Los celos eran un dolor físico en algún punto entre las costillas y el corazón, que la hicieron ir cojeando hasta su habitación en cuanto Abby se hubo ido a la cama. La fiesta continuó unas horas más y luego la casa se fue quedando poco a poco en silencio. Al contrario que otras noches, a Whit no se lo oía pulular por la casa cuando todos ya se habían acostado, y supuso que estaría con Faye.

No tenía sueño, así que decidió ir a la cocina a tomar algo, vestida como estaba con la camiseta que utilizaba para dormir. Se preparó un chocolate caliente y se sentó en una silla alta, junto al mostrador. Vivir en casa de los Delaney había resultado ser más fácil de lo que había imaginado, excepto por el único miembro de la familia que no aceptaba su presencia allí: Whit. Había sido él quien había insistido en que se quedase, pero no por gusto, sino como penitencia. En las pocas ocasiones en que se encontraban solos, no le dirigía la palabra, sino que se limitaba a observarla con gesto de preocupación, como si no quisiera que Kip malinterpretase sus sentimientos hacia ella. ¿Sería esa la razón por la que se había presentado con Faye Gilbert?

Los imaginó a los dos en la habitación del hotel donde la señorita Gilbert se alojaba por un par de días. Estarían durmiendo... No, seguro que durmiendo no. Cerró los ojos. Aquel pensamiento la ponía enferma de celos y también la asustaba. Siempre se había creído inmune a ese tipo de emociones.

Cuando abrió los ojos, se llevó otro susto al ver una figura negra tras la puerta de la cocina. En un primer momento pensó que sería un ladrón, pero luego oyó el sonido de una llave al dar la vuelta en la cerradura. Era él.

Se sacudió la nieve del pelo antes de echar de nuevo el cerrojo y darse cuenta de que Kip estaba allí, sentada en la oscuridad. Pareció desconcertado un instante, pero se recobró en seguida y fue a apoyarse en el mostrador a su lado.

—¿Esperándome levantada? ¡Qué detalle! —dijo en un tono burlón que la sacó de quicio.

—¡Claro que no! ¡Ni siquiera te hacía de vuelta!

—¿Por qué? ¿Dónde me hacías si no? —su sonrisa era aún más burlona. «Con Faye Gilbert» por supuesto, pero no iba a decírselo. Por mucho que la atrajera aquel hombre, no estaba dispuesta a seguirle el juego. Hizo ademán de agarrar las muletas para

marcharse, pero él las puso fuera de su alcance—. ¿No irás a hacer mutis por el foro, como de costumbre? No muerdo, ¿sabes? Incluso en situación de frustración sexual extrema, tengo por principio no aprovecharme de una mujer escayolada.

—No pretendía…

—¿Ah no? —arqueó las cejas incrédulo—. Te erizas como un gato cada vez que me acerco. A veces pienso que debería saltar sobre ti aunque sólo sea para acabar con ello. Luego podrías abofetearme o mandarme al infierno o lo que sea, pero por lo menos dejaría de sentirme como si tuviera la lepra.

—Eso no es cierto. No te imagino… Sé que fue una cosa de un momento, tú y yo. No tienes por qué defenderte de mí con tus ex—novias —añadió en un arrebato de cólera.

—¿De manera que eso es lo que estoy haciendo? Me parece que no entiendes mucho de hombres, ¿verdad?

—Nunca he afirmado lo contrario —replicó, y luego deseó haberse mordido la lengua antes de que los celos la hicieran continuar—. Imagino que Faye sí entiende bastante.

—¿Faye?

—Tu acompañante de esta noche.

—Sí —entrecerró los ojos y la miró—. Se podría decir que Faye está al cabo de la calle. Por eso las mujeres como ella me vienen bien.

Y no las mujeres, o jovencitas, como Kip. No le estaba diciendo nada nuevo, pero dolía igualmente.

—¿Podrías alcanzarme mis muletas, por favor?

—En seguida —sin embargo, se incorporó y se sentó en una silla a su lado. Le tomó una mano y se la tuvo agarrada mientras le hablaba—. Kipling, vamos a tener que llegar a un acuerdo sobre esto que hay entre nosotros; si no, nos vamos a hacer la vida imposible. Puede que mi padre tenga buen aspecto, pero su médico insiste en que todavía no vuelva a la universidad, lo que significa que yo estaré por aquí por lo menos tres o cuatro meses más, como mínimo.

—Yo no me quedaré tanto tiempo. Me quitan la escayola dentro de un mes.

—¿Y después qué? —la miró compasivo y eso era peor que la burla.

—Seguiré con mi vida —respondió soltándose la mano.

—¿Decidida a intentar el camino a la gloria?

—¿Qué hay de malo en ello?

—Nada, teniendo en cuenta que eso no signifique excluir todo lo demás —dijo con un brillo de verdadera preocupación en los ojos—. Ha de haber algo más en la vida aparte del atletismo.

—¿Como qué?

—No sé. Otros hobbies, tus estudios, los chicos.

—Muy bien. Si eso es lo que quieres, me acostaré con todos los chicos del equipo de atletismo. Así podré compaginar los entrenamientos con mi vida social y tú estarás contento sabiendo que me has rescatado de una existencia estéril.

Whit Delaney nunca había pegado a una mujer, pero en ese momento estuvo a punto de hacerlo. Aquella chica era imposible. Él sólo intentaba... acallar su conciencia. Kip estaba en lo cierto y eso era lo que lo sacaba de sus casillas: tenía la habilidad de leerle el pensamiento. La miró detenidamente, pero parecía totalmente indiferente. Quizá fuese él el único que tenía problemas para olvidarse de aquella noche en su apartamento.

—¡Cómo quieras! —le pasó las muletas.

Kip se puso en pie sin demasiada dificultad, pero luego perdió el equilibrio. Whit la agarró de la cintura antes de que cayera al suelo, haciéndola ruborizarse ante el contacto.

—Estoy bien.

La mantuvo agarrada. Podía sentir la calidez de su cuerpo bajo la camiseta. Ella todavía temblaba y lo miró con ojos de un verde opaco que se negaban a dejar traslucir sus sentimientos.

Whit no lo había planeado, pero tampoco intentó controlarlo. Quería besarla. Tenía que besarla y comprobar si lo de la última vez había sido locura o algo más real. Fundió sus labios con los de ella antes de que pudiera volver la cara. Al principio, Kip se resistió, pero él siguió besándola, llevado por un ansia compulsiva y por la necesidad. Luego, fue igual que lo recordaba: su sabor, su olor, sus gemidos, la respiración de ambos cada vez más entrecortada por la repentina oleada de deseo.

La estrechó contra sí y la sentó en sus rodillas, en una silla baja. Seguía besándola, pero ella no se resistía. Con una mano la sujetaba en su regazo y con la otra comenzó a acariciarla; la cara, el cuello, los pechos henchidos bajo la fina tela de algodón. Necesitaba más. Le levantó la camiseta y le tocó los muslos, la espalda y los delicados pezones que se irguieron al contacto de sus dedos. Ella gimió cuando sintió su lengua dentro de la boca. Deseaba poseerla

allí mismo, en el suelo de la cocina. Deseaba perderse dentro de su cuerpo. Pero la propia fuerza de su deseo lo conmocionó y lo refrenó. Había perdido la cabeza. Tenía que parar, si no, ya nada podría detenerlo.

Apartó su boca de la de ella y la echó de sus rodillas sin acordarse de su pierna. La oyó quejarse de dolor y la agarró antes de que cayera al suelo. La sentó con cuidado en la silla. Estaba toda pálida y trémula.

—¿Estás bien? —ella asintió, pero no alzó la vista—. Lo siento. No debería haberlo hecho. No sé qué me ha pasado.

La excusa sonaba patética incluso a sus propios oídos. Ella permaneció en silencio. El gesto de su boca y sus ojos lo decían todo. Estaba enfadada con él y avergonzada de sí misma.

Kip intentó convencerse de que él la había forzado, pero sabía que no era cierto. Todavía podía oír los latidos acelerados de su corazón y tenía el sabor de su boca en los labios. Todavía sentía el tacto sensual de sus manos sobre la piel y la promesa de placer que sus dedos hábiles le habían sugerido. Supo que, una vez más, no había sido ella quien se había retirado.

—¿No te basta con una mujer por noche?

—No he hecho el amor con Faye, por lo menos esta noche.

—Supongo que la respetas demasiado.

—También te respeto a ti.

—¡Y unas narices! —se apoyó en la mesa para levantarse, pero él la agarró de la muñeca, impidiéndoselo.

—¿Por qué crees que he parado? Te deseaba. Entérate de una vez.

Kip estaba hecha un lío. ¿Cómo podía desear a un hombre y ni siquiera estar segura de que le gustase? No podía fiarse de sus propios sentimientos, y mucho menos de los de él. Era mucho más fácil ser su enemiga.

—¿Qué pasa, que no te dejó?

—¡Olvídate de Faye! Los que tenemos que aprender a vivir juntos somos tú y yo, aunque sólo sea por mi padre. Lo que menos necesita es estresarse.

—¿Me crees capaz de hacerle daño?

—No, deliberadamente no, pero cualquier situación de tensión en la casa lo afectaría. Por eso necesitamos darnos una tregua.

—¿Una tregua?

—Yo prometo no volver a tocarte y tú dejas de tratarme como si

tuviera la peste. ¿Qué me dices? Con el corazón en la mano: no volveré a tocarte.

Kip lo creyó. Estaba convencida de que realmente estaba arrepentido de haberle puesto una mano encima por segunda vez.

—Vale.

—Bien —la tomó la mano un segundo y luego se la soltó.

Kip se dio cuenta de que todo había terminado. Entonces, ¿por qué en vez de sentirse aliviada se sentía como si, una vez más, acabara de cerrársele otra puerta?

—¿Estás bien? —preguntó al ver su gesto sombrío.

—Me duele el tobillo —se concentró en el dolor físico.

—Te traeré las pastillas —se fue a la habitación de Kip y volvió con el analgésico. Se lo dio con un vaso de agua y luego le acercó las muletas—. ¿Te ayudo?

—No, gracias —se levantó y cojeó hacia la puerta.

—Buenas noches, Kip.

—Buenas noches —repitió sin volverse, y se metió en la habitación de donde deseó no haber salido nunca.

Capítulo 8

Si la tregua hubiera dependido de Kip, nunca se habría alcanzado. Seguía malhumorada y arisca con Whit, contestándole con monosílabos o guardando silencio. Él lo soportaba todo estoicamente, sin perder los estribos, y la trataba como a una niña a la que había que perdonar sus rabietas porque no eran sino reflejo del daño que se le había hecho a lo largo de su vida. Una niña necesitada de cariño más que de castigos.

Kip se alegró cuando se reanudaron las clases. Mientras él estaba en la universidad, ella se quedaba en casa estudiando con el viejo profesor. Lo malo era que Stacey también reapareció para cuidar de Abby. Ésta protestó porque decía que ya no la necesitaba, que tenía a Kip, pero su padre le respondió que Kip no tenía la suficiente movilidad para cuidar de un monstruito de ocho años.

Stacey seguía comportándose a los ojos de Whit como una deliciosa muñeca Barbie, pero por supuesto con Kip no malgastaba sus encantos.

—Me han dicho que te has quedado paralítica para toda la vida.

—¡Eso es mentira! —gritó Abby a sus espaldas.

—Bueno, siempre te quedan las Paraolimpiadas. Podrías participar en la carrera de los tullidos.

—¡Cállate! —gritó de nuevo Abby—. O se lo diré a mi padre.

—Adelante, no te creerá.

—Pero creerá a Kip. ¿Verdad Kip?

—Déjalo, Abby —dudaba que Whit la creyera—. No importa.

—Una postura muy razonable, Kip. De otro modo, me habría visto en la obligación de contarle al profesor por qué la pobre huerfanita decidió arrojarse en medio del tráfico.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Abby.

—Stacey está bromeando... Oye, Abby —le dijo presintiendo lo que iba a pasar—, ¿podrías traerme un vaso de agua de la cocina, por favor? Tengo una sed horrible.

A Abby no le hacía mucha gracia tener que dejar la conversación, pero sentía que tampoco podía ser descortés con Kip. Arrastró los pies fuera de la salita y las dejó a solas.

—Bueno, ilústrame. ¿Por qué me arrojé en medio del tráfico?

—Vaya con Doña Perfecta... Aunque dejarás de serlo cuando le

cuente al profesor toda la verdad. Verás, conozco a un chico que estaba allí el día que te atropellaron, justo detrás de ti. Lo vio todo. De hecho, recogió tus cosas del suelo. Bolígrafos, apuntes, un libro, un peine… un test de embarazo —vio cómo palidecía y sonrió satisfecha, pero Kip decidió actuar con descaro.

—¿Y qué?

—¿Quién es el padre?

—No estoy embarazada.

—No, ya no. Imagino que meterse debajo de un coche es una manera rápida y segura de abortar.

—Nunca estuve embarazada.

—¿Esperas que me lo crea?

—Me da igual lo que creas.

—Bueno, quizá deberíamos ver si al profesor le da igual o no, viviendo como vives en su casa.

—No hay razón para que le vayas a molestar con ese chisme —Kip luchaba por no perder el control—. Acuérdate de que ha estado enfermo.

—No, no. No hablo del viejo profesor. ¿A quién le importa lo que él opine? Me refiero a Whitman. No creo que le haga gracia que su preciosa princesita se relacione con una ninfómana sin escrúpulos.

—En ese caso, a lo mejor deberías ir pensando en despedirte.

—¿Qué? ¡No estaba hablando de mí!

—¿Ah no?

—Sabes de sobra que no. Ya veremos quién ríe la última cuando se lo cuente al profesor.

—Adelante, cuéntaselo —dijo con absoluta indiferencia.

—¿Contarme qué? —una tercera voz llegó desde la puerta. Whit entró, con el vaso de agua en la mano.

—¡Ay profesor! —Stacey puso voz lacrimosa—. De verdad que yo no quería decir nada, pero corren rumores por la universidad…

—¿Rumores? —miró a Kip, que rápidamente negó con la cabeza antes de que pudiera forjarse una idea equivocada.

—Sobre el accidente de Kip y lo que lo causó; bueno, sobre… —dejó la frase colgando como si la delicadeza la impidiera seguir hablando.

—¿Sobre mí? —sugirió Whit.

Stacey lo miró desconcertada y Kip le lanzó una mirada cómplice.

—Sobre si debería dejar o no que Abby se me acerque —intervino Kip con brillantez—. Verá, aquí Sherlock Holmes ha descubierto que me hice un test de embarazo antes del accidente y opina que me tiré debajo de un coche para eludir las consecuencias. Evidentemente, eso es pura basura. No estaba embarazada, y aunque lo hubiera estado, el chico y yo lo habríamos solucionado juntos.

—¿Qué chico? —preguntó Stacey.

—Ninguno en especial —miró a Whit de soslayo—. Uno que conocí en un encuentro de atletismo hace algún tiempo.

—No hace falta que sigas —dijo Whit—. Nada de todo esto le incumbe a Stacey.

—Sólo intentaba proteger a Abby de las malas influencias.

—¿Tener relaciones sexuales fuera del matrimonio son malas influencias? —arqueó las cejas en un gesto de mofa—. Vaya, pues eso incluye a un amplio sector de la población adulta. ¿Qué sugieres? ¿Que exija a todas las acompañantes de mi hija un certificado demostrando que están virgo intacta! Creo que es así como se dice en términos médicos.

—¡Profesor! —Stacey estaba escandalizada.

—Personalmente creo que sería una medida un tanto drástica, pero si tú deseas ofrecerte voluntaria para ese tipo de prueba...

—¡Claro que no! Quiero decir... no es que tenga nada que ocultar. Yo no voy por ahí haciéndome test de embarazo.

—Por supuesto. Estoy seguro de que tú estás muy por encima del vulgo a ese respecto. Aunque, veo que te incomoda la situación y eso me pone en un gran dilema. ¿Me quedo con tus servicios y echo a Kipling a la calle, con escayola y todo, o no hago caso de los rumores, ofendo tu sensibilidad y acepto tu dimisión, muy a mi pesar? Si lo ponemos en la balanza, creo que tendrá que ser esto último.

—¿Qué? —Stacey intentaba seguir el curso de los acontecimientos, que evidentemente no se estaban desarrollando como ella había previsto.

—Por supuesto, te recompensaré por haber herido tus sentimientos —sacó la chequera del bolsillo de la chaqueta, rellenó un cheque y se lo entregó—. Ni que decir tiene que cuento con tu discreción.

Stacey se puso roja de rabia, hasta que leyó la cantidad; entonces desapareció toda expresión de ira de su rostro.

—Claro, yo no cotilleo... Y, en serio, no tiene por qué darme esto —añadió, recordando que su nota de literatura dependía de aquel hombre.

—Ya sé que no, pero no quiero que haya resquemores por tu partida.

—Por mi parte no, profesor.

—Bien —sonrió ligeramente—. Te acompaño hasta la puerta.

—No hace falta, conozco el camino —dirigió a Kip una mirada asesina y se marchó.

A los pocos segundos, se oyó el ruido de la puerta al cerrarse.

— Bueno, iré a contarle a Abby las últimas noticias —dijo Whit —. Lleva detrás de deshacerse de Stacey desde el primer día.

—No me extraña—dijo entre dientes, pero él la oyó.

—A mí me pareció que estaba bien.

—No lo dudo —Kip se puso a imitarla, moviendo las pestañas y poniendo voz melosa—. «Ay profesor, adoro a su pequeña. Es tan amorosa que me la comería viva».

—Admito que se pasaba un poco, pero daba la impresión de que realmente le gustaba Abby.

—«Gustarle» no es la palabra. Prueba con irritarla, no poner interés, no tolerarla...

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—¿Me habrías creído? —lo desafió.

—Pues sí, te habría creído. Siempre he pensado que eras implacable con la verdad.

—No me gusta disfrazar las cosas, si es eso lo que quieres decir.

—Puede —sonrió ante su gesto ceñudo.

—¿Dónde está Stacey? —preguntó Abby, entrando en la salita.

—Se ha ido.

—Genial. ¿Significa eso que ahora Kip puede ser mi canguro?

—Olvídalo. Kip todavía está convaleciente.

—Pues yo no quiero otra canguro. Puedo cuidar de mí misma. Como si Stacey hiciera algo... Se pasaba todo el tiempo limándose la uñas y viendo la tele.

—Te llevó al cine un par de veces —replicó su padre.

—Sí, para poder morrearse con su novio.

—¿Dónde has aprendido ese vocabulario? —Whit la miró consternado—. Y no me digas que en mis libros. Que me electrocute el ordenador si se me ocurriera escribir ese tipo de cosas.

—Una niña de mi clase que se llama Binkie dice que su madre

siempre está morreándose con el chico que les corta el césped.

—Creo que cuanto antes nos vayamos a nuestra casa, mejor. Pero hasta entonces, a ver si eliges a tus amigas con más cuidado.

—No tengo amigas. Kip es la única y es un buen ejemplo para mí, ¿verdad Kip?

—La modestia la impide contestarte —respondió Whit al ver que Kip permanecía en silencio—. Aunque, desde luego, sí parece tener un efecto apaciguador sobre ti. Es una pena que esté discapacitada.

—La verdad es que ir a recogerla al colegio no podría, pero sí cuidarla a la vuelta, si quieres.

—¡Eso! Y podrías pagarla, porque no tiene dinero.

—¡Abby! —ambos la reprendieron al unísono.

—Lo siento —añadió Whit—. Aunque sí te pagaría por cuidarla un par de horas por las tardes —insistió.

—Está bien. Hasta que me quiten la escayola.

—¿Y luego qué? —preguntó Abby.

—Luego quizá decida huir lo más lejos posible de todo aquel que lleve el apellido Delaney —sonrió.

Kip le devolvió una leve sonrisa que ocultaba sus verdaderos pensamientos. Pronto le quitarían la escayola y ya no habría razón para seguir en la avenida Washington, y temía que llegase ese día. Había sido un error instalarse en casa con los Delaney, porque ya no podía imaginarse vivir sin ellos. No sólo por Abby o el viejo profesor, sino también por aquel hombre.

—Papá, a lo mejor si nos portamos muy bien con ella no querrá marcharse nunca.

—A lo mejor. Y si eso no funciona, podríamos hacerla nuestra prisionera.

Kip se ruborizó al darse cuenta de que estaba flirteando con ella, pero la timidez la impedía responder.

—Como una princesa en su torre de marfil —intervino Abby—. Tendrías que dejarte crecer mucho el pelo para que el príncipe pudiera rescatarte

—¡Ah! Pero, ¿y si es el príncipe quien la ha capturado y simplemente ella no se da cuenta? —continuó Whit en la misma línea.

—¿Tú qué crees Kip? —la interpeló Abby.

—Creo... que los dos sois igual de tontos —esquivó la respuesta —. Y sí, acepto ser tu canguro, gracias.

—Has hablado como la perfecta nanny inglesa: estás hecha para

el puesto.

Kip se sintió turbada, pero satisfecha. Por fin podría sentirse útil en la casa, aunque dudaba de que fuera la persona más indicada para cuidar de Abby. No sabía mucho sobre niños de ocho años y tampoco estaba en posición de correr detrás de la niña si ésta se portaba mal.

Por suerte, al haberse salido con la suya, Abby adoptó la actitud de niña modelo, sobre todo cuando su padre estaba delante. A Kip seguía resultándole difícil actuar con naturalidad cuando Whit estaba cerca. Se comportaba de manera educada, casi dócil, pero se resistía a hacer nada que los situase en una posición más amistosa y se recordaba a sí misma que seguían siendo profesor y alumna. Aún así, le dolía que él le hiciera comentarios sobre los trabajos que le iba entregando para su asignatura. Y no porque fuesen negativos, sino todo lo contrario. Una tarde Whit le entregó una redacción con un sobresaliente y le dijo que sus progresos eran espectaculares. Kip no sabía cómo reaccionar. No estaba acostumbrada a los halagos y dudaba de que fuesen sinceros. Whit y su padre empezaron a discutir acerca de su potencial y Kip se dio cuenta de que para ellos no era más que el conejillo de indias de un proyecto pedagógico. Resentida, se excusó y se fue a la cocina a hacer café. Whit la alcanzó minutos más tarde.

—¿Qué pasa, Kip?

¿Qué podía decirle? ¿Que no quería sus halagos ni su condescendencia? ¿Que no deseaba ser simplemente una más de sus alumnas? ¿Que lo que deseaba era...? Puso freno a sus pensamientos.

—¡Nada! —exclamó.

—¿Estás bien? —había una nota de preocupación en su voz.

—¡Sí! No podía estar mejor. A tope... excepto por esta maldita escayola que llevo en la pierna.

—No te preocupes —respondió haciendo una vez más gala de una infinita paciencia—. Te la quitan la semana que viene.

—Y entonces todo será de color de rosa, ¿no?

—No. Va a ser como empezar de cero. Imagino que estarás asustada.

—¡Asustada! ¿Por qué debería estar asustada?

—Yo lo estaría. Me asustaría ese 25% de probabilidades.

—Pues a mí no. No me derrumbaré —replicó haciéndose la dura.

Era la misma dureza que había adoptado desde su última visita al hospital. Whit la había llevado a Boston en coche y había entrado con ella a la consulta. Por primera vez, el médico había puesto todas las cartas sobre la mesa: había una probabilidad entre cuatro de que el pie se quedase inutilizado y hubiera que amputarlo. Whit había intentado hablar con ella de camino a casa, pero Kip se había vuelto hacia la ventanilla negándose a hablar. Quizá él hubiera visto las lágrimas que le corrían por las mejillas, pero había guardado un silencio respetuoso.

—¿Es que derrumbarse sería tan terrible? A veces desahogarse es más sano que reprimirse.

—Cuando necesite los servicios de un psicoanalista, robaré un banco, gracias.

—En otras palabras, métete en tus asuntos —rió—. Está bien. Y en cuanto a tu redacción, lo decía en serio. Es excelente.

—Gracias. Nunca me habían puesto un sobresaliente.

—No me des a mí las gracias. La nota te la puso otro profesor. Yo leí el trabajo y me quedé enormemente impresionado. Sin embargo, no quería correr el riesgo de ser acusado de falta de objetividad, así que se lo di a un colega que no tiene ni idea de tus antecedentes y lo juzgó basándose meramente en lo que estaba escrito.

—¿De verdad?

—¿Qué pensaste? ¿Que te había puesto esa nota por ser tú?

—Eh... No, no exactamente.

—Pues quizá lo habría hecho. Por eso le pasé el muerto a otro.

—Ah —le sorprendió su honestidad y cometió el error de mirarlo a los ojos. Él le mantuvo la mirada y en sus ojos se traducía la compasión que sentía por ella. A Kip se le hizo un nudo en la garganta. Nunca nadie se había tomado tanto interés en ella. Quizá fuera por pena, pero era real y sincera, y entonces se dio cuenta de lo irracional que había sido su comportamiento, echándolo la culpa de todo y por todo.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? ¿Qué sientes? —la miró sin entender.

Ella meneó la cabeza. No podía explicarlo, no como es debido.

—¡He sido una completa cenutria! —admitió llanamente.

—No, no lo has sido —dijo en tono suave.

—¡Lo he sido!

—Vale, vale. Si tú lo dices.

—Lo siento —musitó de nuevo.

—No pasa nada —estaba acostumbrado a sus cambios de humor repentinos—. Buenas noches, Kip.

—Buenas noches, Whit —le salió de la forma más natural; era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila.

Whit se detuvo en seco en el quicio de la puerta y se volvió para mirarla. Ella parecía tan sorprendida como él, pero fue lo bastante sensato como para no hacer ningún comentario. Se limitó a sonreír y se marchó.

De repente, Kip abrió los ojos a aquello que había estado desmintiendo durante meses. Había mantenido a Whit Delaney a distancia, no por rabia o desprecio, sino porque tenía miedo; miedo de que pudiera llegar a encariñarse con él.

Durante toda la semana siguiente se comportó de manera distante. Cuando Whit insistió en llevarla a Boston al hospital, aceptó, pensando que una vez estuviera instalada en la silla de ruedas se iría…

—Gracias por traerme, pero yo que tú no esperaría —dijo al ver que no tenía intención de marcharse—. Probablemente tendré que quedarme aquí unas cuantas horas.

—Tengo que quedarme… ¿verdad enfermera? —inquirió a la mujer de mediana edad que acababa de tomarle los datos a Kip.

—Por supuesto —respondió devolviéndole la misma sonrisa cómplice.

—Estaré bien, de verdad —le aseguró Kip—. Si tienen que retenerme para… —la palabra amputación se le atragantaba— Bueno, por si surgen problemas, siempre pueden localizarte en la universidad.

—Ya me he tomado el día libre.

—Escucha, no necesito que te quedes —sentía que le resultaría más fácil enfrentarse a las malas noticias ella sola. Con él delante, estaba segura de venirse abajo.

La enfermera la miró como si estuviera mal de la cabeza y Kip también se arrepintió de sus palabras.

—Contra eso no puedo discutir —giró sobre sus talones y se fue.

Kip lo vio alejarse en silencio, sintiéndose culpable. ¿Por qué seguía despreciando la amabilidad de Whit?, se preguntó, aunque evitó darse una respuesta. En cambio, se prometió a sí misma que, pasara lo que pasara, aprendería a ser agradecida.

Fue una mañana de mucho trajín. Primero la escayola, luego los

rayos X de la pierna y el tobillo y, finalmente, el veredicto del cirujano poco antes de mediodía.

Whit se la encontró en la cama llorando como una Magdalena cuando entró en la habitación. Se sentó a su lado y la abrazó. Ella quiso eludir su abrazo pero él la estrechó contra sí y Kip acabó desmoronándose, demasiado débil para luchar.

—Lo siento. No sabes cuánto lo siento, pequeña.

—No, no lo entiendes —sollozó contra su hombro—. No voy a perder el pie.

—Lo sé. Me lo ha dicho el médico —la acunó—. Pero también me contó el resto.

El cirujano se había mostrado reservado, hablando en términos de probabilidades, y era muy improbable que pudiera volver a correr a nivel competitivo.

Kip negó con la cabeza y tragó saliva, intentando encontrar las palabras para explicárselo. No lloraba porque su carrera deportiva estuviera acabada. Lloraba de alegría al saber que al menos volvería a caminar de nuevo.

—No es el fin del mundo, Kip —continuó con dulzura—. Eres lo bastante inteligente como para hacer lo que quieras.

—No lo entiendes. Es que tenía tanto miedo de...

—Lo sé, lo sé —repitió, intentando calmarla. Siguió abrazándola y, por una vez, Kip se permitió el lujo de sentir la proximidad de otro ser humano. Así los encontró la enfermera al entrar en la habitación; era la misma de por la mañana y los miró con un brillo de satisfacción en los ojos—. ¿Lista para ir a casa?

Kip asintió en silencio y, sólo más tarde, de camino a Radford, se dio cuenta de que así era justamente como se sentía. Estaba yendo a casa.

El hecho de no haber perdido el pie fue lo que le dio fuerzas a Kip para soportar lo que siguió. Durante la primera semana, cada paso era una agonía. Un taxi la recogía a diario para llevarla a las sesiones de fisioterapia, donde la sometían a una tabla de ejercicios que a veces llegaban a ser como una tortura. Pero Kip lo aguantaba todo si quejarse, con la mente puesta en un único objetivo: caminar sin cojera.

La segunda semana fue Whit quien la estuvo llevando a las sesiones y esperaba en el gimnasio mientras ella hacía sus ejercicios. Ya no se le saltaban las lágrimas cuando apoyaba la pierna, pero en su rostro se reflejaba el sufrimiento.

—¿Es necesario ser tan duro con ella? —preguntó directamente al fisioterapeuta al final de la sesión.

—No, pero intente usted frenarla —miró a Kip de soslayo—. Bueno, tengo que irme. Hasta mañana, Kip.

—Adiós, Matt—sonrió.

—¿Por qué tanta prisa? —le preguntó Whit al darse cuenta de lo que había querido decir el fisioterapeuta—. ¿Todavía persigues el oro?

—No, no es eso. Es que... quiero recuperar mi independencia. Ya he abusado bastante de la hospitalidad de tu padre.

—¿Y eso quién lo dice? Desde luego mi padre no. Para él eres, y lo cito literalmente, «un encanto de criatura».

—¿Yo?

—Sí. Incluso la señora Novak se refiere a ti como «esa dulce niña».

—Te lo estás inventando.

—Dios sabe que no. Ya sólo nos queda Abby, cuya devoción hacia ti es incontestable.

Kip se percató de que él no se había incluido en la lista, y le preguntó:

—¿Y tú?

—¿Yo? Bueno, creo podré aguantarte unos meses más.

—Gracias —dijo sin rencor.

Ya no estaba segura de lo que sentía por aquel hombre. Hasta el día en que lo conoció, había vivido en su propio mundo, un lugar estéril donde no cabían los sentimientos. Él la había sacado de las sombras y por eso lo había odiado, por hacerla vulnerable y destruir su sistema de defensa ante la vida. Pero también había cuidado de ella como nadie lo había hecho, y daba igual que lo hubiera movido la compasión o un sentimiento de culpabilidad; cualquier otro la habría dejado tirada.

—En cualquier caso, tienes que quedarte en casa y salvar a Abby de la poca vista que tengo para elegir canguros, amas de llaves y mujeres en general.

—Está bien —musitó, sorprendida por su sinceridad y preguntándose si ese «mujeres en general» la incluía también a ella.

Las semanas pasaron rápidamente, y luego los meses. Kip se mantenía muy ocupada con la fisioterapia, los estudios y cuidando de la niña. Después de Semana Santa, regresó a sus clases de informática en la universidad, al tiempo que continuaba con sus

clases de literatura con el viejo profesor, pudiendo presentarse a los exámenes en junio con los demás estudiantes. Para entonces, y contra todo pronóstico, ya caminaba sin dificultad. Empezó a buscar trabajo para el verano con intención de regresar a la universidad en el otoño. Aunque había perdido la beca de atletismo, Radford le había concedido otra como estudiante de intercambio.

—Me he enterado de que estás buscando trabajo —le dijo Whit una tarde—. ¿Has encontrado algo?

—Puede... De camarera en Charlie's.

—¿Y te conviene estar de pie tanto tiempo?

—Matt me ha dicho que estoy bien.

—No del todo —él también había hablado con el fisioterapeuta —. Dice que todavía tienes el tobillo algo débil y que no deberías forzarlo si quieres que se te cure al 100%.

—Necesito trabajar.

—¿Y arruinar toda posibilidad de recuperarte del todo? Además, ya tienes un trabajo cuidando de Abby.

—No por mucho tiempo. Tengo entendido que regresáis a Maine cuando le den las vacaciones —se lo había dicho Alice Novak, que era el centro de informaciones en la casa.

—Sí, llevo un tiempo queriendo hablar contigo. A Abby le vendrá bien readaptarse a la vida de Maine durante el verano antes de empezar el colegio en septiembre. Esperaba que pudieras venir con nosotros... —Kip lo miró a los ojos y su corazón, comenzó a latir acelerado al notar que él la miraba con ternura—. Le serías de mucha ayuda. Hace casi un año que nos fuimos de allí y le llevará un tiempo volver a hacer amigos. Por supuesto, te pagaría.

—Por supuesto —respondió con dureza, volviendo a poner los pies en la tierra: la necesitaba por el bien de Abby y no por nada más.

—No pretendía insultarte. No querría que rechazases la oferta por cuestiones económicas.

—Pues... no sé.

—Los dos saldríamos ganando. En Maine llevamos una vida muy sencilla. Tú podrías descansar y recuperarte al mismo tiempo, y yo podría terminar la novela que tengo entre manos si tuviera a alguien que cuidase de Abby. Piénsatelo.

Sonaba bien. Había estado toda la mañana buscando trabajo y, después de seis meses en casa de los Delaney, se le había olvidado lo duro que era el mundo real. ¿Quería realmente pasarse los días y

las noches sirviendo a tipos maleducados y desagradables que se creen con el derecho de pellizcarte el trasero?

—Ya lo he pensado. Iré a Maine —Whit se sorprendió ante una decisión tan repentina, pero luego sonrió satisfecho—. Para cuidar de Abby.

—Por supuesto, ¿para qué si no? Hice una promesa, ¿recuerdas? Además, siempre me ha resultado complicado insinuarme a una mujer con una niña de ocho años revoloteando por la casa.

—Sinceramente, eso no me preocupa —dijo en tono frío, a pesar de que se le habían subido los colores.

—Bien. Entonces estamos de acuerdo. Dentro de nueve días.

«Dentro de nueve días», se repitió a sí misma, dudando del compromiso que acababa de adquirir.

Al final, resultaron ser los mejores días de su vida. Maine era un paraíso terrenal, igual que la casa. Se alzaba justo al borde del Atlántico y, aunque no era desmesuradamente grande, a Kip le robó la respiración con sus amplios ventanales y terrazas exteriores que daban al mar.

Por las mañanas, Abby y ella bajaban a la playa a buscar conchas o a nadar, o tomaban el autobús y se iban hasta la localidad más próxima a comerse un helado. A medio día, Whit emergía de su habitación después de una larga noche escribiendo y a menudo hacía la comida, porque Kip no sabía más que algunos platos sencillos que le había enseñado la señora Novak. Luego se iban los tres juntos a navegar, a hacer esquí acuático o a hacer la compra.

Aquel verano Kip se enamoró. No del hombre, se decía a sí misma, sino de su casa, de su forma de vida y del sonido, el color y el olor del océano. Aquel verano aprendió a ser feliz, sin esperar más que cada nuevo amanecer, y quiso que aquello durara para siempre. Sin embargo, nada dura para siempre.

Sin apenas darse cuenta, llegó el día en que Abby regresó al colegio; en un mes ella también empezaría la universidad. Whit le pidió que se quedase unas semanas más y Kip aceptó sin reticencias. Aunque Abby estuviera en el colegio, había suficientes cosas que hacer en la casa para justificar el sueldo que seguía pagándola y, en sus ratos libres, volvió a correr de nuevo. No porque todavía pensase en ganar medallas, sino por puro placer y por hacer algo de ejercicio.

Pero, a medida que se acercaba el día de su partida, los ánimos

de Kip fueron decayendo. Estaba asustada. Se había acostumbrado a vivir con gente y en breve tendría que volver a su vida solitaria. Poco a poco fue distanciándose de los Delaney. Por las tardes, en vez de sentarse con ellos como había hecho hasta entonces, se iba a correr. Aquello alimentó las sospechas de Whit de que volvía a obsesionarse con el atletismo, pero a ella no le importaba. Tenía que aprender a rehacer su vida... sin ellos.

Una noche, al volver de su sesión de jogging por la playa, Whit la esperaba sentado en la terraza.

—Te busqué para hablar contigo, pero habías desaparecido.

—Ya había acabado de fregar los platos.

—¡Al carajo con los platos, Kip! Venga, siéntate y no te pongas en plan señora Novak. No estás aquí como mi ama de llaves; cosa muy normal por otro lado, porque con el desastre que eres cocinando y limpiando, ya te habría despedido.

—¡Adelante! ¡Nada te lo impide! —exclamó dolida, a pesar de saber que tenía razón. Él se la quedó mirando un buen rato, con expresión seria.

—¿De verdad estás tan ansiosa por volver a Radford? —se levantó y se colocó de pie a su lado—. Porque si no lo estás, me gustaría que te quedases.

—¿Quedarme? —se le secó la boca—. ¿Cuánto tiempo?

—No sé. Un mes, un año, toda la vida... ¿Quién sabe cuánto?

¿Qué era lo que la estaba pidiendo? La respuesta se leía en sus ojos, pero ella no quiso verla.

—Es por Abby...

—No, quiero que te quedes por mí.

—Yo no...

—¿Entiendes? Es muy simple. ¿De verdad quieres que te lo explique?

—Pero si no me has...

—¿Tocado? Lo prometí; pero si te quedas, necesitaré que me levantes el castigo. Y no hará falta que dejes la universidad. Puedes pedir traslado a Augusta. Ya me he informado —Kip lo miró enmudecida y, alentado porque todavía no lo había abofeteado, Whit continuó—. Por supuesto, tendríamos que explicárselo a Abby. No creo que vaya a poner objeciones, pero es importante aclararle la situación.

Hablaba de forma tan aséptica, que el estupor de Kip dio paso a la frialdad.

—¿Quizá te gustaría aclarármela a mí primero?

—Lo siento. No me he sabido expresar. Quería decir que a lo mejor Abby lo vería como un preludio de boda, y no estaría bien crearle falsas esperanzas.

Ni a Abby ni a nadie, dedujo Kip. El mensaje le había llegado alto y claro.

—Tienes razón. Yo nunca me casaría contigo.

—No, no me has ent... —se calló al darse cuenta de que sí había entendido perfectamente lo que había querido decir—. Supongo que me lo merecía. Como bien dices, ¿por qué ibas a querer casarte conmigo?

—A menos que fuera por tu dinero —cargó contra él.

—Sí, supongo que es una de mis cualidades más atractivas —sonrió—. En cualquier caso, piénsatelo.

—Oye... —lo agarró del brazo antes de que se metiera en la casa...

—¿Sí? —se volvió expectante.

—Nada. Esto es absurdo.

—¿El qué? ¿Que te lo haya preguntado de esta manera o que te lo haya preguntado, punto?

—No sé. Ambas cosas, supongo.

—¿Te ayudaría a aclarar las cosas si te besara? Eso demostraría mis sentimientos hacia ti —la miró a los ojos y le retiró el pelo de la cara, haciendo que le diera un vuelco el corazón.

—¡No, por favor! —dijo con voz trémula.

—No lo dices en serio —le acarició las mejillas—. Vente a vivir conmigo —la besó en la frente y Kip empezó a temblar. Movió la cabeza como negando sus propios sentimientos, y ese pequeño gesto la salvó. Atado por su promesa, Whit reprimió su instinto carnal y se apartó de ella—. Está bien. Piénsatelo.

—Yo... —Kip sintió una punzada aguda en su interior y quiso lanzarse a sus brazos. El leyó el deseo en sus ojos, pero no quería tenerla simplemente una noche aprovechándose de que había bajado la guardia.

—Será mejor que entres.

El tono frío de su voz la devolvió a la realidad y corrió huyendo de él, pero no pudo huir de los sentimientos que había reavivado en su interior. Se repitió a sí misma que era absurdo; que él era demasiado rico, inteligente y maduro para estar interesado en una don nadie como ella. Se dijo que no era de Whit Delaney de quien

estaba enamorada, sino de la casa, de Abby y del hecho de formar parte de una familia por primera vez en su vida.

Sin embargo, el sentido común no bastaba para cambiar sus sentimientos: nunca había deseado nada con tanta fuerza como quedarse a vivir con él.

Capítulo 9

Al día siguiente, los acontecimientos se desarrollaron muy rápidamente. Era sábado y Abby estaba en casa, así que era imposible hablar.

—Mi padre va a venir esta tarde —anunció Whit a la hora de la comida.

—Genial. Le podré enseñar al abuelo mi colección de conchas —dijo Abby sin percatarse de que el comentario iba dirigido a Kip.

—Pensó que necesitarías que alguien te llevase a Radford.

—Pero si Kip no se va hasta la semana que viene —protestó la niña.

—Tu abuelo no puede venir la semana que viene y opina que Kip debería volver a Radford cuanto antes.

—¿Por qué?

Le dio una contestación muy general: tenía que comprar los libros de texto. Kip se dio cuenta de que no era la verdadera razón.

—Se lo has contado a tu padre —concluyó.

—Mis deseos sí. Los tuyos, no se los pude confirmar.

—¿Decirle qué? ¿De qué estáis hablando?

—Te lo explicaré más tarde —respondió su padre.

—Típico. Me lo explicarás cuando sea mayor, ¿no?

—Puede que antes.

—Pues ten por seguro que no aguantaré la respiración hasta entonces —murmuró, y al ver que los dos estaban actuando de una forma extraña, pidió permiso para levantarse de la mesa y se marchó.

—¿Ya has tomado una decisión? —preguntó Whit.

—¿Por qué se lo has contado a tu padre?

—No lo hice de manera directa. Le mencioné que quizá te quedases y él dedujo el resto... Por eso tiene tanta prisa por venir, para quitarte la idea de la cabeza.

—O a ti.

—No, mi padre opina que yo puedo soportar el dolor. Quien le preocupa eres tú.

—¿Habrá dolor?

—Es posible. Yo nunca te haría daño a propósito. No puedo prometer un «y vivieron felices para siempre», Kip. Soy demasiado

mayor o demasiado cínico para creer en finales felices, pero me importas. Te necesito... y definitivamente te deseo. Quédate a vivir conmigo, Kip.

La razón y el sentido común le decían a gritos que no lo hiciera, pero Kip no escuchaba. Estaba inmersa en un mundo de ensueño, transportada por el azul de sus ojos, unos ojos que le hablaban de sus sentimientos con más elocuencia que sus palabras. A punto estaba de darle una respuesta cuando Abby los irrumpió en el salón, seguida de su abuelo, y ya no volvieron a tener otra oportunidad para hablar del asunto.

Alex Delaney estuvo jugando con su nieta un rato antes de ir a buscar a Kip a la cocina.

—Tienes buen aspecto.

—Gracias. El médico dice que la pierna está totalmente recuperada.

—¡Qué bien! A lo mejor ahora puedas retomar tu carrera deportiva.

—A lo mejor —ya no tenía esa ambición, pero resultaba más fácil darle la razón.

—Whit dice que has vuelto a correr. A Bill Scott le gustará oírlo. Según él, has nacido para el atletismo.

—No sé si quiero volver a competir en serio.

—Sí, bueno... Ya me ha dicho Whit que él y tú tenéis otros planes.

—Sí.

—Mira, sé que no es de mi incumbencia y puedes llamarme viejo entrometido, pero, ¿lo has pensado bien?

—No cree que estemos hechos el uno para el otro, ¿verdad?

—No... Por lo menos tengo mis dudas, aunque Whit cree que sí.

—¿Qué le ha dicho?

—Que nunca lo aburres ni lo importunas ni invades su espacio... signifique eso lo que signifique—era la menos romántica de las perspectivas, pero ni Whit ni ella habían hablado de amor o de un compromiso de por vida. Era Alex Delaney quien pensaba que algo faltaba—. Kipling, a riesgo de serle desleal a mi hijo, tengo que prevenirte: no creo que tu relación con él vaya a ser duradera.

—No se preocupe, profesor, su hijo me ha hecho la misma advertencia.

—Entonces, ¿por qué? ¿Estás enamorada de mi hijo?

—Creo que no sé cómo amar.

Los ojos del profesor se ensombrecieron de tristeza. Whit le había contado muchas cosas del pasado de Kip. Por eso sentía que tenía que protegerla, aún por encima de la felicidad de su hijo.

—Entonces, ¿es por gratitud? Porque si lo es, te equivocas. Mi hijo pagó las facturas del hospital sin esperar nada a cambio. Él sería el primero en decírtelo, y aunque la cifra te parezca astronómica, no es más que una gota en el océano para él.

—¿Que él pagó las facturas del hospital? —repitió absolutamente agitada.

—Pensé que lo sabías —se dio cuenta en seguida de su error.

—¿Todas las facturas?

Alex Delaney asintió y vio cómo la agitación daba paso a la cólera. De repente, todo encajaba. El médico le había hablado de su benefactor y ella había supuesto que se refería a la universidad. El mismo médico había permitido a Whit estar presente en una de las consultas sin pedirle explicaciones y había estado acatando claramente su opinión por ser su cliente. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida?

—Kipling —la detuvo sujetándola del brazo antes de que fuera a explotar a otra parte—. No debería habértelo contado. Es un detalle que no afecta para nada a la situación actual.

—¿Ah no?

—Claro que no. Si no lo sabías, significa que no estás confundiendo gratitud con lo que sea que sientes por mi hijo.

—Tiene razón. No le estoy agradecida —se sentía humillada. Ella nunca habría aceptado su caridad.

—Veo que te he enfadado. Por favor, no hagas nada hasta que te hayas tranquilizado.

—Estoy tranquila. Profesor, ¿me llevará a Radford?

—Mañana, quieres decir.

—No, ahora.

—Si es lo que quieres —accedió reticente.

—Iré a hacer la maleta.

Cruzó el salón hasta su habitación como un torbellino y empezó a guardar la ropa, los libros, las conchas, las fotos, los recuerdos de Maine... Pero la maleta se desbordaba y finalmente decidió quedarse sólo con su ropa. No había sitio para los sentimentalismos.

—¿Kip? —Whit estaba apoyado en el quicio de la puerta, observándola.

No se volvió, no paró, cerró la maleta y se dirigió con ella hacia

la puerta.

—Tu padre me lleva a Radford —dijo mirando al vacío por encima de su hombro, esperando a que se apartara. Pero él no se movió.

—En este momento es imposible. Acaba de llevarse a Abby a cenar a la ciudad.

—Tomaré el autobús. Por favor, déjame pasar.

—No puedes irte así —dio un paso al frente y ella reculó con cara de pánico—. Vale, estas enfadada porque no te dije lo de las facturas del hospital. Quizá tengas derecho a estarlo, no sé, pero no es para ponerse así.

—¡Mentiste! Dijiste que me cubría el seguro de la universidad.

—¿Habrías preferido la verdad? Estabas en el hospital recuperándote de un accidente, odiando al mundo en general y a mí en particular. ¡Seguro que te habría encantado oír que tenías una obligación para conmigo!

—¿Y para cuándo estabas reservándotelo? ¿Para ahora, quizás? Un pequeño incentivo para conseguir que me amancebe contigo, ¿no?

Hasta ese momento Whit había sido paciente con ella, pero acababa de pasarse de la raya.

—En mi vida he pagado a cambio de sexo, pero si quisiera hacerlo, seguro que podría encontrar a alguien más experimentado que tú por cientos de miles de dólares.

—Te lo devolveré —dijo, aún sabiendo que jamás podría reunir tanto dinero.

—No lo quiero. No se trata de eso. Lo que hay entre tú y yo no tiene nada que ver con la factura del médico. No la pagué para comprarte.

—Entonces, ¿por qué?

—Quién sabe. Sentido de culpabilidad, supongo. Tenemos una conversación bastante acalorada y una hora más tarde tú vas y te lanzas en medio del tráfico.

—¡No fue premeditado!

—Yo no digo que lo fuera. Simplemente pensé que podría haber alguna conexión. En cualquier caso, mi padre había estado hablando de sacar sus ahorros para ti, así que no me quedó mucha opción... Pero no importa. No voy a echar de menos el dinero.

—Te lo devolveré —repitió.

—¡Al carajo el dinero! El dinero no cambia nada. Tú ya habías

decidido quedarte.

—He cambiado de idea.

Por la dureza de su mirada Whit supo que lo decía en serio, que todo había acabado incluso antes de empezar.

—Me pregunto si eres consciente de lo que me estás haciendo, Kipling Wilson.

—Atribúyaselo a la experiencia, profesor. Nadie tiene una hoja de servicios perfecta.

Whit no entendió el comentario, pero vio lo que estaba sucediendo. Era como si los meses que habían estado juntos no hubieran existido nunca. Tenía ante los ojos a la misma muchacha que conoció la primera vez: tozuda, estrecha de miras y cerrada en banda a toda emoción. Kip se percató de la desilusión que reflejaban sus ojos, pero no hizo sino enfurecerla aún más.

—Estoy segura de que hay muchas otras jovencitas en la universidad local a las que poder seducir.

Aquello era un golpe bajo. El rostro de Whit se tensó, dio otro paso al frente y despejó el camino. Ella agarró su maleta e hizo ademán de salir por la puerta.

—Un momento —la sujetó del brazo—. Uno no se larga así como así después de haber dicho lo que tú has dicho.

—¡Suéltame!

—No hasta que aclaremos un par de cosas. Como el hecho de haber sido tú la única alumna a la que he llevado a la cama. Y, si la memoria no me falla, no hizo falta persuadirte demasiado.

—¡Eres un cerdo!

—Fuiste tú quien empezó a jugar a las verdades, así que acabemos la partida.

—Si no me sueltas te...

—¿Me qué? —le tenía los dos brazos sujetos y pensaba que no había mucho que pudiera hacer, pero se equivocaba. Kip le dio una patada sin pensar en lo que hacía. Estúpido por su parte, porque con ello no consiguió liberarse, sino romper las reglas del juego.

Whit la empujó contra la puerta y la atrapó con su cuerpo.

—Dame otra patada y te la devolveré —la amenazó con violencia. Ella lo miró a la cara. Nunca lo había visto así y dejó de forcejear—. Eso está mejor. Bueno, vamos a ver cuánta persuasión necesitas en estos momentos.

Kip agitó la cabeza en señal de protesta, pero él siguió adelante. Le pasó un dedo por los labios, haciendo que se le acelerase la

respiración. Luego le sujetó la cabeza a medida que él bajaba la suya lentamente. Kip separó los labios incluso antes de que llegara a tocarla y sintió tal oleada de emoción que el corazón le dio un vuelco. Whit tenía razón. No hacía falta persuadirla. La besó con fuerza, infundiendo un soplo de vida en su interior, y la envolvió con su cuerpo igual que una enorme capa.

Kip empezó a temblar cuando él comenzó a tocarla, a deslizar las manos por todo su cuerpo, subiéndole la ropa. Deseaba tocar cada rincón de su piel. La tomó en brazos y la llevó a la cama. Le desabrochó los botones y le abrió la blusa. No llevaba nada debajo. Ella lo miró, pero él no la miraba. Sus ojos estaban siguiendo el movimiento de su propia mano al deslizarse por las costillas hacia los pechos henchidos que había dejado al descubierto. La palabra «no» se formó en los labios de Kip, pero lo que salió de su boca fue un gemido al notar que él se agachaba y le cubría un pecho con la boca, lamiscándole el pezón lentamente y mordisqueándolo con suavidad. Respiraba con dificultad y le resultaba imposible pensar con aquel hombre succionando y jugueteando con su pezón erguido. Instintivamente, buscó a ciegas su otra mano y se la llevó al otro pecho; necesitaba que la tocase, que la acariciase, que colmara de satisfacción los pinchazos que le recorrían todo el cuerpo.

Cuando finalmente él levantó la cabeza y fue a buscar de nuevo sus labios, ella se enlazó a su cuello y lo besó, lo deseó; deseó que le diera todo. Whit se arrancó la camisa y la estrechó contra sí.

El deseo cobraba vida propia, como una serpiente enroscándose alrededor de su cuerpo. Era como una droga que la hacía flotar. Era una debilidad que la estaba destruyendo.

—¡No! —gritó presa del pánico. Lo empujó por los hombros y él la soltó y se apartó.

Whit sentía frustración más que otra cosa. Se la quedó mirando en la penumbra de la habitación. El verano la había transformado en una belleza. Su cuerpo ya no era el de un chico, sino que desplegaba ante sus ojos las formas perfectas de una mujer, y deseó tocarla de nuevo.

—No te haré daño.

Kip negó con la cabeza. Él no lo entendía, pero ella sí. Si lo hacían, sería suya, no durante un día o una semana o un año, sino para siempre, y eso no era lo que él quería. Se lo había dicho. Se sentó en el borde de la cama, se abotonó la blusa y se la remetió por el pantalón.

—Lo siento. No era mi intención meterte prisa. Puedo esperar.

—No pasa nada. No hacías más que confirmar tu idea.

—¿Mi idea?

—Parece que soy fácil, como tú dijiste.

—¿Fácil?—soltó una breve carcajada—. Desde luego no es la palabra que yo utilizaría. Frustrante, quizá. Demencial, sin duda. Volátil y alguna cosa más... pero fácil, nunca.

Le ofreció una sonrisa que daba a entender que le gustaba tal y como era, pero antes de que Kip pudiera pensar en cómo se sentía ella, oyó la puerta de un coche al cerrarse.

—Serán Abby y mi padre.

—Estupendo —se arregló el pelo con la mano y recogió la maleta del suelo.

—¿Te vas después de todo?

Asintió con la cabeza y salió al pasillo. El viejo profesor la vio maleta en mano e hizo un leve gesto de asentimiento. Abby tardó algo más en darse cuenta de lo que pasaba, pero, cuando finalmente cayó en la cuenta, se echó a llorar. Kip también sentía deseos de llorar, pero intentó ser valiente y abrazó con fuerza a la niña prometiéndole que escribiría. No se volvió y no vio la expresión en el rostro de Whit. De haberlo hecho, se habría dado cuenta de que ella no era la única que sufría.

De camino a Radford, Alex Delaney se arrepintió de haber interferido y se sintió incómodo sentado al lado de una muchacha cuyos ojos parecían estar muertos, vacíos de toda emoción.

Sólo Kip conocía su secreto. Lo había descubierto aquella misma tarde tumbada en la cama con Whit Delaney y finalmente había comprendido. El amor no era simplemente una palabra de cuatro letras. No era algo imaginario como siempre había creído. El amor era dolor y era anhelo y su poder era aterrador.

El amor era eso de lo que había huido aquella tarde antes de que la destruyera para siempre.

Capítulo 10

Kip se calentaba a un lado de la pista con las otras atletas. Punto de encuentro, el estadio de Los Ángeles, construido para las Olimpiadas de 1984. Carrera, los cinco mil metros. Competición, internacional. Fecha, el quince de agosto.

Había pasado un año y a Kip le habían sucedido muchas cosas. Había regresado a Radford con el profesor y, ante su insistencia, se había quedado en la avenida Washington; ella cocinaba y limpiaba para compensar por los gastos. Había vuelto a la universidad y en tres meses estaba otra vez en el equipo de atletismo. Para Semana Santa había conseguido establecer la mejor marca de su carrera y eso la había situado entre las treinta mejores atletas del mundo.

A partir de ahí, todo había ido muy rápido. Un hombre llamado Ben Shaw la había invitado a entrenar en sus instalaciones de Nevada; a cambio, él se quedaba con un porcentaje de todos los premios, contratos de publicidad y acuerdos con patrocinadores que surgiesen en el futuro. Por supuesto, ya no se trataba de correr, sino de dinero. Ben Shaw esperaba hacer de Kip un anuncio andante valorado en un millón de dólares, pero no iba a protestar por ello. También ella corría por dinero.

Se situó en los tacos de salida sin mirar a las gradas. No podía perder la concentración. Se había metido en la final por los pelos y necesitaba acabar entre las tres primeras para poder firmar con una importante marca de ropa deportiva. Y también lo necesitaba por satisfacción personal, para saborear el éxito alcanzado por sí misma, y no gracias a la caridad de nadie.

Oyó el pistoletazo de salida y se lanzó a correr como un caballo de carreras, colocándose entre las seis primeras. En cabeza de carrera, unos metros por delante, iban la rumana, que salía como favorita, y la sueca, en el décimo puesto de la clasificación mundial. Ninguna de las dos veía a Kip como a una rival. Apenas era conocida y sus resultados en las eliminatorias habían sido decepcionantes. Al sonar la campanada anunciando la última vuelta, se produjeron los empujones habituales para tomar posiciones. Kip vio un hueco y se colocó en cuarto lugar, luchando con uñas y dientes, pero las dos primeras ya se habían distanciado del pelotón. Pasó a la tercera corredora en una curva y apretó el

ritmo para alejarse de ella. Ya sólo quedaban la rumana, la sueca y ella en los últimos quinientos metros. La rumana y la sueca se despreocuparon de Kip, luchando entre sí por el primer y segundo puestos, pero lo que tampoco sabían era que Kip tenía un sprint final avasallador. Se reservó hasta la última curva y entonces comenzó a acelerar. A cien metros de la meta, las otras dos iban hombro con hombro; Kip iba un par de zancadas por detrás, pero estaba ganando terreno y, de repente, supo que podía hacerlo. Se forzó al máximo y las alcanzó; la sueca no se lo esperaba y pareció venirse abajo. Una menos. La lucha por los treinta últimos metros fue intensa y no se decidió hasta el último momento; la rumana y ella pisaron la meta casi en la misma fracción de segundo.

El estadio entero se puso en pie aplaudiendo y vitoreando a las corredoras. Kip estaba agotada; le dolían todos los músculos y le estallaban los pulmones y no fue consciente de que había ganado hasta que la rumana se acercó a felicitarla.

—¡Lo has conseguido! ¡Lo has conseguido! —era su preparador que se acercaba corriendo.

Había ganado. A pesar de tratarse de una competición internacional, ella, Kipling Wilson, había ganado. Entonces, una expresión de orgullo se dibujó en su rostro.

Luego se encontró rodeada de micrófonos y periodistas, todos intentando hablar con la gran novedad del atletismo femenino. Uno empezó a preguntarle sobre su vida privada y, de repente, Kip se dio cuenta de que había pasado a ser propiedad pública. Aquello ya no le gustaba tanto, así que se zafó de los periodistas como pudo y se metió en el vestuario.

Al regresar al hotel, Ben Shaw, su representante, y Jeff Adams, su agente publicitario, habían convocado una rueda de prensa para más tarde.

—Si los chicos de la prensa quieren entrevistarte, pequeña, no se les dice que no.

—No me gustan las entrevistas.

—¿Y a quién sí?

—Ahora es el momento de hacerte de oro —añadió Jeff Adams —. ¿Sabes cómo te llaman? «La corredora desconocida». ¡Es genial! Tendremos que preparar una biografía para repartírsela.

—¿No me convertirá eso en «La corredora conocida»?

—No te preocupes —Ben Shaw se lo tomó al pie de la letra—. Siempre podemos inventar algo que le dé un toque misterioso si es

necesario… Tú asegúrate de contárnoslo todo a nosotros antes que a la prensa; no me gustaría que hubiera cadáveres en el armario que pudieran venir a fastidiarnos el negocio. Y recuerda, pequeña, que tienes un contrato conmigo, así que, te guste o no, dentro de una hora bajarás a hablar con los periodistas.

Kip se sintió desmoralizada. Sólo ella tenía la culpa de haber acabado entre las garras de Ben Shaw. Él representaba la única posibilidad de ganar dinero y eso era lo que importaba. Lo necesitaba para saldar su deuda con Whit Delaney.

Y no es que fuera fácil. Le había enviado un primer cheque hacía tiempo, cheque que nunca había sido cobrado. Kip entonces le había hecho llegar a través del banco un recibo de domiciliación del pago, pero él se lo había devuelto hecho pedazos. Finalmente, había esperado a que su padre fuera a visitarlo a Maine para que se lo entregase en mano, en metálico; aquella vez el dinero volvió convertido en cenizas dentro de una bolsa de plástico. Fue entonces cuando Kip se dio cuenta de que cualquier sentimiento que hubiera podido tener hacia ella, se había tornado en odio.

Intentó odiarlo a su vez, pero los recuerdos se lo impedían. Intentó olvidarlo, pero las cartas de Abby lo mantenían vivo en su memoria. Intentó sobreponerse a él saliendo con otros chicos, pero ninguno podía competir con Whit. Se fue de Maine enamorada y nada había hecho cambiar aquel sentimiento; a medida que pasaba el tiempo, simplemente se iba acostumbrando al dolor.

La conferencia iba a celebrarse en uno de los salones del hotel. Se puso el vestido de manga corta que le había comprado Ben Shaw y dejó que una maquiladora la transformase en la doble de Audrey Hepburn. Shaw y Jeff Adams la aleccionaron sobre cómo debía responder a las preguntas acerca de su carrera deportiva; luego siguieron con su vida privada.

—¿Algún novio?

—No.

—Y tus padres están muertos, ¿no? —preguntó Adams carente de tacto por completo. Kip asintió—. ¿A qué se dedicaban?

—¿Es eso importante?

—Probablemente no, si fueron unas nulidades.

—Eran corredores —dijo orgullosa—. Mi madre fue medalla de bronce en los Mundiales.

—Pero bueno, ¿por qué no lo dijiste antes? Eso causará sensación, ¿verdad Jeff?

—¿Y de qué murió?
—¿Eso qué más da?
—No querrás que los periódicos digan algo que no es cierto, ¿no?
—De cáncer de estómago —dijo a regañadientes. No le gustaba el cariz que estaban tomando las cosas.
—O sea, que te crió tu padre. ¿Medallista también?
—Plata en los Juegos de la Commonwealth.
—Vaya, pequeña. ¡Menudo pedigrí! ¿Y él de qué murió?
—De una enfermedad —deseó no haber abierto nunca la boca.
—¿Qué clase de enfermedad? —su representante presentía que ocultaba algo.
—Del hígado.
—Cirrosis —Shaw no era tonto y lo había adivinado—. ¡Genial! Su padre era un borracho. ¿Y ahora qué vamos a hacer, Jeff?
—Podemos intentar disfrazarlo un poco o compensarlo con lo otro.
—O podemos cancelar toda esta historia —dijo Kip poniéndose en pie.
—¡Eh! ¿Adónde te crees que vas? —Shaw le cortó el paso—. La entrevista es dentro de diez minutos.
—¿Y esperas que reinvente mi vida en tan poco tiempo?
—No te hagas la lista conmigo.
—Oye, Ben —intervino Jeff Adams—. A lo mejor podemos darle la vuelta a la tortilla a nuestro favor. Hoy en día está de moda esto de las celebridades con infancias traumáticas.
—¡Yo no soy ninguna celebridad! —protestó Kip, pero no le hicieron caso.
—Sí. Podríamos presentarla como una niña que vivió una infancia de abusos y calamidades, soportada gracias a su gran y único sueño: correr por su país.
—¡Nadie abusó de mí! ¡No podéis decir eso!
—¿Por qué no? Tu padre no está en posición de desmentirlo, después de todo.
Los dos hombres se rieron. Ni la verdad ni la reputación de la gente merecían su consideración.
—No lo haré —declaró Kip.
—No tienes elección. Si no me crees, lee tu contrato —Ben Shaw la agarró del brazo y los tres salieron de la habitación hacia el ascensor.

Aunque Shaw tuviera razón, Kip se sentía como si la hubieran secuestrado. La única salida era escapar cuando las puertas del ascensor se abriesen al llegar a la planta baja, aunque muy posiblemente no habría cumplido su plan de no ser porque el destino dio un giro de 180°.

Kip se paró en seco y se quedó mirando al frente en estado de shock. Whit Delaney estaba sentado en un sillón cerca de los ascensores. Pensó que los nervios la hacían alucinar. No parecía él, vestido de traje y corbata inmaculados, pero aquel rostro atractivo y aquellos ojos azules eran inconfundibles. ¿Cuánto tiempo había pasado? Un año; todo un año y, sin embargo, su corazón comenzó a latir con la misma fuerza al ver que se levantaba y se acercaba a ella.

—Kipling —su nombre sonó como una caricia.

—Mire socio, no sé quién es usted —dijo Shaw—, pero la señorita Wilson está a punto de dar una rueda de prensa.

Para Whit, Ben Shaw era invisible. Él sólo veía a Kip.

—He venido a Los Ángeles de negocios. Te he visto correr en la tele.

—Mire, amigo, la señorita Wilson no desea que la molesten los admiradores.

—No es ningún admirador —intervino Kip.

—Sí que lo soy —la contradijo—. Soy uno de los más grandes admiradores de la señorita Wilson.

La sonrió con esa sonrisa pícara que movía montañas, haciéndola retroceder un año, al día en que había abandonado su casa de Maine. Cualquiera que los hubiera observado habría reconocido en ellos los signos de una pareja que tiempo atrás había mantenido una relación íntima.

—¡Santo Dios! —exclamó Shaw—. No me digas que éste es otro de los cadáveres que guardas en tu maldito armario. ¿Escondes alguno más? ¿Quizá al equipo de fútbol al completo?

—¡Cuidado con lo que dice, amiguito! —dijo Whit imitando el estilo de gángster de Shaw al hablar. Luego se dirigió a Kip—. Tenemos que hablar. Ahora.

Ella asintió. Sabía que era una locura, pero necesitaba verlo otra vez.

—No puedes. Ahora no —Shaw la agarró del brazo.

—¡Suéltela o le haré probar la calidad de la moqueta del hotel!

La amenaza surtió efecto porque Kip se vio libre al instante.

—Vamos —Whit la tomó de la mano y se alejaron de allí.

—Sonabas como un verdadero gángster —sonrió sorprendida mientras se dejaba llevar casi en volandas fuera del hotel y, antes de poder preguntar dónde iban, ya estaban instalados en el asiento de un taxi.

—¿Quién era ese tipo?

—Mi representante —dijo haciendo un gesto de repulsa—. ¿De verdad le habrías pegado?

—No sé —se encogió de hombros. No era el tipo de persona que va buscando gresca—. ¿Habrías querido que lo hiciera?

—Posiblemente —admitió, pero su rostro se ensombreció al pensar en las consecuencias de su escapada.

—Te he puesto en un aprieto, ¿verdad?

—No, creo que me las estaba apañando bien antes de que tú llegaras.

—¿Te gustaría contármelo? —preguntó sin presionarla.

Su primera respuesta fue negativa, pero a los treinta segundos estaba relatándole toda la historia.

—Cuando se enteraron de lo de mi padre, pensaron que sería una publicidad magnífica: «No desiste a pesar de padre muerto aficionado a la botella».

—Y a ti la idea te parece repugnante.

—¿Y a quién no?

—Hay muchas celebridades que lo utilizarían para ganarse simpatizantes.

—¡Yo no soy ninguna celebridad!

—De momento no, pero unas cuantas victorias más como la de hoy y ya verás... Por cierto, ¿te he dicho lo brillante que estuviste?

—No, pero no te reprimas.

Whit soltó una carcajada y luego se sinceró.

—La verdad es que no tenía previsto seguir la carrera. Abby me dijo que corrías en Los Ángeles, pero yo me prometí no ir al estadio. Claro que se me había olvidado que existe la televisión.

—¿Te incomoda que le escriba a Abby?

—No, ella quería escribirte. Te agradezco que contestases a sus cartas.

Obviamente, entendía sus motivos: no había querido a herir a la niña. Pero los de él no estaban tan claros. ¿Por qué había venido a verla? Era extraño. Siempre había pensado que, cuando se encontrasen de nuevo, se comportarían como enemigos o como

desconocidos. Sin embargo, sentada a su lado en el taxi, la sensación era de absoluta normalidad.

—¿Dónde vamos? —se atrevió a preguntar por fin.

—A ningún sitio. Le he dicho al taxista que diera vueltas simplemente. ¿Dónde quieres ir?

—Al hotel no puedo volver todavía.

—Vente al mío. Podríamos cenar juntos y planear tu estrategia.

—No concederé entrevistas. Lo único que quiero es correr.

—Pues entonces no des tu brazo a torcer. Si no está en el contrato, nadie puede obligarte a ser una máquina de hacer anuncios —Kip se mordió el labio—. ¿Leerías el contrato, no?

—¡Ahora ya sé leer! —respondió con susceptibilidad.

—No pretendía afirmar lo contrario. La cuestión no es si sabes o no leer, sino si lo hiciste. O mejor, si se lo diste a leer a algún abogado.

—Tu padre lo revisó por mí.

—¡Estupendo! Con el ojo de lince que tiene para la abogacía no sé cómo ha podido acabar de profesor de literatura.

—¡Sólo intentaba ayudarme!

—No lo dudo —añadió en tono conciliador—. Además, en este momento no merece la pena preocuparse por ello. Me extrañaría mucho que Shaw te obligase a atenerte a ninguna cláusula publicitaria cuando se dé cuenta del desastre que eres en ese terreno.

—¡Gracias!

—Seamos realistas. Cada vez que alguien te pregunta cómo te llamas tú crees que está invadiendo tu intimidad. ¿Cómo crees que llevarías ser el centro de atención de todos los medios de comunicación del mundo entero?

Mal, muy mal. Kip se daba cuenta de ello, pero le costaba horrores reconocerlo y decidió guardar silencio. ¿Qué pasaría si la echaban del equipo? Se acabaría Shaw, se acabaría el entrenar, se acabaría el correr. Tendría que buscar un sitio donde establecerse y quedarse una temporada larga. Dejar de ir de un sitio para otro como había estado haciendo toda su vida. ¿Sería eso tan terrible?

Whit se inclinó hacia adelante, le dio instrucciones al taxista y a los pocos minutos el taxi se paraba frente a su hotel. Salieron del coche y él la condujo del brazo hasta el vestíbulo, rebosante de aficionados al teatro que hacían tiempo hasta la hora de cenar, todos elegantemente ataviados con trajes y vestidos de soirée. Kip

de repente se sintió fuera de lugar.

—Yo no puedo comer aquí. Mi vestido desentona —dijo tirándole de la manga para que se detuviera.

—A mí me parece que estás bien, pero si lo prefieres, podemos ir a mi habitación y pedir que nos suban la cena.

—¿Qué? —lo miró con los ojos como platos.

—Bueno, si no te fías de mí... ni de ti.

—Tú sólo piensas en ti mismo, ¿verdad? —lo acusó.

—No, simplemente he acabado aceptando que esto que hay entre tú y yo no va a desaparecer nunca.

—Entre nosotros no hay nada.

—Vale, demuéstramelo. Subamos a cenar a mi habitación. No te pondré un solo dedo encima si tú no lo deseas. Nos sentaremos cada uno en una punta de la mesa, charlaremos de todo y de nada y luego, nos despediremos como personas civilizadas. Y ya está; será la última vez que te moleste.

La última vez. Aquellas palabras le ponían a Kip el corazón en un puño. Demasiado le había costado superar la separación un año atrás como para subir con él y enfrentarse al capítulo final.

—Eh... —sabía que debía marcharse de allí.

—No te tocaré —repitió él.

Lo siguió hasta el ascensor, sin protestar, sin forcejear, y luego por el pasillo hasta la puerta. No era un sueño; era real. Estaba en su habitación. Era una suite de lujo con una enorme ventana desde donde se veía el perfil de la ciudad.

—¿Cenarás ahora o prefieres tomar antes una copa? —abrió el mini—bar.

Kip se dio la vuelta. No quería una copa y tampoco quería comer. Lo que necesitaba era terminar cuanto antes con aquello: no más despedidas, no más dolor.

—Me acostaré contigo.

—¿Qué? —no estaba seguro de haber oído bien.

—Me acostaré contigo —repitió en el mismo tono fúnebre—. Eso es lo que quieres, ¿no?

—Sí, pero... —estaba aturdido—. ¿Eres siempre tan directa?

Estaba claro que no le gustaba, pero a Kip no le importó. No quería saber nada de romanticismos que acallasen su conciencia haciéndola pensar que aquello algo más que puro sexo.

—No quiero cenar y, por otro lado, sabes de sobra que no soy una buena conversadora.

—O sea, fuera preliminares. Vayamos directos al grano, ¿no?

—Quiero terminar con esto cuanto antes.

—¿Piensas que es como cuando vas al dentista? Te quitan la muela y, fuera, se acabó el dolor.

—Me iré si lo prefieres —sin esperar la respuesta, cruzó el salón y abrió la puerta. Pero, antes de que pudiera salir, una mano por detrás de ella la cerró de golpe.

—¡Maldita sea! ¡Sabes que no! —profirió al tiempo que la hacía girar—. Pero no me gusta que me traten como si fuera una enfermedad de la que uno puede curarse fácilmente. De todas formas, nada va a detenerme esta vez.

Le puso las manos alrededor de la cintura y bajó la cabeza para besarla. Kip notó que perdía el control sobre sí misma. Un escalofrío le recorrió toda la espalda y sintió que las piernas le flaqueaban. Whit levantó la cabeza y sus ojos encontraron, y se miraron, y entonces fue como estar flotando en una nube. Él se quitó la chaqueta, la tomó en brazos y la llevó a la habitación. La dejó en el suelo, junto a la cama, mirándola todavía a los ojos. En ese momento, todo vestigio de valentía que pudiera quedarla todavía se desvaneció. La timidez tiñó sus mejillas y bajó los ojos.

Al darse cuenta del cambio, Whit cerró las cortinas y apagó la luz. Se acercó a ella, la rodeó con los brazos y le bajó poco a poco la cremallera del vestido, descubriéndole los hombros y los brazos, hasta dejar que cayera finalmente al suelo. La dejó con la camisola de seda y las bragas. Luego, se quitó la camisa y la corbata, se agachó para descalzarla e hizo lo propio él también. No hacía frío, pero Kip se echó a temblar al verlo bajarse la cremallera del pantalón y tirarlo encima de la silla. Agradeció la oscuridad; los dos allí de pie, desnudos, salvo por la ropa interior. Él la atrajo hacia sí. La envolvió con sus brazos y la retuvo así, bañándola con su calor y su fuerza. Todos los miedos y las dudas desaparecieron cuando enterró la cara en su pelo y susurró:

—Dios, cómo te deseo.

Cualquier otra mujer habría exigido oír la palabra «amor», pero Kip no. No quería oír mentiras. Lo que él sentía por ella era, en una pequeña parte, lo que ella sentía por él: un deseo primitivo y profundo que la estremecía por su intensidad.

Los labios de Whit le recorrieron la frente, los ojos y las mejillas en busca de su boca, para depositar en ella el más tierno de los besos, haciéndola desear mucho más.

—Por favor —le susurró en los labios.

—Te quiero —sus palabras, ahogadas por el beso no impidieron que Kip las oyera, y sus puños se cerraron al instante contra su pecho.

—¡Mentiroso! —gritó intentando zafarse de su abrazo.

Él la agarró más fuerte. No la dejaría escapar otra vez. Aunque ella se resistía, la obligó a aceptar su beso sujetándole la cabeza hacia atrás. Kip forcejeaba, pero él no la hizo caso. Sabía que todavía lo deseaba, porque, a la vez que lo golpeaba y peleaba como un animal salvaje, lo besaba y gemía ante el contacto de su lengua. Pero finalmente, Whit se obligó a parar. Ambos respiraban con dificultad.

—¡No vuelvas a decirlo!

—¿Tan terrible es ser amado?

—¿Y qué es el amor? —Kip no podía creer que fuera amor lo que sentía por ella.

—Déjame que te lo enseñe—dijo dulcemente, tomándole la cara entre las manos—. ¿Quieres?

Ella aún no lo creía, pero, ¡deseaba tanto hacerlo! El orgullo la abandonó y se sintió demasiado débil para contraatacar.

—Sí —dijo con voz trémula—. Sí.

Con sus labios, Whit insufló de nuevo vida en el interior de Kip, que le enlazó el cuello con los brazos y lo besó con la misma pasión, abriendo los labios para dejar que la invadiera y descubriera los rincones más secretos y dulces de su boca. Él quería ir despacio. No quería darle una medicina que la curase, sino que quería prolongar la agonía y hacer que lo desease igual que él la deseaba a ella.

En la cama, la sentía ligera y frágil entre sus brazos, pero su pasión y su cuerpo eran como una llama inextinguible. Estuvo a punto de perder el control. La deseaba tanto que podía haberla penetrado en ese mismo instante. Tuvo que echarse a un lado y poner unos centímetros de por medio.

Tumbada boca arriba, Kip se sintió morir. De repente, tuvo frío. ¿La estaba rechazando? ¿Castigándola por haberlo abandonado hacía un año? Pero luego una mano vino a unirse a la suya y tiró de ella para atraerla sobre sí y mirarla a la cara y acariciarle el rostro suavemente.

—Eres preciosa.

Sus ojos no mentían. Sin dejar de mirarla, le quitó la camisola de seda muy despacio; le cubrió un pecho con la mano y con el pulgar

le frotó el pezón para hacerlo erguirse sobresaliendo de la areola. Kip cerró los ojos. Luego el otro pecho y el otro pezón. La recostó en la cama y la hizo retorcerse de placer y gemir al deslizar la lengua lentamente en círculos alrededor de los picos henchidos de sus senos, lamiéndola una y otra vez, jugueteando; primero suavemente, luego, cada vez con más fiereza al ver que respondía emitiendo pequeños sonidos de placer y agitándose debajo de su cuerpo. Entonces, su mano descendió por la tersura de su vientre y se fundió con la seda de su ropa interior, moviéndose hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás, hasta que se infiltró por la tela, buscando, encontrando el calor y la humedad, anhelantes por recibir sus largos dedos, amables, expertos e increíblemente placenteros...

La besó cuando ella se aferró a él desesperada. Siguió tocándola mientras jadeaba y siguió tocándola hasta que apenas pudo respirar; entonces sintió que no podía aguantar más. Kip abrió los ojos y lo vio encima y gritó cuando por fin la penetró, pero no de dolor, sino de éxtasis. Whit comenzó a moverse dentro de ella, primero lentamente y luego cada vez más rápido, como una carrera, acelerando el ritmo con cada zancada, hasta que los dos cruzaron la meta justo al mismo tiempo. Pero Kip supo que ella había ganado en el momento en que él gritó su nombre en alto, medio maldición, medio llanto.

Whit se dio cuenta de que no había habido otros hombres antes que él, que él había sido el primero y para Kip, haber hecho el amor con aquel hombre había sido tan natural como el respirar. No había hecho falta pensar, simplemente dejarse arrastrar por el calor de su cuerpo, el sudor de su piel, su olor viril y el potente y rígido miembro produciéndole más placer del que nunca pudo haber imaginado.

Habían sido un solo cuerpo, se habían pertenecido el uno al otro y no iba a permitir que ese sentimiento desapareciese. No quiso que le hablase. Lo único que quería era permanecer allí tumbada, abrazada a su torso, escuchando los latidos de su corazón y se negó a que la realidad tuviera cabida en aquella habitación oscura.

Whit respetó sus deseos. No le habló de sentimientos ni del futuro ni del año que habían desperdiciado. Se limitaron a hacer el amor y dormir y volver a hacer el amor otra vez, como si ambos tuvieran la esperanza de que así la quemazón se curaría para siempre.

Capítulo 11

Kip abrió los ojos con los primeros rayos del amanecer filtrándose por la cortina. Podía haberlos vuelto a cerrar, pero con el día llegaba también la realidad.

Miró al hombre acostado a su lado en la cama y supo que se había estado engañando. La noche anterior no había hecho sino empeorar las cosas. Debía enfrentarse a la verdad. Hacía un año se había enamorado de Whit Delaney, seguía enamorada de él y lo estaría el resto de su vida, pero tampoco lo demás había cambiado. Podía regresar a Maine y quedarse a vivir con él, una semana, un mes, un año, sabedora de que algún día todo acabaría. O podía marcharse en ese momento, tragarse su orgullo y ahorrarse la espera y el sufrimiento hasta que diera las primeras muestras de que empezaba a cansarse de ella.

Intentó soltarse de su abrazo, pero él se lo impidió. Estaba medio despierto. Kip le dijo que necesitaba ir al baño y consiguió que la dejara libre. Se vistió en silencio en la otra habitación, pero no pudo evitar volver para mirarlo por última vez. Le dejó una nota, corta y concisa, y luego salió a hurtadillas con el corazón destrozado.

Caminó por la calle sintiéndose como una dama de la noche, a las seis y media de la mañana, vestida con la misma ropa del día anterior, y al llegar a su hotel evitó mirar a nadie directamente a los ojos. Subió a su habitación, se duchó y se puso una bata. En un par de horas, haría la maleta y se marcharía, pero, hasta entonces, lo único que le apetecía era acurrucarse en un sillón y pensar en lo que había pasado la noche anterior. Ella era la única persona a la que había herido.

Para ella, el amor no eran corazones de San Valentín y rosas y finales felices, sino unas horas robadas al tiempo que le procuraban dolor y lágrimas y una sensación de vacío que ya no la abandonaría jamás. ¡Qué inocente había sido al pensar que si se acostaba con él aquella enfermedad se curaría! Lo único que había conseguido era agravarla hasta convertirla en una enfermedad terminal. Ya nada la salvaría de meterse en la cama con Whit cada vez que él se lo pidiera, excepto la distancia. Era la única solución. Con esta idea en la cabeza, se vistió y empezó a hacer la maleta. Había casi

terminado cuando oyó llamar a la puerta. Era Ben Shaw.

—¿Dónde has estado? Llevo buscándote como un loco desde anoche. Era un antiguo novio, ¿no?

—¿Perdón?

—El de ayer en el vestíbulo. Si hubiera sabido que te gustaban maduritos, habría probado suerte yo mismo.

—¿Tienes algo importante que decirme? Porque si no, tengo que acabar la maleta.

—Te crees todopoderosa, ¿verdad? Sin embargo, podría deshacerme de ti así de rápido —chasqueó los dedos y sonrió todo satisfecho por el poder que tenía sobre ella.

—No te reprimas. Yo no pienso seguir corriendo.

—¿Qué?

—Estoy harta de correr. La vida es mucho más que dar vueltas a una pista sin descanso.

—¿Estás de broma o qué? No puedes estar harta. Estamos a punto de alcanzar la cima.

—Me temo que no. Tendrás que buscarte otra gallina de los huevos de oro.

Se acercó a la cama, cerró la maleta y se dirigió a la puerta, pero ni siquiera tuvo oportunidad de abrirla, porque cuando Shaw se dio cuenta de que iba en serio, le cerró el paso.

—No puedes dejarme tirado. ¡Nadie deja tirado a Ben Shaw! —grito furioso—. Ya sé, te han hecho una oferta mejor.

—No, no tiene nada que ver con eso.

Shaw la tenía fuertemente agarrada del brazo y la apretaba cada vez más. Su rostro se torció con una mueca de sadismo. La estaba haciendo daño a propósito. Kip sintió miedo e intentó soltarse. De repente unos golpes en la puerta fueron la libraron de aquella situación.

—Kip, ¿está el jefe ahí dentro? —era su preparador, Steve Clark.

—Steve —dijo aliviada—. Espera, te abro —por un momento, pareció que Ben Shaw no iba a permitírselo, pero luego la soltó y ella abrió la puerta rápidamente—. Pasa, Steve.

—¿Kip, estás bien? —preguntó al verla toda acalorada.

—¡No, no lo está! —respondió Shaw—. Está como una regadera. Quiere dejarlo.

—¿Dejar qué?

—¡Pues qué va a ser! El atletismo. Habla tú con ella, Steve. Tiene cinco minutos para cambiar de idea; si no lo hace, Kip es

historia —dio un portazo y se fue.

—Dime que no es cierto —dijo Steve Clark, incrédulo.

—Lo siento.

—Pero, ¿por qué?

—Porque no quiero correr más.

—¿Es por Shaw? Sé que lo has estado trayendo de cabeza y me parece bien, pero no puedes dejarlo en la estacada. Si lo haces, se asegurará de que no vuelvas a correr en tu vida.

—No me importa —recogió la maleta del suelo—. Sé que te llevas un gran chasco, Steve, y lo siento, pero el atletismo ya no me parece importante.

Por el tono de su voz supo que no había nada que hacer y la dejó marchar. Kip se metió en el ascensor y se dirigió a la puerta de salida, pero antes de que pudiera salir a la calle una mano por detrás la frenó. Se dio la vuelta esperando ver a Shaw. En cambio, se encontró frente a frente con Whit.

—El estúpido del recepcionista se negaba a llamarte por teléfono. Llevo dos horas aquí abajo rascándome la barriga... ¿Qué demonios creías que estabas haciendo largándote de esa forma?

Estaba casi gritando; su tono de voz atrajo algunas miradas curiosas y al jefe de recepción.

—¿Puedo ayudarla señorita?

—La señorita no necesita su ayuda —profirió Whit—. La señorita es más que capaz de utilizarlo a usted de escoba para barrer el suelo; a usted y a mí y a cualquiera que se interponga en su camino. ¿Verdad que sí?

—¡Sí, claro! ¡Y supongo que tú no eres más que una pobre víctima!

El jefe de recepción observó las caras encolerizadas de ambos, decidió que eran tal para cual y se retiró de escena rápidamente. Whit la agarró del brazo, le quitó la maleta de la mano y la empujó hacia la relativa intimidad del bar del hotel.

—¡Suéltame!

—¡De eso nada! Ya te has escapado demasiadas veces... Debería haberlo adivinado. Tenía que haberte escondido la ropa o algo. Haberte atado a la pata de la cama —la sentó en una silla en un rincón y él se sentó enfrente. Luego, respiró profundamente antes de continuar—. ¿Tienes idea de cómo me sentí al despertarme y ver que te habías ido?

—Te dejé una nota.

—¡Sí, una nota estupenda! —la sacó del bolsillo de la chaqueta y leyó—. Tenía que irme. Pierdo el avión. Enviaré el dinero. Por un momento pensé que tenías intención de pagarme por mis servicios —añadió con una risotada cruel.

—Me refería a la factura del hospital. Puedo pagarte parte con el dinero del premio.

—No te preocupes, lo entendí perfectamente. Crees que devolviéndome el dinero me harás desaparecer, ¿no?

«Ojalá fuera así de fácil», pensó Kip. Él ocupaba todos sus pensamientos y seguiría ocupándolos el resto de su vida. ¿Por qué tenía que perseguirla y hacerlo todo tan difícil?

—Tengo irme o perderé el avión.

—¿Así, sin más? Ya te has tomado la medicina y estás lista para continuar.

—¿Qué es lo que quieres, Whit?

—En este momento, creo que pegarte.

—¿Y luego? —lo desafió a que admitiera que no tenían nada sólido que ofrecerse el uno al otro.

—Y luego —repitió mirándola a los ojos— quiero llevarte a la cama y hacer el amor contigo. Quiero oírte gemir cuando te toco. Quiero oírte gritar mi nombre cuando…

—¡Basta! —se puso en pie de un salto.

—¿Por qué? —se levantó y la agarró del brazo—. ¿No te gusta que te recuerden que eres humana? ¿Que puedes sentir como los demás? ¿Que incluso puedes amar? ¿O lo de anoche fue pura farsa?

Tuvo el «sí» en la punta de la lengua, pero no pudo decirlo. Al fin y al cabo, él ya había adivinado la verdad. ¿Por qué, si no, hablaría de amor?

—Deja que me vaya, Whit —estaba hundida. No podía seguir soportando más sacudidas emocionales.

—No puedo. ¿Es que no lo ves? No puedo.

Kip alzó los ojos preguntándose qué habría querido decir. El la miró sin esconder sus sentimientos. Durante un segundo, la verdad permaneció suspendida en el aire. Ambos quisieron aferrarse a ella, pero se les escapó de las manos al oír una tercera voz que sonaba detrás de ellos.

—El recepcionista me ha dicho que estabas aquí —era Steve Clark—. ¿Has cambiado de idea?

—No, lo siento Steve —respondió Kip.

—Está bien. Cuídate, pequeña; y si alguna vez decides volver,

llámanos e intentaré convencer a Shaw.

—Gracias —dijo mientras lo veía correr para no perder el avión.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Whit, frunciendo el ceño.

—Lo he dejado.

—¿Que lo has dejado? ¿Quieres decir que has dejado a Shaw?

—Sí. Por eso he dicho que podré pagarte parte de lo que te debo con el dinero que me han dado por la victoria de ayer, pero me temo que el resto tendrá que esperar.

—¡Al infierno con eso! No me importa el dinero.

—No, pero a mí sí.

Whit meneó la cabeza ante su cabezonería.

—¿Sabes lo que hice con lo que me mandaste la última vez?

—Lo quemaste.

—No, señorita. Lo doné a un centro de enseñanza para adultos. Imaginé que apoyarías la causa.

—Pero si tu padre me dio una bolsa llena de cenizas.

—Era papel de periódico. Podría decirse que fue para darle un tinte dramático al asunto. Quería que te llegara el mensaje de una vez por todas y dejaras de enviarme dinero. Bueno, ¿por qué has dejado el atletismo cuando todo iba según tus planes?

—No es cierto. Yo no tenía ningún plan. Era el plan de mi padre, su sueño. Yo nunca he tenido un sueño propio.

—¿Y lo tienes ahora?

Podía haberle dicho que él era su nuevo sueño: tenerlo, abrazarlo, amarlo durante toda la vida; pero le sonaba a fantasía.

—He pensado en volver a la universidad.

—A Radford —ella negó con la cabeza. Demasiados recuerdos en Radford—. Hay universidades muy buenas en Maine. A lo mejor puedo ayudarte a encontrar plaza en una de ellas.

—Me las puedo arreglar yo sola.

—¡Qué afortunada!

Aquella respuesta la incitó a mirarlo a los ojos. Parecía cansado más que enfadado.

—Te estoy agradecida—sintió la necesidad de decir.

—¡Dios! Eso sí es una puñalada trapera. Gratitud.

—No sé qué otra cosa quieres de mí.

—¿Ah, no? Pues por mí te lo demostraría ahora mismo, solo que hay demasiado público.

—¿Es eso en lo único que piensas? —dijo ruborizada.

—Actualmente, sí. La enfermedad resultó ser fatal; no tiene cura.

Aunque, dentro de cuarenta años, ¿quién sabe? Quizá lo que me apetezca sea sentarme tranquilamente en un sillón con las zapatillas de estar por casa y dejar que me den unas fricciones en las rodillas... ¿Te gustaría averiguarlo?

—¿Estás...?

—¿Declarándome? Sí.

—¿Casarnos?

—Ésa era más o menos la idea —Kip seguía mirándolo fijamente. Estaba bromeando. Tenía que estar bromeando. Desde luego, su tono de voz era absolutamente irónico—. Date tiempo. Llegarás a acostumbrarte.

Kip no necesitaba tiempo para pensárselo y habría salido corriendo de allí si él no la hubiera parado sujetándola del brazo.

—¡Suéltame!

—¿Me estás dando a entender que la respuesta es no?

—¿Tú qué crees?

—¿Y puedo preguntar por qué?

—Porque es absurdo. Uno no se casa con nadie sólo para seguir manteniendo relaciones sexuales con esa persona.

—A mí se me ocurren razones peores —respondió con sequedad.

Kip se zafó de sus garras y, olvidándose de su maleta, echó a correr. La alcanzó en el vestíbulo, la arrastró hasta una de las cabinas de teléfono y la obligó a entrar, metiéndose él detrás sin dejarla sitio para moverse.

—Todos los recepcionistas nos están mirando —dijo Kip.

—¿Y qué?

—¡Déjame salir!

—Cállate y escucha. Tienes razón: si se tratase sólo de sexo, casarse sería una locura. Pero, ¿tan segura estás de que es eso? ¿Te has parado alguna vez a pensar en que puede ser amor?

—¿Qué? —se lo quedó mirando con la boca abierta.

—Sí, ya sé. Sueno a personaje de novela rosa. Achácaselo a la desesperación. En cualquier momento puedes volver a desaparecer de mi vida una vez más y si eso sucede no sé qué va a ser de mí.

—¿Qué estás diciendo?

—Me parece que es bastante obvio —se estaba calentando—. Te quiero y no quiero perderte.

—Es imposible...

—Eso es justo lo que me he dicho a mí mismo cientos de veces —replicó haciendo una mueca—. No puedes estar enamorado de

alguien que te trata como a una colilla, pero no me ha servido de nada. Supongo que el amor puede más que la razón —le acarició las mejillas y Kip no pudo contenerse por más tiempo. Aquél hombre estaba enamorado de ella. Apenas podía asimilarlo—. Estás llorando… Por favor, Kipling, no llores.

—No puedo evitarlo. Ha sido horrible. Quiero decir, enamorarme de ti y pensar que jamás podría ser correspondida, y aún así desear… Bueno, ya sabes qué. Yo no lo había hecho con nadie. Imagino que no me creerás, pero…

—Fui el primero, ya me di cuenta. ¿Me quieres? —preguntó. Necesitaba oír las palabras que realmente importaban.

—Sí —admitió como si fuera el más vil de los secretos.

—Pues si eso es cierto, ¿entonces por qué…?

—Yo no quería enamorarme de ti. No se puede decir que tuviera muchas probabilidades de verme correspondida, ¿no crees?

Whit la miró como si estuviera loca, como si quererla no fuera tan inevitable como que la luna sale después que el sol. Luego la besó en los labios, lenta y tiernamente, confesándole sus sentimientos mejor que con palabras. A Kip le dio un vuelco el corazón, pero esa vez no por miedo, sino de felicidad, y correspondió a su beso hasta que el amor se mezcló con el deseo.

—Vamos a mi hotel —sus intenciones eran claras.

—Sí —no había por qué fingir. Ella también lo necesitaba. Se olvidó de la maleta y de todo lo demás y salieron a la calle.

—¿Significa esto que la respuesta es sí? —preguntó Whit una vez instalados en el asiento del taxi.

—¿Sí? —ya no se acordaba de la pregunta.

—A mi propuesta de matrimonio —Kip quería decir sí, gritarlo a los cuatro vientos, pero había alguien más a quien había que consultar. Su silencio era revelador y Whit sintió que el alma se le caía a los pies—. Necesitas tiempo para pensártelo.

—No, no es eso. Es que…

—El atletismo. No hay problema. Si necesitas continuar y conseguir ese oro, yo te apoyaré hasta el final.

—No se trata de eso. Es Abby. Si a ella no le parece bien, no puedo casarme contigo.

Estaba siendo sincera y Whit lo reconoció por la nobleza de sus palabras. Ella misma había sufrido las consecuencias de una infancia incierta y no estaba dispuesta a infligir el mismo castigo a otra niña.

—Le parecerá bien, créeme —estaba absolutamente convencido. Su hija le llevaba la delantera y había visto la fuerza y la bondad de Kip mucho antes de que él lo hiciera.

—Si no, podríamos… bueno, podríamos ser amantes —se ruborizó por sus propias palabras.

—Siempre seremos amantes —sonrió.

Amantes para siempre. Fue la promesa que le hizo Whit en una iglesia de Maine aquel otoño, con su padre y su hija de testigos. La misma promesa que le hizo después del primer año, a pesar de que Kip era consciente de que la convivencia con ella a veces resultaba difícil. La misma promesa que le hacía todos los años a medida que su amor crecía y florecía. Entonces, Kip se dio cuenta de que ya no tendría que correr, huyendo de la vida ni del amor nunca más.

Fin